
Gustavo
Martín
Garzo
EL PAÍS
DE LOS
NIÑOS
PERDIDOS
Siruela

Gustavo Martín Garzo

EL PAÍS DE LOS NIÑOS PERDIDOS

Ilustraciones de
Sandra Rilova



Las Tres Edades

Edición en formato digital: octubre de 2022

Diseño gráfico: Gloria Gauger

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-50-7

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Todos los niños desaparecen, misteriosamente. Cuando menos se lo espera uno, un día, los niños se han ido, y no vuelven más.

Solo un pie descalzo
ANA MARÍA MATUTE

CAPÍTULO 1
Gabriel y el dragón

Todos los niños odian el momento de acostarse, porque enseguida se apagan las luces y en la casa reina la oscuridad. Y a ningún niño le gusta la oscuridad. Por eso les piden a los adultos que les cuenten cuentos, que es la forma de retenerles a su lado. Eso hacía Gabriel cada noche, y, cuando su madre terminaba uno, le pedía otro y otro más, hasta que ella, de lo cansada que estaba, se quedaba dormida en su cama. Entonces se la quedaba mirando, y le parecía que podía adueñarse de su corazón. Para todos los niños el corazón de su madre es como un palacio lleno de secretos. Y a Gabriel le parecía que, mientras estaba dormida, podía pasearse libremente por ese palacio y descubrir lo que en él escondía. Pero eso nunca pasaba, porque el corazón humano es tan grande que por mucho que mires por un lado y otro nunca terminas de conocerlo.

A Gabriel le daba rabia dormirse tan pronto, porque ello le privaba del tiempo que necesitaba para estar con ella y poder preguntarle cosas.

—Mamá —le decía—, ¿por qué me entra tanto sueño cuando vienes a verme?

—Eso sucede —le contestaba ella—, porque el cuerpo de las madres desprende un aroma muy dulce que tiene el poder de adormecer a los niños para que puedan descansar y olvidar sus preocupaciones.

Paulina Martínez, su madre, era profesora. Daba clase en la Facultad de Educación. Y a veces se desesperaba con sus alumnos (casi todas eran chicas), porque prestaban más atención a sus móviles y a los mensajes y fotos que no dejaban de enviarse que a lo que ella les explicaba. Tenían la inteligencia, la simpatía y la calidez que siempre se tienen a esas edades, pero se habían separado del mundo de los

cuentos, y, en ese caso, ¿cómo podías explicarles lo que era un niño? Solo los cuentos te decían lo que había en su corazón. No era difícil educar a un niño, les explicaba una y otra vez en sus clases. Solo había que buscar el cuento que guardaban en su interior y ayudarles a encontrar las palabras que necesitaban para contarlo. Pero no sabía si la hacían caso. Pensaba que no, lo que la llenaba de tristeza.

Y de todos los cuentos que existían el preferido de Gabriel era uno que tenía por protagonistas a un niño y a un dragón.

—Mamá —le decía cuando ya estaba en la cama—, cuéntame la historia de Gabriel y el dragón.

Porque el niño del cuento se llamaba como él.

Y ella se la empezaba a contar.

—Verás, esta es la historia de un niño que se llamaba Gabriel. Y una noche soñó con un dragón. No era muy grande, pues tenía más o menos su mismo tamaño. Paseaba por el bosque cuando lo vio a la orilla de un lago. Mejor dicho, vio la luz que desprendía su cuerpo, pues la piel de los dragones fosforesce en la oscuridad. Es normal que sea así, pues una leyenda dice que proceden de la Luna. La Luna entonces estaba llena de bosques, como pasaba en la Tierra antes de que los empezaran a talar para aprovechar su madera. Los dragones vivían en ese bosque interminable, y se alimentaban de los frutos y las hojas de los árboles. Su preferido era un árbol cuyos frutos brillaban en la oscuridad, a causa del fósforo que contenían. Cuando llegaba la época de su maduración, los dragones no se cansaban de comerlos, pues no había un bocado más delicioso para ellos. Esta era la causa de que sus cuerpos brillaran, aunque eso Gabriel no lo podía saber. Ni siquiera sabía que existían los dragones. Había escuchado cuentos que hablaban de ellos, pero nunca se le había ocurrido pensar que pudieran ser reales. Pero vio aquella luz a la orilla del lago y no pudo evitar acercarse a ella para investigar. Y lo que vio fue un dragón como los que había visto dibujados en los cuentos.

»Ya te he dicho —continuó— que era más o menos de tu mismo tamaño, pues no se trataba de un dragón adulto, sino de una cría de dragón, de la misma forma que tú eres una cría humana. Tenía el cuerpo cubierto de escamas, y una cresta que, partiendo de su frente, recorría su espinazo hasta llegar a la punta de su cola. Y poseía dos enormes alas, que, como no tardaría en comprobar, le permitían remontar el vuelo sin esfuerzo. Y también una enorme boca que abría y cerraba sin cesar y que, a pesar de sus afilados dientes, a Gabriel no le dio miedo, a causa de sus ojos inmensos, que todo lo miraban con

una expresión apacible, como si todo cuanto le rodeaba fuera nuevo para él.

»Se estaba acercando para verlo mejor cuando, a causa del ruido que hizo al pisar una rama, el dragón volvió la cabeza y lo descubrió entre los árboles. Y hay que decir que los dos se asustaron, pues, de la misma forma que es normal que un niño se asuste al ver volar a un dragón, los dragones tampoco saben gran cosa de los niños, y no pueden saber si son tan fuertes como ellos y si los van a atacar o no. De forma que los dos salieron huyendo, cada uno en una dirección: Gabriel, hacia su casa, que no estaba lejos de allí; y el dragón, que enseguida remontó el vuelo arrancando con sus alas las ramas y las hojas de los árboles cercanos, hacia una de esas cuevas donde se esconden y que solo ellos saben dónde se encuentran.

»Mas, en situaciones así, suele pasar que ese niño y ese dragón que se han visto ya no pueden olvidarse el uno del otro, y a partir de entonces solo vivirán para volver a encontrarse. Algo único une a los niños y las niñas con los dragones, algo que no se sabe qué es, pero que les hace buscarse como si cada uno guardara el secreto del otro y esperaran encontrarse para que se lo dijeran. Esto es así hasta que los niños crecen. Entonces, suelen olvidarse de la vida que tuvieron cuando eran pequeños y se transforman en aburridas personas mayores. A los dragones nunca les pasa eso, sino que, por más tiempo que vivan (algunos pueden alcanzar hasta los quinientos años), siguen teniendo siempre la misma edad. Por eso les gustan tanto los niños y hasta llegan a raptarlos y llevarlos a su cueva. No porque quieran hacerles daño, sino solo para tenerles cerca y poder contemplar lo que hacen, pues es como si algo en ellos les recordara la vida que tuvieron en la Luna antes de tener que abandonarla.

CAPÍTULO 2

La vida en la Luna

—Y eso fue lo que sucedió con los protagonistas de este cuento, que, una vez que se encontraron en el bosque, ninguno de los dos se pudo olvidar del otro —dijo la señora Martínez tras estornudar un par de veces, pues esos días andaba un poco resfriada.

»Gabriel no podía olvidar a la criatura del lago, no podía olvidar la luz blanca que desprendían sus alas y sus escamas, ni sus grandes ojos cuando había vuelto la cabeza para mirarle, ni el vaho caliente que salía de su boca al respirar y que en todo le recordaba el que desprendía el agua caliente de la bañera cuando su madre se la preparaba cada noche. Y al dragón le pasaba otro tanto y, desde que había visto a aquel niño, no podía olvidar su cara, ni la expresión de asombro que se había dibujado en ella mientras le miraba, como si hubiera visto algo que solo él podía ver. Y no podía olvidar, sobre todo, sus manos, pues entre los dragones no hay nada comparable a las manos de un niño, y siempre que las ven no pueden dejar de preguntarse por las cosas que serán capaces de hacer con ellas y que ellos, con sus grandes garras, son incapaces de concebir.

»Y puede que ahora —continuó la señora Martínez— te estés preguntando por qué aquel dragón estaba allí y de dónde venía. Ay, eso es algo complicado de contar, pues ya te he dicho que los dragones vienen de la Luna, y que esa es la razón de que sus cuerpos por la noche desprendan esa luz blanca que en todo recuerda la de ese astro. Claro que la Luna de entonces nada tenía que ver con esta que vemos ahora, que es solo un desierto lleno de inmensos cráteres donde no hay agua ni posibilidad de vida. Era un lugar precioso, lleno de bosques, arroyos y pequeños lagos, donde los dragones tenían cuanto les pudiera apetecer. Tenían, sobre todo, aquel misterioso árbol cuyos

frutos, cuando maduraban, constituían el bocado más delicioso que pudieran imaginar. Pero un día pasó algo que nadie ha contado nunca, ni siquiera los astronautas que llegaron allí hace unos años. Ellos encontraron un paisaje lleno de cenizas, y apenas pudieron hacer otra cosa que poner una bandera que a saber por qué dejaron allí si nadie podría verla. Además, ¿cómo podrían enterarse de algo metidos en aquellos trajes que les hacían parecer el anuncio de una marca de neumáticos?

»Esa Luna por la que se pasearon los astronautas en nada se parecía a aquella en la que los dragones habían vivido durante miles de años. Una nube de meteoritos gigantes cayó sobre ella y levantó una inmensa nube de polvo que, cegando la luz del sol, hizo que las plantas y todo lo que allí vivía muriera. Se salvaron algunos dragones, que gracias al poder de sus alas volaron en dirección a la Tierra, el planeta que tenían más cerca. No les fue fácil llegar: como en el espacio no había aire, tenían que volar conteniendo la respiración, lo que les exigía un gran esfuerzo, que es como cuando los niños quieren nadar bajo el agua y enseguida necesitan volver a la superficie para tomar el aire que precisan para vivir. Pues eso les pasaba a los dragones, y los que no podían contener la respiración terminaban muriendo. Solo unos pocos lograron salvarse y, al llegar a la Tierra, buscaron los lugares más remotos en bosques y montañas para esconderse, pues nada sabían de ese planeta al que habían llegado.

»Los dragones no son como la gente suele pensar. Son criaturas apacibles que, a pesar de su aspecto, llevan una vida tranquila y sin grandes estridencias, salvo cuando se sienten atacados por alguien. Entonces, su gran fuerza y la ira que se desata en ellos puede volverles seres temibles, capaces de destruir cuanto encuentran. Pero, por lo general, viven en lugares a los que nadie suele llegar, y la mayor parte del tiempo se la pasan durmiendo, ya que cuando despiertan no hacen sino buscar el mundo que han perdido, y al no encontrarlo se entristecen y no tardan en volver a dormirse decepcionados.

»Es como si un niño cualquiera, como, por ejemplo, tú —le dijo Paulina Martínez a Gabriel— descubriera una mañana al despertar que se encuentra en una casa que nada tenía que ver con la suya, y en que todo le fuera desconocido, que ni siquiera los padres que había en ella eran los suyos y a todas horas le estuvieran dando gritos y dando de comer cosas que no le gustaban. Seguro que ese niño querría volver a dormirse enseguida, y a ver si cuando despertara de nuevo lo hacía en su propia casa, con sus verdaderos papás.



—¿Sabes lo que es la felicidad? —le preguntó entonces a Gabriel, mirándole con ternura a los ojos—. Despertarte cada mañana en el lugar donde quieres estar.

»A los dragones no les sucedía eso, y se pasaban los días dormidos, a la espera de que un nuevo despertar pudiera llevarlos a aquel país que habían tenido que abandonar. Por eso, aquí, en la Tierra, era muy difícil verlos, ya que tenían la rara habilidad de mimetizarse con las montañas donde se escondían, haciendo que su aspecto se confundiera con el de las rocas. De forma que bien podías acercarte a una de esas rocas sin percibir que se trataba de un dragón. Y así fue pasando el tiempo, y fue tanto el tiempo que pasó que se fueron olvidando de lo que había sido su vida anterior. No se acordaban de la Luna, ni de que si estaban en este mundo era a causa del meteorito que había caído en ella y de la nube de polvo que, al impedirles respirar, les había hecho abandonarla. No se acordaban de los bosques hermosos que había en su superficie, ni de sus juegos con los otros dragones, ni de los ríos inagotables en que se bañaban, ni de aquellos frutos que tanto les gustaba comer. Y, aunque es verdad que, en las noches de luna nueva, cuando esta brillaba en el cielo redonda como un plato rebosante de leche, se la quedaban mirando como si en ella estuviera escrita la historia de lo que eran, ellos no pensaban que pudieran proceder de allí.

CAPÍTULO 3

En la Selva Negra

—Y así fue durante muchos siglos, hasta que empezaron a encontrarse con los seres humanos. La primera vez que esto sucedió fue en la Selva Negra, un macizo montañoso ubicado en el suroeste de Alemania. Se dice que fueron los romanos quienes le dieron ese nombre a causa de los densos bosques de abetos y de la oscuridad que reinaba en ellos. Y fue de un pueblecito situado en los lindes de uno de esos bosques de donde procedió la primera noticia del encuentro de un dragón con una persona. Era esta una jovencita que estaba recogiendo fresas. Y fue el color de esas fresas y el rastro rojo que dejó en sus labios al comérselas, que contrastaba con la palidez de su piel, lo que hizo que el dragón quedara hechizado por ella. La muchacha parecía dotada de esa cualidad misteriosa que solo los seres del aire poseen, y que les permite aparecer y desaparecer a su antojo, y enseguida se desvaneció entre los árboles, por lo que el dragón llegó a dudar si solo se había tratado de un sueño. Mas unos días después, paseando por los mismos lugares, volvió a verla, y esta vez la siguió para ver adónde iba. Así descubrió el pueblo donde vivía, que era muy pequeño, con casas de paredes de piedra y techumbres de paja. Y todo lo que había allí le maravilló. La luz que había en las ventanas por la noche, el humo que salía de las chimeneas, los animales que pastaban apacibles en los prados cercanos, los niños que corrían por las calles y se subían a las tapias como los gatos. Y, busca que te busca, no tardó en dar con la casa donde vivía la joven de las fresas. Acababa de lavar la ropa, y la estaba tendiendo para que se secara. Nunca había visto una criatura así. Parecía proceder de uno de esos sueños que de vez en cuando irrumpían en su cabeza y que, aunque él no podía saberlo, no eran sino las imágenes perdidas de aquella Luna que habían tenido

que abandonar sus antepasados. Su esbelta figura se desplazaba por la hierba con la elegancia de esas aves zancudas que descienden a las lagunas para refrescarse y alimentarse de moluscos y de pequeñas culebras, y su larga melena, al derramarse por sus hombros, hacía pensar en una madreselva cuyas flores fueran sus rizos.

»La muchacha no tardó en regresar a su casa, y el dragón se quedó mirando las prendas que había dejado tendidas y que recordaban las formas de su cuerpo, lo que le hizo acercarse a ellas para verlas mejor. Le bastaba soplar levemente sobre ellas para que se agitaran en el aire como si quisieran desprenderse de las pinzas que las sujetaban e irse volando por ahí, como pasa con los vilanos. Y decidió llevárselas a su cueva. Fue lo peor que pudo hacer, pues las prendas, depositadas entre las rocas, apenas eran un vulgar amasijo que bien podía confundirse con los montones de hojas y ramas secas que se formaban en el bosque al llegar el otoño, con lo que la añoranza que sentía por la joven que las vestía era cada vez mayor. Hasta que un día decidió raptarla. Era invierno, y la joven estaba en la fuente con su cántaro. Hacía mucho frío y el dragón hizo surgir de su boca una nube de vapor que todo lo envolvió. Era muy cálida y la joven, que no entendía de dónde venía, se puso a seguir su rastro entre los árboles hasta llegar a un pequeño lago. Estaba cubierto por esa bruma, y cuál sería su sorpresa al descubrir que el agua estaba caliente. No tardó en quitarse la ropa y sumergirse en el lago, donde estuvo nadando bajo la mirada atenta del dragón. Su cuerpo resplandecía por la humedad, y su melena flotaba a su alrededor en el agua como una colonia de levísimas algas, mientras que los delgados apéndices de sus brazos y piernas le hacían parecer, según sus movimientos, un pez, un ave, un reptil o una nutria. Se pasó así largo rato hasta que, debilitada por el calor que reinaba, emergió del agua y se quedó adormecida en la orilla. Entonces, el dragón aprovechó para cogerla con cuidado con una de sus garras y llevarla a su cueva.

»Cuando la joven despertó, lo primero que vio fue unos ojos enormes que la miraban desde la oscuridad. Y, como es lógico, se asustó mucho, pues los ojos de los dragones son como brasas encendidas y parece que te pueden quemar con solo mirarte. Pero enseguida se dio cuenta de que aquel ser no quería hacerle daño. En todas las muchachas hay ese poder, el de saber reconocer el peligro cuando aparece. De forma que se volvió hacia aquella criatura, de la que apenas percibía otra cosa que su silueta en la sombra, y le preguntó enfadada qué derecho tenía a haberla secuestrado y a

llevarla a aquella cueva.

»—¿Acaso crees que soy como esos pajarillos que se caen de los nidos y que no se saben defender?

»El cuerpo del dragón se encendió para mostrarla lo poderoso que era, ya que los dragones tienen la cualidad de poder cambiar de color según su estado de ánimo. Especialmente, cuando duermen. No hay nada más maravilloso que contemplarlos en esos instantes, porque entonces sus cuerpos se colorean adquiriendo matices que en todo recuerdan los del arco iris. Esto es porque las imágenes del mundo donde vivieron y que tuvieron que abandonar se albergan escondidas en sus pensamientos, y es en sus sueños cuando vuelven a ellos devolviéndoles la felicidad que sentían. Porque los dragones, a pesar de su aspecto terrible, fueron creados para la felicidad, como pasa con los niños; por eso tienen alas que les permiten volar; por eso sus ojos pueden ver, desde las distancias más grandes, hasta una hormiga que camina por la tierra; por eso son curiosos y echan fuego por la boca cuando se excitan; pero también por eso se vuelven mansos y zalameros y cuando se encaprichan de una persona solo quieren protegerla y estar a su lado. Y aquel mundo en que vivían antes de la caída del meteorito era un lugar donde podían experimentar todo eso; al contrario de lo que les pasaba en el nuestro, donde no sabían qué hacer con esas cualidades, a causa de lo cual daban en destruirlo todo, incapaces de controlar su rabia.

»Al dragón no le gustó nada que la muchacha le hablara así, y a punto estaba de echarle una bocanada de fuego y de transformarla en un montón de ceniza cuando ella volvió a encararse con él.

»—No tienes por qué ponerte así —le dijo—. ¿Acaso no te han dicho que, antes de pedirle algo a una persona, hay que preguntarle si lo quiere hacer o no?

»A estas alturas las formas del dragón ya se habían revelado ante los ojos de la muchacha, por mor de la luz que, al enfadarse, desprendía su piel. Y, aunque sintió miedo de la ferocidad de su aspecto, continuó recriminándole su conducta.

»—Soy yo quien debía estar enfadada por haberme traído a esta cueva inmunda sin pedirme permiso. Además, no solo me has robado la ropa, sino que la has vuelto a ensuciar, y ahora me toca volver a lavarla. ¿Acaso crees que me gusta llevarla de nuevo al río, con lo fría que está el agua, y que me vuelvan a salir sabañones?

»Y al decir esto la joven le mostró las manos al dragón, que tenía llenas de sabañones, que son unos bultos que salen en los dedos a

causa del frío, lo que a este le hizo agachar la cabeza, avergonzado, como un perrito al que su ama riñe por algo que ha hecho mal. Ya estaba abandonando la cueva cuando la muchacha se volvió hacia el dragón y le dijo:

»—Y ni se te ocurra volver a robarme la ropa o ir al pueblo para asustar a la gente.

»Y, al ver como el dragón se había tumbado en el suelo en señal de sumisión, se compadeció de él y le dijo:

»—Seré yo quien venga a verte, si te portas bien.

CAPÍTULO 4

Los dos amigos

—No tardó en suceder eso, pues desde que se habían conocido ninguno de los dos podía vivir sin el otro. Ella no podía olvidar los momentos en que se había despertado en la cueva del dragón y le había visto dormido a su lado, y cómo el color de su cuerpo cambiaba según los sucesos que tenían lugar en sus sueños; y en los oídos del dragón aún resonaba el sonido de las palabras de la muchacha cuando le había reñido, pues no le importaba lo que le dijera con tal de volver a oír su voz. Cuando pasa algo así y dos criaturas se desean de esta manera, ya no pueden vivir tranquilos hasta que no se vuelven a encontrar.

»Por ello el dragón se pasaba todos los días por el lago esperando verla aparecer de nuevo. No podía olvidar lo que ella le había dicho de sus manos, y de cómo las tenía, llenas de sabañones por lo fría que estaba el agua cuando iba a lavar. Y para que esto no pasara la calentaba cada mañana con su aliento. De forma que cuando a la muchacha le tocó lavar de nuevo la ropa lo primero que vio al acercarse al lago fue una nube de vapor que lo cubría todo. Y, como el agua estaba caliente, enseguida supo que era el dragón quien lo había hecho. Se puso a llamarle, pero este no apareció, ya que, a pesar de que, escondido entre los árboles, no se perdía detalle de lo que la joven hacía, no quería que le viera. No había olvidado la bronca que le había echado por llevarla a la cueva, y tenía miedo de que ahora pudiera volver a echársela por haber cubierto el lago con su aliento (¡¿quién podía entender a una criatura tan irritable?!).

»—Sé que estás enfadado por la bronca del otro día —le dijo la muchacha—, pero debes entender que tenía mis razones para hacerlo. No se puede andar por ahí secuestrando a las personas para llevarlas a

cuevas donde no saben qué se van a encontrar. No, al menos, sin preguntarles antes si quieren ir o no.

»Se lavaba bien la ropa en aquella agua tan caliente y, al terminar, la muchacha se dirigió de nuevo al dragón para agradecérselo.

»—Esta idea de calentar el agua ha estado genial, de verdad. Puedes lavar toda la ropa que quieras sin que te duelan las manos.

»Y, tras quedarse un momento esperando por si el dragón pudiera aparecer, cargó la cesta con la ropa y se dispuso a marcharse.

»—Bueno, me voy. A lo mejor mañana se te ha pasado el enfado y nos podemos ver. Que sepas que me gustaría mucho.

»Ya se estaba yendo cuando se dio de nuevo la vuelta y volvió a hablar con el dragón.

»—A ver si sabes esta adivinanza: «De celda en celda voy, pero presa no estoy».

»La niebla se había hecho más densa y apenas se veía nada. La muchacha esperó unos segundos y dijo:

»—La respuesta es: “La abeja”.

En la otra orilla del lago se vieron brillar dos puntos luminosos. Eran los ojos del dragón, que la estaba mirando.

»—¿Y esta otra? —insistió la muchacha—. «Mil damas en un camino, sin polvo ni remolino».

Fue ella misma quien se respondió.

»—Las hormigas.

»Los ojos del dragón se habían vuelto más brillantes cuando ella le hablaba. Le planteó una adivinanza más.

»—“Me hago más pequeño cada vez que me baño”. ¿Quién soy? Qué tonto eres: “El jabón”. No aciertas ni una. Ya me voy. Nos vemos otro día. Bueno, si quieres tú.

Así fue, y unos días después la muchacha estaba otra vez en el lago. Iba con intención de bañarse.

»—¿Estás ahí? —le preguntó al dragón.

»Las ramas de los árboles empezaron a moverse como si un animal de gran tamaño se desplazara entre ellas, pero apenas había avanzado unos metros cuando se detuvo.

»—Ya sé que eres tú —le dijo la muchacha al dragón—. Si te he llamado es porque quiero bañarme, y el agua está tan fría que corro el peligro de cogerme una pulmonía. No quiero añadir nada más, que por algo se dice: «A la mujer pedigüeña ponla donde habita la cigüeña».

»Una levísima bruma se extendió por el lago. Todo fue

desapareciendo en ella: los troncos y las ramas de los árboles, los juncos de la orilla, las piedras, el reflejo del sol en el agua. Un mundo blanco, sin formas, fue lo que quedó. Hacía mucho calor y la muchacha se quitó el vestido y se adentró en el agua, que la rodeó como el más cálido de los abrazos. Nunca se había sentido tan bien. Oyó un chapoteo, y enseguida una ola la alzó en el aire. Luego fue otra, y otra más, mientras el agua se volvía más y más caliente. El dragón se había metido en el agua, y nadaba a su alrededor generando aquel oleaje y elevando la temperatura del agua. Vio sus ojos encendidos en la niebla, y su enorme cabeza alejándose como el mascarón de un barco antes de desaparecer. Las aguas volvieron a quedarse en calma mientras la niebla se disipaba, permitiéndola ver de nuevo la orilla de lago. Y allí, entre los juncos, estaba el dragón mirándola. Pero, cuando quiso fijarse mejor, había desaparecido.

»No importa lo grandes que sean, ni el aspecto tan feroz que tengan, ya que, por lo general, los dragones son criaturas extraordinariamente tímidas a las que casi nunca se puede sorprender, pues viven escondidos en bosques y montañas, lejos de las miradas humanas. Pero también son muy curiosos, y cuando les gusta algo hacen todo lo posible por acercarse a ello y poder observarlo en secreto. Y eso empezó a hacer el dragón de esta historia tras encontrarse con la chica: se pasaba el día junto al lago, esperando volver a verla. Y, como a ella le pasaba lo mismo con el dragón, y desde que lo había visto solo soñaba con volverle a encontrar, esto no tardó en suceder, y se hicieron amigos. A ella le faltaba tiempo para salir del pueblo y acercarse al lago, donde el dragón la esperaba. Y tras subirse a su espalda volaban juntos por encima de las nubes, lo que a ella le gustaba sobremanera, pues era como si, desde allí arriba, el mundo entero, con sus pueblos, sus montañas, sus bosques y sus ríos, se volviera tan pequeño como un juguete y solo pareciera hecho para la felicidad de los que vivían en él.

CAPÍTULO 5

El reino de lo pequeño

—La joven tenía un hermano menor, y una tarde lo llevó a conocer al dragón. Era un niño muy travieso y nada más verlo se puso a jugar con él. No paraba de pedirle cosas: que anduviera sobre una sola pata, que echara fuego por la boca, que moviera sus grandes alas, que le enseñara los dientes. Hasta que, agotado de tanto correr y reír, se quedó dormido sobre la falda de su hermana. El dragón nunca había visto una escena tan cautivadora, y le entristeció pensar que él era demasiado grande para caber en el regazo de nadie. Era una desgracia haber nacido así, y que una muchacha no te pudiera tener en sus brazos, como hacía su amiga con su pequeño hermano. No podía haber un sitio mejor en el mundo. Además, todos le tenían miedo y cuando le veían corrían a esconderse gritando, convencidos de que se los iba a comer de un bocado si se descuidaban, o les iba a transformar en ceniza con su aliento de fuego.

»La muchacha se llevó a su pequeño hermano, y el dragón se quedó solo en el bosque. Y entonces, mientras regresaba a su cueva, empezó a darse cuenta de que por todos los sitios había escenas así, ya que todos los animales del bosque —pájaros, conejos, comadrejas— tenían crías a las que cuidaban y daban de comer en lugares cálidos y escondidos, donde nadie los pudiera encontrar. Y sintió envidia de todos esos seres, a los que sus mayores calentaban con sus cuerpos, o llevaban con cuidado en sus bocas sin hacerles daño. Envidia de sus boquitas abiertas cuando la madre pájaro les traía en su pico los gusanos que había cogido para ellos, o de la leche que bebían los conejitos de las tetas de su madre, o de cómo las pequeñas comadrejas se quedaban dormidas al calor del vientre de la suya.

»Por todas estas razones, el dragón se fue decepcionado a su cueva,

y hasta pensó en no volver a ver a aquella muchacha, avergonzado de tener un cuerpo que era como un gran saco de patatas. Porque ¿cómo se podía amar algo que era más grande que tú? Y por un instante se le pasó por la cabeza la idea de un mundo donde los bebés humanos fueran más grandes que sus madres. No, esto no podía ser porque ¿cómo luego estas se ocuparían de unas crías que a lo mejor eran cuatro veces más grandes que ellas? ¿Dónde encontrarían la comida que necesitaban para alimentarlas? ¿Cómo los llevarían a la cama cuando tuvieran sueño, o cómo les calentarían con el calor de sus cuerpos en las noches de invierno? ¿Una mamá gata podría ocuparse del bebé de un oso sin desfallecer? No, no sería posible, y esta era la razón de que los bebés fueran mucho más pequeños que sus madres, para que así estas pudieran darles lo que necesitaban.

»Decidió no volver a ver a la muchacha, por muy linda que le pareciera. El amor era el reino de lo pequeño y él, a causa de su tamaño, no tenía cabida en él. Se transformaría en una de las grandes rocas que había en la montaña, y podría pasarse otros cien años sin que nadie le molestara, que era lo que habían hecho la mayoría de los dragones tras la catástrofe que les había hecho abandonar el mundo del que procedían para buscar un refugio en la Tierra.

»Pero fue la joven quien lo buscó. Sabía dónde vivía y, extrañada de no volver a verle, subió a la montaña para ver si le había pasado algo. Y se puso a llamarle.

»—Dragón, dragoncito, ¿dónde estás? —le decía—. Mira que tengo ganas de bañarme en el lago, y el agua está tan fría que me voy a congelar si lo hago. ¿Puedes calentarla con tu aliento?

»Pero el dragón, aun oyéndola, no le contestaba. No podía olvidar la imagen de aquel pequeño que ella llevaba en sus brazos y que jugaba con sus manitas con su larga melena. Era como un pájaro trinando entre las ramas de un árbol.

»—Bueno, está bien —añadió, un poco enfadada porque no le contestaba—, pero que conste que si me cojo una pulmonía la culpa la tendrás tú.

»La muchacha acababa de irse cuando el dragón, arrepentido de su proceder, decidió seguirla. Y en el camino empezó a observar que podía avanzar sin esfuerzo, pues los árboles no le entorpecían el paso como antes. Ya no chocaba contra sus troncos y ramas y sorteaba con ligereza cuantos obstáculos encontraba. De forma que llegó a la orilla del lago antes que su amiga. Y lo primero que hizo fue calentar las aguas con su aliento, a fin de que cuando esta llegara las encontrara a

su gusto y pudiera bañarse en ellas sin pasar frío. No tardó la muchacha en aparecer y, al ver lo calentitas que estaban las aguas, enseguida se sumergió en ellas. Y, como sabía que solo el dragón podía haber hecho algo así, enseguida se puso a llamarle.



»—Dragoncete —gritaba—, ¿dónde te has metido? El agua está como nunca. Creo que me voy a pasar aquí dentro toda la vida.

»El dragón se acercó más de la cuenta a la orilla para verla mejor, y ella le descubrió. No le dio tiempo a esconderse, pues enseguida nadaba veloz a su encuentro. Estaba muy guapa y salió chorreando y sacudiéndose las gotas de agua de la melena como un cachorrillo deseoso de ponerse a jugar. Parecía una de esas criaturas que viven en el fondo de los lagos y de las que no se sabe nada, porque ¿acaso hay alguien que haya estado con ellas y nos pueda contar lo que hacen bajo el agua?

—No, no lo había, al menos que se supiera —continuó diciendo la señora Martínez—. Y es que de este mundo en el que vivíamos solo conocíamos una pequeña parte. Todo lo demás nos era desconocido.

»Pero lo que más extrañó al dragón fue la cara de asombro que puso la joven al verlo. No tardó en comprender la razón, ya que a ella le bastó con acercarse un poco más para descubrir que su tamaño se había reducido hasta tener los dos la misma estatura. Eso explicaba que se hubiera sentido tan ligero al ir a su encuentro, y que hubiera podido sortear los árboles sin chocar con sus troncos ni enredarse en sus ramas. Pero ¿cómo podía haber pasado algo así?

»Esto era porque cuando vivían en la Luna los dragones tenían una cualidad misteriosa que les permitía cambiar de tamaño a su antojo. Sucedía especialmente cuando se emparejaban. Entonces se volvían muy vergonzosos y no querían que nadie los viera. En eso no eran tan distintos de lo que en este mundo les pasa a las parejas humanas, que también quieren estar solas y siempre andan buscando lugares escondidos donde no les molesten y puedan hacer y decirse cosas que solo ellos saben cuáles son. Es entonces cuando encargan los bebés que luego tendrán que cuidar. Y a los dragones, cuando vivían en la Luna, les pasaba lo mismo y por eso cuando se emparejaban empezaban a disminuir de tamaño, hasta ser tan pequeños como dos palomas, momento en que se perdían en el bosque, donde estaban un tiempo sin que nadie supiera lo que estaban haciendo. Y allí, en algún lugar escondido, dejaban un huevo. Un huevo del que nacía un pequeño dragón que enseguida empezaba a hacer de las suyas, pues los dragones son muy inquietos y curiosos y no pueden parar quietos en ningún lugar, ya que de todo quieren enterarse.

»Y lo que pasaba —continuó la señora Martínez— era que el dragón de esta historia llevaba tanto tiempo en la Tierra que se había

olvidado de la vida que llevaban los de su especie en la Luna antes de tener que abandonarla. Y esta era la razón de que no supiera que podía cambiar de tamaño, y del asombro que había sentido al ver que ahora tenía la misma altura que la joven que acababa de salir del agua. Y esta no se sintió menos maravillada que el dragón, pues no acertaba a entender cómo era posible que aquella criatura que antes era veinte veces más grande que ella tuviera ahora su mismo tamaño. No tardaron en estar los dos metidos en el agua, donde fueron muy felices y estuvieron jugando hasta quedar agotados. Y así empezó a ser a partir de entonces: la joven iba en busca del dragón casi todos los días, y después de bañarse juntos subían a la montaña y el dragón le enseñaba su cueva.

CAPÍTULO 6

Una cueva de oro

—Las cuevas donde viven los dragones están llenas de oro, y esto es por lo siguiente: a los dragones les gusta vivir en lugares que en otro tiempo estuvieron sumergidos en el mar, razón por la cual las piedras conservan el sabor de la sal, y no hay nada que les guste más que chuparlas. Poco a poco esas piedras, gracias a la sustancia mágica que los dragones tienen en la saliva, se transforman en oro, por lo que sus cuevas están llenas de vetas doradas que brillan en la oscuridad, lo que hace que parezcan un cielo estrellado en el corazón de la tierra. La joven se maravilló al ver todo aquel oro, pero, cuando el dragón le indicó que cogiera lo que quisiera, ella se negó a hacerlo, porque pensaba que si se enteraban en el pueblo no tardarían en ir a la cueva a por más oro, y seguro que habría problemas, pues el oro enloquecía a los hombres, y estos eran capaces de hacer lo que fuera para conseguirlo.

»Y así fueron pasando los días. La joven iba a ver al dragón siempre que podía, y volaban por encima del bosque y las montañas, o se bañaban juntos en la laguna azul. Y ella le hablaba de las costumbres de su pueblo, y de cómo se reunía con otras jóvenes en la fuente para hablar de los amores que tenían y de las alegrías y penas que les daban, o de cómo, al llegar las fiestas, se ponían los vestidos más lindos para bailar y enamorar a los mozos, o de cómo, durante la vendimia, pisaban con los pies descalzos los racimos de uvas y obtenían el mosto con el que se hacía el vino, por lo que cada día que pasaba el dragón tenía más ganas de visitar el pueblo, y de ver con sus propios ojos todo lo que ella le contaba. La joven no ignoraba esos deseos, pero se resistía a llevarle con ella porque pensaba que en su pueblo le harían sufrir. Así eran los hombres, y, unas veces porque

solo pensaban en sacar provecho de todo, y otras porque envidiaban lo que tenían los demás o desconfiaban de lo que era diferente y desacostumbrado, se volvían mezquinos y crueles. Y recordaba cómo, en otro tiempo, los caballeros buscaban a los dragones para matarlos y, tras arrancarles el corazón, se presentaban llenos de orgullo en el palacio de su rey para recibir su aplauso. ¿Quién le aseguraba a la muchacha que, al ver al dragón, algún joven de su pueblo no querría hacer lo mismo para demostrar a los demás lo valiente que era? Y la sola idea de ver el rojo corazón de su amigo chorreando en las manos de alguno de ellos la hacía estremecerse de dolor.

»Pero cuantas más cosas le contaba de su pueblo al dragón, más ganas sentía este de conocerlo, hasta que un día se decidió a hacerlo y, empequeñeciéndose hasta tener el tamaño de una paloma, se escondió en la cesta donde la joven llevaba la ropa que acababa de lavar. Cuando ella se dio cuenta, ya era demasiado tarde y el dragoncito volaba alegre a su alrededor. Todo en aquella casa le asombraba: las sartenes y los platos de la cocina, los espejos de las paredes, las sillas en las que se sentaban a comer, las ventanas que permitían que entrara la luz y cuyos cristales les protegían del viento y del frío. Ella se enfadó mucho al ver que le había desobedecido, pues tenía miedo de lo que le pudiera suceder. Pero el dragón le aseguró que tendría cuidado y que no echaría fuego por la boca ni haría nada que pudiera comprometerla o asustar a nadie. Y ella enseguida le perdonó, pues al disminuir de tamaño se había vuelto tan gracioso que era difícil no querer verle volar incansable de un lado para otro ni querer contemplar las locuras que hacía. Y lo que más le gustaba era extender la mano y ver cómo el dragoncito volaba hasta ella y se posaba feliz en su palma, como si fuera el lugar del mundo donde más deseaba estar.

»Y fue así como el dragón se quedó a vivir en el pueblo con la muchacha. La seguía volando adondequiera que iba, causando la admiración general, especialmente la de los niños, que a todas horas querían jugar con él. Pero pronto empezarían los problemas, pues ya se sabe que, siempre que alguien tiene algo tan precioso, hay otros que se mueren de envidia y se lo quieren quitar. Y, si no lo consiguen, se vuelven locos de ira y son capaces hasta de destruirlo con tal de que, ya que ellos no pueden tenerlo, tampoco lo pueda tener nadie más. Y eso fue lo que sucedió, que una de las amigas de la joven se encaprichó del dragoncito, y, como este no la hacía demasiado caso y enseguida escapaba de ella para volar junto a su amiga, decidió

robárselo. Y, una tarde que lo vio volando alrededor de la casa, lo capturo con una red y, tras meterlo en una jaula, se lo llevó a su casa. El dragón podría haber destruido sin problemas aquella jaula, pues conservaba intacta su fuerza, pero, como le había prometido a su amiga que renunciaría a ella mientras estuviera en el pueblo, se quedó allí sin saber qué hacer.

»Esos días llegaron al pueblo unos titiriteros que actuaban en la plaza con sus acrobacias y sus números de magia, y aquella joven malvada les vendió el pequeño dragón con la condición de que le prometiesen que se lo llevarían lejos. Ya que ella no podía disfrutar de él, no quería que tampoco su amiga pudiera hacerlo, que en eso consiste la cochina envidia, en la rabia que se siente ante la felicidad de los demás. Los titiriteros enseguida se dieron cuenta del éxito que tendrían enseñando el dragoncito por los lugares que visitaban y se lo compraron sin dudar. Y así fue como desapareció del pueblo, sumiendo en la tristeza a su joven amiga, que no sabía dónde podía estar. Y era cosa de verla por las noches, recorriendo las calles llamándole desesperada.

»—Dragoncito —le llamaba con la cara bañada en lágrimas—, ¿dónde estás? ¿Ya te has cansado de mí?

»Y entonces un pensamiento terrible pasaba por su cabeza y le hacía derramar las pocas lágrimas que le quedaban, porque ¿y si no se había ido por propia voluntad y algún animal salvaje lo había matado aprovechando su pequeño tamaño? «¿No te habrá comido un gato?», se preguntaba. Pero el dragón, que en esos instantes estaba muy lejos y no podía oírla, no le contestaba.

—Y lo que pasó con ese dragón —continuó la madre de Gabriel— es algo que sin duda merece contarse, pero tendrás que esperar a mañana para que te lo diga, pues se ha hecho muy tarde y tienes que madrugar. Además, tampoco podemos saberlo todo. Cosas dentro de las cosas, así es la vida en este mundo.

Gabriel aceptó de mala gana. Pero no protestó mucho porque estaba muerto de sueño, aunque no lo quisiera reconocer. Su madre ya se estaba yendo cuando Gabriel le preguntó cómo era posible que el dragón y la chica se entendieran. ¿Acaso cada uno conocía la lengua del otro?

—No, eso no —le contestó su madre—, pero tampoco lo necesitaban. Les bastaba con mirarse para que cada uno supiera al momento lo que el otro le quería decir. Es lo que pasa cuando amas a alguien, que te basta con mirarle a los ojos para que te cuente con


ellos las más maravillosas historias. Lo hace con la lengua de las cosas mudas, que es la lengua del corazón.

CAPÍTULO 7

Primer sueño

Y, tras darle el beso de cada noche, Paulina Martínez salió del cuarto de su hijo dejando un poco entornada la puerta para que pudiera entrar luz del pasillo y así no tuviera miedo.

Ya solo, y con los ojos cerrados, Gabriel se quedó pensando en la historia que su madre le acababa de contar. Lo que más le gustaba era cuando el dragón había descubierto que podía cambiar de tamaño, y se había escondido en la cesta de la ropa. Y pensó en lo divertido que sería que también su madre tuviera ese poder, y poder llevarla a todos los sitios con él. Y se la imaginó corriendo por la mesa, entre los grandes platos y los vasos de agua, o en el colegio, ayudándole a hacer los exámenes. Una mamá tan pequeña que pudieras llevar a todos los sitios en una cajita: ¿había algo más hermoso de imaginar? Pero tenía que tener cuidado, pensó mientras se quedaba dormido, porque podía ser que apareciera algún niño envidioso que se la quisiera robar.

Esa noche, Gabriel soñó por primera vez con Puck el Dragón. Caminaba perdido por un sendero de la montaña cuando se encontró con un cartel que decía: «Cuidado con el dragón». Gabriel no era un niño miedoso, y siempre andaba en busca de aventuras, por lo que el cartel no le importó en exceso. Además, llevaba una espada que le había fabricado su amigo Jonás, el carpintero del pueblo. La había hecho con la madera más dura que existe, conocida como palo de serpiente, porque su veteado y su color rojizo recordaba las pieles de las serpientes, y con ella se sentía capaz de enfrentarse a todo tipo de peligros.

Llegó a la cumbre de la montaña y se sentó a descansar junto a una roca enorme. En ese momento empezó a oír un sonido que se repetía con regularidad y que semejaba los latidos de un corazón, como si en

el interior de la montaña hubiera algo vivo. La tierra empezó a moverse y, apenas estaba saliendo de su asombro, cuando vio que aquella roca era en realidad una criatura enorme que ahora se estaba desperezando. Se trataba de un dragón como los que había visto dibujados en sus cuentos, y enseguida echó mano a su espada, dispuesto a enfrentarse a él en caso de que le atacara y tuviera que defenderse.

—Ten cuidado conmigo, grandullón —le advirtió desafiante—: esta espada puede atravesar las pieles más duras.

El dragón no tenía muchas ganas de luchar y, estirándose cuan largo era, trató de ponerse en pie. Apenas lo había logrado cuando tuvo que volver a tumbarse, incapaz de mantener el equilibrio. Tenía clavada en una de las pezuñas una espina de considerable tamaño.

—Espera —le dijo Gabriel—, que te la voy a quitar.

Y, tan pronto como lo hizo, el dragón pudo ponerse en pie. Estaba tan contento que su primera acción fue lanzar una bocanada de fuego que transformó en ceniza cuanto había a su alrededor. Luego se volvió hacia Gabriel y, poniendo su cabeza en el suelo para estar a su altura, se le quedó mirando con ojos de gratitud. Parecía uno de esos perros mastines que cuando ven a su dueño se tumban en el suelo locos de amor para que este les acaricie la cabeza. Luego le ofreció su lomo.

—Anda, sube, que te voy a enseñar a volar —le dijo a Gabriel, pues para su sorpresa el dragón era capaz de hablar.

No lo dudó, y enseguida se había subido a su lomo, pues no hay niño en el mundo que rechace la invitación de un dragón a volar con él, aunque de primeras le dé un poco de miedo. El dragón desplegó sus grandes alas y al momento volaban por encima de los árboles y las montañas. El cielo estaba lleno de nubes algodonosas que flotaban en el aire como grandes islas blancas. ¿Vivía alguien en esas islas?, se preguntó Gabriel. Había oído decir que, aparte de la gente que se podía ver y habitaba el mundo conocido, había otra gente invisible de la que apenas sabíamos nada, y Gabriel se preguntó quiénes eran, y si alguna vez podría conocerlos. ¿Le llevaba el dragón a uno de los lugares donde vivían?

Sentía sus poderosas alas sosteniéndole en el aire, y cómo el viento agitaba sus cabellos y sus ropas. Parecía a punto de ser arrebatado por un golpe de viento, pero una fuerza misteriosa mantenía unido su pequeño cuerpo al suyo, impidiéndole caer, como si el dragón fuera un imán y él las limaduras de hierro. Atravesaron una tormenta. Las nubes estaban llenas de agua, y truenos y relámpagos les salían al

paso como hienas hambrientas, pero el dragón los sorteaba con hábiles giros, y ninguno les alcanzó. Desaparecieron las nubes y un azul intenso cubrió la inmensidad del cielo. Se escuchaba el sonido de las alas del dragón meciéndose levemente en el aire. Gabriel le preguntó adónde iban, pero el dragón volvió su enorme cabeza y se le quedó mirando sin responderle. De modo que los dragones que aparecían en los cuentos existían de verdad, se dijo Gabriel. Sin embargo, este no parecía tan feroz como ellos, por lo que el niño no tenía motivo para sentirse asustado. Abajo, en la tierra, se veía un inmenso valle cubierto de verdor, y un arroyo corría entre los árboles, llenando el aire de reflejos plateados. Se cruzaron con una bandada de ocas. Una era la guía y las otras la seguían ordenadas en una estructura con forma de uve, como en un desfile. Percibieron al pasar el murmullo de sus conversaciones.

—Hija —oyó decir a una—, he tenido unos días en que no me dolía nada, pero nada.

Se perdieron a lo lejos. Un prado inmenso ascendía hasta la orilla del acantilado, y abajo, a más de cien metros de distancia, estaba el mar. El acantilado era una inmensa pared vertical en la que anidaban multitud de aves. Fue allí donde el dragón descendió. Algo parecido a un niño les estaba esperando. Era muy menudo y tenía el cuerpo cubierto de plumas. Se acercó al dragón para saludarle.

—Hola, Puck. Me vienes como anillo al dedo. Los frailecillos están revolucionados. Esas aves malignas les roban los huevos.



Se refería a los alcatraces. Había centenares y volaban de un lado a otro sin importarles el viento terrible que azotaba la muralla de piedra. Asombraba ver sus vuelos acrobáticos y cómo se lanzaban como auténticos misiles contra el agua para capturar peces.

—Estoy pensando en mudarme —continuó diciendo el niño emplumado—. Con todo este jolgorio, aquí no hay quien viva.

Fue entonces cuando reparó en Gabriel, que hasta ese momento había estado oculto tras las alas del dragón.

—Anda —exclamó—, pero si traes a un enano contigo. No sé qué piensas hacer con él, pero aquí no me lo dejes. Sabes que no me gustan nada las crías humanas.

Gabriel había aprovechado para bajarse del lomo del dragón, pero no sabía si acercarse o no a aquel niño tan desagradable. Y por romper el hielo le preguntó cómo se llamaba.

—A ti qué te importa, majadero —le contestó—. Un nombre no se puede dar a cualquiera; a lo mejor me lo quieres robar.

Se fijó entonces en la espada que Gabriel llevaba sujeta al cinturón.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó.

—Una espada. Está hecha de madera de palo de serpiente, la madera más dura que existe —le contestó lleno de orgullo.

El niño emplumado se la quedó mirando con ojos de envidia.

—Ya veo, ya veo —murmuró.

Y, fingiendo que no le importaba, hizo que se iba. Pero en el último momento se dio la vuelta y le dijo a Gabriel:

—Me llamo Adriano, como el emperador. Y ahora ¿me dejas la espada? Tengo un asunto que resolver.

No le dio tiempo a contestarle. Adriano le quitó la espada de las manos en un abrir y cerrar de ojos y, tras alzarla en actitud de guerra, lanzó varias estocadas al vacío, como si se enfrentara a enemigos invisibles.

—Me gusta; ya lo creo que sí. Esos energúmenos se van a enterar.

Y, ante el asombro de Gabriel, se fue volando por los aires.

Le vieron ganar altura y luego precipitarse por la pared del acantilado, profiriendo gritos de guerra. Había centenares de alcatraces revoloteando, que, al verle, se lanzaron en su busca. Eran muy numerosos y le atacaban por todos los lados, pero Adriano los sorteaba con habilidad, golpeando sus picos con la espada, lo que hizo que no tardaran en dispersarse. En la parte baja del acantilado aparecieron unas aves rechonchas, de andares graciosos y picos rojos,

que recordaban pequeños payasos. Eran los frailecillos, que enseguida empezaron a batir alas y a graznar estruendosamente en señal de agradecimiento.

Los alcatraces les hacían la vida imposible. Se reían de su aspecto, y, al menor descuido, se colaban en sus nidos y les robaban los huevos. Eran estos de una misteriosa perfección, y en la oscuridad desprendían una luz azulada que recordaba al claro de luna. Gabriel quiso conocer a los frailecillos, y Puck el Dragón le llevó hasta la parte inferior del acantilado. Adriano ya estaba con ellos. Los frailecillos se agrupaban a su alrededor, graznando y agitando sus pequeñas alas, en señal de gratitud por haberles salvado. Adriano estaba feliz en su papel de héroe y, al ver a Puck y a Gabriel, acudió a su encuentro.

—Aquí están mis amigos —exclamó.

Y volviéndose hacia los frailecillos se los presentó.

—Son Gabriel y Puck, unos colegas —les dijo.

Uno de los frailecillos, el más serio y atento, se acercó para responder a la presentación.

—Es un placer-placer conocerle, señor-señor —le dijeron a Puck.

Los frailecillos eran muy educados y trataban a todo el mundo de usted. También repetían las palabras.

—Y a usted joven amigo-amigo —esta vez se dirigieron a Gabriel— también le deseamos la mejor estancia-estancia entre nosotros.

Esa tarde iban a celebrar una fiesta, y les invitaron a ir.

CAPÍTULO 8

La señorita Clara

Puck, Gabriel y Adriano se presentaron a la hora convenida. La fiesta estaba muy animada pues los frailecillos, que andando por la tierra eran muy torpes, eran grandes bailarines. Gracias a sus pies palmeados, dominaban sobre todo el arte del zapateado, y era digno de ver cómo golpeaban las piedras al tiempo que agitaban sus alas. Lo más gracioso era verlos volar. Tenían las alas muy cortas y las agitaban con rapidez alcanzando gran velocidad. El problema era cómo aterrizar. Lo hacían lanzándose directamente contra las olas, para así poner límite a sus vuelos.

Llegaban en primavera para aparearse y tener sus crías. Y aquellos acantilados vacíos y oscuros durante meses se convertían en un hervidero de vida. Pero, a diferencia de las colonias de alcatraces, que eran multitudinarias y ruidosas, las de los frailecillos eran un remanso de paz y sosiego, y contemplarlas daba felicidad. Nadie sabía dónde pasaban el resto del año, ni qué hacían en ese tiempo. Se refugiaban en algún punto de los vastos mares septentrionales, donde volaban, se alimentaba y flotaban en soledad, lejos de la mirada humana. Cuando la fiesta terminó, Gabriel quiso saber por qué los alcatraces se metían con ellos, y Adriano le dijo que era a causa de la perfección de sus huevos y del silencio que reinaba en sus colonias. Los alcatraces, que eran ruidosos por naturaleza, no soportaban ni una cosa ni la otra.

Gabriel y Puck el Dragón se despidieron de Adriano, no sin antes prometerle que volverían pronto. Adriano les había prometido llevarlos a la Isla de los Niños sin Corazón, y Gabriel estaba deseando saber qué isla era esa.

—Además —añadió Adriano mostrando orgulloso la espada que llevaba en el cinto—, supongo que querrás recuperar el arma que me

has prestado.

Gabriel no se la había prestado, pero no hubo forma de que se la devolviera, y Puck el Dragón le convenció para que se la dejara unos días más.

Y así fue como Gabriel y Puck abandonaron los acantilados donde vivía Adriano y regresaron al bosque, no sin sufrir antes los embates de una nueva tormenta. Llegaron empapados como sopas. Gabriel tenía mucho frío, pero le bastó con acercarse a la barriga del dragón, que estaba calentita como una estufa, para que se le pasara. También pudo comer unas frutas muy sabrosas, de color morado, que crecían a la entrada de la cueva.

—Oye, Puck —le preguntó apretándose aún más contra su barriga —, ¿y cómo es que Adriano puede volar?

—Ah —le contestó Puck bostezando—, esa sí que es una buena pregunta, pero es mejor que se la hagas a él. Le encanta hablar de sí mismo.

Puck era muy perezoso y todo quería dejarlo para después. Esa era su frase preferida cuando le preguntaba algo:

—Mañana hablaremos de eso, claro que sí.

Y apenas había dicho esto cuando empezaba a bostezar y se quedaba dormido. Gabriel no tardó en bostezar él también: el día había sido muy largo y estaba cansado de tantas emociones. Nunca se lo había pasado tan bien, y solo esperaba el momento de despertarse de nuevo y de vivir con su amigo una nueva aventura. Irían a buscar a Adriano y visitarían la Isla de los Niños sin Corazón. ¿Cómo serían esos niños?, se preguntaba. ¿Sería verdad que no tenían corazón? Y si no tenían corazón, ¿cómo podían amar? El mundo donde se encontraba era mucho más interesante que aquel en el que vivía él, donde tenía que hacer todo lo que le decían los mayores: ir al colegio, no ensuciarse la ropa, comer lo que te ponían en el plato, aunque no te gustara, como le pasaba con las lentejas, o lavarte los dientes tres veces al día. No, decididamente, todo eso era una lata y prefería quedarse en aquel mundo lleno de aventuras donde estaban Puck y Adriano.

Pero, cuando Gabriel se despertó, ya no estaba en la cueva con su amigo el dragón, sino acostado en su cama. En la vida real no había niños voladores como Adriano, ni dragones capaces de echar fuego por la boca y de llevarte en su lomo por encima de las nubes. No, aquel mundo en el que estaba ahora era infinitamente más aburrido, y ninguna de esas cosas podía suceder en él.

—Arriba, gandul —oyó decir a su madre desde la puerta—, que llegas tarde al colegio.

Tuvo que vestirse a toda prisa y salir de casa comiéndose las galletas por las escaleras, pues Paulina Martínez, su madre, era muy despistada y siempre llegaba tarde a todos los sitios.

Pero esa mañana, en clase, Gabriel, incapaz de olvidar lo que había vivido en su sueño, no se concentraba en lo que le explicaban los profesores.

—A ver, Gabriel, baja de las nubes, por favor —le dijo la señorita Clara, su profesora, un poco enfadada porque no prestaba atención.

Pero, cuando le preguntó si le pasaba algo, él permaneció en silencio. ¿Cómo iba a decirle que Adriano se había quedado en su sueño con su espada de palo de serpiente? No podía olvidar su osadía al enfrentarse a los alcatraces, cómo se escabullía de sus picotazos y con sus piruetas buscaba su espalda para atacarles, lo que hizo que las rocas de los acantilados no tardaran en estar cubiertas de las plumas que les quitaba con sus golpes. Entregado a esos pensamientos no había escuchado ni una sola de las palabras de la maestra.

—A clase se viene con la cabeza puesta —insistió ella—. De otra forma, ¿cómo vas a aprender?

Todos los niños se echaron a reír al imaginarse a Gabriel sin cabeza, sentado en su pupitre.

—Anda —continuó—, sal al patio y ponte a buscar tu cabecita, que a lo mejor la has perdido durante el recreo.

Gabriel salió avergonzado al patio. Quería mucho a su maestra, y le daba miedo que se pudiera enfadar con él. Había allí un árbol muy hermoso, y se sentó bajo sus ramas. No había ningún niño, y, como el patio estaba muy silencioso, le fue entrando sueño y se quedó dormido. Entonces vio a Puck, que se acercaba a él sin hacer ruido.

—Despierta —le susurró al oído—, que tienes que volver a clase.

Y se puso a sacudirle por los hombros. Gabriel abrió los ojos y vio que no era Puck, sino la señorita Clara quien estaba a su lado. Tomándole de la mano le hizo levantarse.

—Perdóname —le dijo—. Eso de que no tienes cabeza es una tontería que no debí decir. Anda, vamos, que te vas a quedar frío.

¡Qué extraño era todo!, se dijo Gabriel. El dragón de su sueño se había transformado en la señorita de su colegio. Y al abrazarla había sentido lo mismo que cuando se había acercado a la panza del dragón para recibir su calor.

CAPÍTULO 9

La herencia del patriarcado

Esa noche los padres de Gabriel habían quedado con unos amigos para ir al cine y lo dejaron a cargo de una canguro. Fue la encargada de acompañarle a la cama. Se llamaba Nerea, y la verdad es que no le hizo demasiado caso, pues estaba todo el tiempo con el móvil, recibiendo llamadas y mandando mensajes a sus amigas. Además, no se sabía ni un solo cuento.

—¿De verdad que no te sabes el cuento de Barba Azul, ni el de Blancanieves, ni el de la Bella Durmiente?

—Ni me los sé —le contestó—, ni quiero escucharlos. Son una herencia del patriarcado y lo mejor que podría pasar es que desaparecieran del mundo.

Gabriel no entendió bien lo que quería decirle, y hasta sintió un poco de vergüenza de habérselo preguntado, pues él amaba esos cuentos y por más veces que los hubiera escuchado nunca se cansaba de ellos. No entendía cómo a aquella chica tan lista y que tenía respuestas para todo no le podían gustar. Y, ya en la cama, cuando se estaban despidiendo, se atrevió a preguntárselo otra vez.

—¿De verdad no te gusta el cuento de Cenicienta?

—¿La historia de esa cursi que se moría por ir al baile vestida de princesa para pescar novio? Me dan ganas de vomitar solo con pensarlo. Las mujeres de ahora no somos así. Y, hala, ahora a dormir, que tengo muchas cosas en que pensar.

—¿Y Wendy? ¿Tampoco te gusta Wendy, la amiga de Peter Pan?

—Desde luego que no. Wendy es lo peor. Solo vive para ser la madrecita de esos niños tarados. Es una niña tóxica. ¿Quién ha dicho

que las mujeres hemos venido al mundo para ser madres?

—Pero les cuenta cuentos a los niños.

—¿Y qué son los cuentos? Tonterías que no son verdad.

Nerea lo dejó solo y Gabriel se quedó pensando en aquella conversación. No entendía por qué decía eso de Wendy, que era quien había puesto un poco de orden en aquella isla de locos con sus historias. ¿Qué mal podía haber en eso? Además, ¿no eran los niños perdidos quienes le pedían que se las contara? Tampoco entendía por qué Cenicienta iba a ser una cursi por llevar aquel vestido. Era su madre quien se lo había dado. Se había muerto y cada noche Cenicienta iba a su tumba para hablar con ella y, regada por sus lágrimas, la ramita de avellano que había plantado creció hasta transformarse en un hermoso árbol. Fue de sus ramas de donde surgió el vestido con el que iría a bailar. ¡¿Cómo no iba a ser feliz de llevarlo a la fiesta?! Aquel príncipe se fijó en ella y estuvieron bailando toda la noche, pues estaban tan a gusto juntos que no encontraban el momento de separarse. Pero, aun así, en un descuido, ella se fue sin avisar. Y Gabriel, que no lo entendía, siempre le preguntaba a su madre por qué.

—Siempre pasa eso cuando te enamoras de alguien —le contestaba ella—. Son los sustos del amor, que no hay forma de saber lo que te puede pedir.

Gabriel cerró los ojos repitiendo para sí aquella palabra tan rara, «patriarcado», «patriarcado», que no sabía qué significaba, y se dijo que por la mañana tenía que preguntárselo a su madre.

Acababa de dormirse cuando oyó que alguien le llamaba.

—Gabriel, colega, ¿estás ahí?

Todo estaba muy oscuro, pero brillaba una luz a lo lejos y vio la silueta de una criatura enorme a la orilla de un lago. Era Puck el Dragón. Al verle se puso tan contento que lanzó una bocanada de fuego que no le quemó por los pelos. Enseguida estaban volando por encima de las nubes. Esa mañana tenían las formas más caprichosas y Gabriel pensó en lo divertido que sería quedarse a dormir una noche en una de ellas. Se acordó de una frase que a su madre le gustaba decir: «El amor verdadero no pone una venda en los ojos, sino una nube en el corazón». Se la había escrito una amiga italiana en una carta. Le daba mucha pena porque no la había vuelto a ver.

—¿Adónde vamos? —le preguntó a Puck.

—A buscar a Adrianito —le contestó—. Se quedó con tu espada de palo de serpiente. Tenemos que recuperarla.

No tardaron en llegar a los acantilados. Reinaba en ellos la tranquilidad porque los alcatraces habían visto un banco de peces y estaban dándose el banquete.

Encontraron a Adriano en su cabaña. Llevaba la espada al cinto, y no hizo ademán alguno de ir a devolvérsela. Había estado cogiendo fresas silvestres y les animó a comerlas. Crecían junto al acantilado y tenían un sabor exquisito.

—¿Tú sabes lo que significa «patriarcado»? —le preguntó Gabriel a Adriano. Gabriel seguía preocupado por la conversación que había tenido con Nerea.

—Ni lo sé, ni me importa —le contestó—. Pero a cambio puedo decirte todos los insultos que quieras. Te aseguro que te harán falta: en este mundo abundan los mequetrefes.

Y se puso a recitarle toda una retahíla de ellos: «bellaco», «villano», «mastuerzo», «vándalo», «batracio», «botarate», «malandrín», «facineroso», «archipámpano», «mequetrefe». Había allí una escoba y Adriano se encaró con ella y le dijo enfadado:

—Y tú, a ver si barres mejor, que esto parece un bebedero de patos.

¡Qué extraños eran los sueños!, pensó Gabriel. En ellos no solo sucedían cosas que no eran posibles en el mundo real, como volar sobre el lomo de un dragón o ser amigo de un niño que estaba cubierto de plumas, sino que podías hablar hasta con las escobas.

Puck el Dragón volvió a intervenir.

—Oye, Adriano, creo que deberías devolverle a Gabriel su espada. No te olvides de que solo te la prestó para que atacaras a tus enemigos.

—Sí, lo haré pronto. Claro que lo haré.

Pero, en vez de devolvérsela, dio un salto y se quedó suspendido a dos metros del suelo.

—Menudo sueño tengo —dijo—. Voy a dormir un poco.

Y empezó a ascender por el aire hasta quedar tumbado de espaldas en el techo de la cabaña. Sujetaba la empuñadura de la espada de palo de serpiente con las dos manos, dando a entender que no estaba dispuesto a dejársela quitar.

—Siempre se comporta así cuando no quiere hacer algo —dijo Puck —. Dice que tiene sueño y se pone a dormir. Anda, vamos. No creo que saquemos nada en limpio de aquí.

El cielo estaba cubierto de niebla y volaron prácticamente a ciegas por espacio de varios minutos. Gabriel no sabía adónde iba y se agarraba muy fuerte a las escamas del dragón para no resbalarse y

caer. No muy lejos de allí se oían truenos y relámpagos que anunciaban tormenta. Pero la niebla fue desapareciendo y el sol volvió a iluminar la tierra. Todo brillaba, hasta las cosas más inimaginables: el verde de las hojas, el curso de agua de los arroyos, el polvo blanco de los caminos. Relucían las ramitas de los árboles, el musgo sobre los troncos, el plumaje de los pájaros. Vieron una montaña cubierta de nieve. En la cima había una cabaña, donde vivía un viejo conocido de Puck que había trabajado en la mina. Descendió hasta su puerta para saludarlo. Se llamaba Elmo y había levantado aquella casa con restos de casas abandonadas. En invierno se quedaba aislado por la nieve y para bajar al pueblo a comprar tenía que hacerlo sobre unas raquetas. Vivía con la única compañía de sus libros, sus cigarrillos y el café que consumía sin descanso. No quería saber nada del mundo, y solo era feliz en su refugio. El viejo minero les contó su historia. Habló del tiempo que estuvo en la mina, de la dureza de aquel trabajo y de la locura que se instalaba en todos ellos, conscientes de que en apenas unos años sus pulmones estarían destruidos. Ganaban mucho dinero que luego se gastaban en juego y bares de mala muerte. Cuando salían de la mina eran como Lázaro resucitado. No tenían tiempo que perder, y apuraban la vida sin pensar en el mañana. Ahora era distinto: había encontrado la paz y no quería moverse de aquel refugio. No le gustaba el mundo, lo que veía a su alrededor. Todos estaban obsesionados por el dinero, y se traicionaban unos a otros para conseguirlo. Estaba harto de ellos. Prefería la soledad de la montaña. Observaba a los animales que bajaban hasta su cabaña y espiaba los movimientos de los cazadores furtivos, a los que odiaba, porque no mataban para alimentar a sus familias, sino por dinero. Mataban venados y lobos, cuyos cuerpos abandonaban en el monte, pues solo les interesaban sus cabezas, que vendían en la ciudad para disecar y adornar los salones de los ricos. De pronto se detuvo un momento y se quedó escuchando con una sonrisa.

—¿No oís? Mis perritos quieren comer.

Se refería a los lobos, que cuando nevaba mucho bajaban a las cercanías de la cabaña en busca de basura. Sus aullidos estremecedores llegaban hasta la cima de la montaña, y él era feliz al escucharlos. De todos los sonidos del mundo eran lo que más le gustaba escuchar. Luego, les preguntó adónde iban.

—Al Valle de los Niños Invisibles —le dijo Puck.

Elmo soltó una gran risotada.

—Tened cuidado —les advirtió—. Os contagiarán su tristeza. Ser


invisible para los demás te vuelve melancólico.

CAPÍTULO 10

El Valle de los Niños Invisibles

Para llegar al valle tuvieron que atravesar un largo cañón de piedra horadado por el río. Unas cabritas de color blanco se paseaban impávidas entre los riscos, y, en una ladera, había una plantación de girasoles, que levantaban sus rostros redondos hacia el poniente en llamas. Llegaron a una zona poblada de vegetación, que surcaban pequeños arroyos. Castaños, acacias y sicomoros levantaban sus ramas al cielo, y una hierba color carmín enseñaba sus frutos oscuros y en sazón. Era el Valle de los Niños Invisibles.

—Esos niños ¿quiénes son? —le preguntó Gabriel al dragón.

Puck le dijo que en la naturaleza había dos tipos de seres, los que se podían ver y los que no. Antes estaban mezclados, y hasta era frecuente que criaturas de uno de esos mundos pasaran con naturalidad al otro y estuvieran allí por un tiempo. Una vez lo hizo un rebaño entero de ovejas. El pastor que las cuidaba era un chico muy pobre, que las amaba profundamente. No eran suyas, sino de un hombre grosero y violento que, cuando se emborrachaba, se divertía golpeándolas. El chico trataba de defenderlas, pero era él entonces el que se llevaba los golpes y los insultos de su amo. Una tarde de mucha niebla, se perdió en el bosque con ellas. Buscaban el camino de regreso cuando vieron a un carnero detenido en medio de la niebla. Era muy hermoso, y su piel resplandecía como si llevara sobre el lomo un manto de luz. Atraídas por esa luz, las ovejas se pusieron a seguirle, y el chico empezó a ver cómo a cada paso que daban se volvían más leves e incorpóreas hasta que dejó de verlas. Desesperado, se puso a llamarlas.

—Ovejitas, ¿dónde estáis? —les decía llorando—. Mirad que si vuelvo a casa sin vosotras mi amo me va a matar a palos.

Pero las ovejas habían pasado al mundo de lo que no se ve y desde allí no le podían oír. Y, en efecto, cuando el mozo regresó al pueblo sin el rebaño, su amo cogió un palo y le golpeó hasta molerle las costillas.

—Y ahora vete a buscarlas —le dijo—, y no se te ocurra volver sin ellas, si no quieres recibir una nueva paliza.

Así pasaron los días. El pastorcito salía a buscar las ovejas, para recibir cada noche una buena tunda de su amo al regresar sin ellas. Hasta que una tarde oyó sus balidos, y las fue encontrando a todas en medio de la niebla. Había pasado eso porque los dos mundos, el visible y el que no se ve, no pueden permanecer mezclados, y, antes o después, los seres que han pasado de uno al otro tienen que regresar al que pertenecen. Las había reunido a todas cuando vio que algo brillaba en sus cuerpos. Eran pepitas de oro, que llevaban enredadas en las guedejas de lana, y que se habían traído sin saberlo de los lugares ocultos por los que habían andado, pues el oro es una de las formas que toma el mundo invisible para aparecer en el nuestro.

El chico se guardó las pepitas sin decírselo a su amo, pensando que no se merecía que le hablara de ellas después de todos los palos que le había dado, y a partir de entonces pudo dejar aquel oficio y poner una panadería, que era lo que de verdad le gustaba. Aun así, muchas veces se acordaba de las ovejas y de la aventura que había vivido a su lado y las iba a ver. Les preguntaba cómo era el mundo donde habían estado perdidas, y si acaso alguna vez podían llevarle con ellas a conocerlo. Pero las ovejas se limitaban a contestarle bee, bee, y por más que insistía era incapaz de obtener otra respuesta, ya que las cosas que pasan en el mundo que no se ve no se pueden explicar con las palabras que nosotros conocemos.

—Eran los niños, sobre todo —continuó Puck el Dragón—, los que tenían tratos con ese mundo. Y no era infrecuente por eso que un niño o una niña reales se hicieran amigos de niños invisibles. Sus padres pensaban que se los inventaban y no le daban mayor importancia, pero ellos sabían que existían. Era con ellos con quienes hablaban cuando se sentían solos, y hay que decir que tenían conversaciones bien interesantes, aunque luego no supieran explicar cuáles eran, porque lo que se decían entonces era tan ligero que cuando querían recordarlo ya no estaba allí.

Puck el Dragón estaba muy cansado y decidió tumbarse un rato

para descansar, pues ya se sabe que los dragones son muy dormilones y aprovechan cualquier ocasión para echarse un sueñecito. Mientras tanto, Gabriel decidió dar un paseo. Echaba de menos su espada de palo de serpiente. Los bosques estaban llenos de criaturas desconocidas que nunca sabías cómo se podían comportar, y, llegado el caso, la espada le habría venido bien para defenderse de ellas. No hacía viento, pero las ramas empezaron a moverse a su alrededor. Oía ruidos de pasos, pequeños gritos y risas, como si los árboles se hubieran puesto a hablar igual que los seres humanos. Y echó a correr buscando dónde esconderse.



Llegó a un lugar poblado de árboles gigantescos. Una brisa suave agitaba sus copas, que se mecían con serenidad imitando el murmullo incesante de una cascada. Gabriel vio venir por el aire, entre la niebla, una llamita sola. La vio avanzar hacia él hasta situarse a unos pocos pasos de distancia.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy Lucecita, la reina de este bosque.

Se trataba de una niña, y su voz era tan dulce que daban ganas de meterla en una botella para quedarte con ella y poder escucharla de nuevo cuando estuvieras triste. La niebla empezó a agitarse a su alrededor y vio una docena de pequeñas figuras blancas acercándose. Parecían niños, niños hechos de niebla.

—Son tus amigos —le dijo Lucecita—. Han venido para saludarte.

CAPÍTULO 11

La reina del bosque

Gabriel no veía a la niña, sino solo la llamita que debía de llevar en el hueco de sus manos. Tampoco veía a los niños que estaban con ella. Veía sus sombras blancas flotando a su alrededor, pero a ellos no los veía. Algunos estaban en las copas de los árboles, colgando de las ramas como monitos.

—Se han puesto muy contentos al verte —le dijo Lucecita a Gabriel —. Hace años, a todas horas jugabas con ellos. ¿No te acuerdas?

Gabriel recordó que, cuando era pequeño, había tenido, no un único amigo invisible, sino, al menos, una docena. Les llamaba los Gabrieles, y le seguían a todos los sitios. Sobre todo, cuando se hacía de noche y se quedaba solo en su cama. Entonces, venían a su cuarto para acompañarle. No sabía decir cuántos eran, que unas veces eran tres, otras siete, y hasta una vez por lo menos veinte, que menudo lío se armó, ya que empezaron a jugar con la almohada y la ropa de cama y armaron tanto jaleo que hasta su padre se despertó y tuvo que ir a su cuarto a ver qué pasaba. Claro que no vio a los Gabrieles, que solo él podía ver, sino que todo el cuarto estaba revuelto como si hubiera pasado por allí una manada de búfalos. Pero esto solo pasó una vez, pues, por lo general, los Gabrieles eran muy tranquilos y no se notaba que estaban allí. Todos eran como él, y cuando venían a verle era como si se viera a sí mismo repetido en distintos lugares: encima del armario, sentado en el alféizar de la ventana, o debajo de la cama. Todos a la vez, como en esas casetas de feria en que ves tu imagen repetida en multitud de espejos.

Nada les gusta más a los niños invisibles que el que los niños reales les cuenten historias, ya que los niños que no existen no saben lo que es tener madre, ni tienen casas, ni saben lo que es jugar con un balón,

o bailar una peonza. Ni siquiera pueden comerse un helado cuando llega el verano. Por eso, cuando un niño o una niña de verdad les invita a su casa y les deja jugar con sus cosas, son los más felices del mundo ya que entonces les parece que son como ellos y que también tienen mamá, aunque sea prestada. Pero esto solo dura hasta que sus amiguitos crecen. Entonces estos se olvidan de que están ahí y ellos tienen que volver a su mundo, lo que les causa una profunda pena, ya que no hay nada más triste en esta vida que no existir.

Mientras tanto, los Gabrieles, o, mejor dicho, sus sombras blancas, habían rodeado a Gabriel y a Lucecita y celebraban su victoria sobre los bellacos que les habían atacado.

—Viva Gabriel, nuestro capitán —gritó uno.

Y todos contestaron a la vez:

—Viva, viva por siempre jamás.

Gabriel veía flotar a su alrededor las sombras de sus amigos, pues eran ligeros como la espuma y tan pronto los veía vagar por el suelo como perderse entre las ramas de los árboles. Echaba de menos su espada de palo de serpiente. Podría blandirla en su mano, y aparecer ante ellos como un capitán de verdad. Cuando viera a Adrianito, el niño con plumas se iba a enterar de lo que valía un peine. El griterío que organizaron fue tan grande que Lucecita, la reina del bosque, un poco aturdida, les mandó callar.

—Bueno, chicos, ya está bien por hoy, que vamos a terminar todos sordos.

Todos se fueron callando y, poco a poco, se agruparon alrededor de Gabriel y Lucecita.

—¿Te acuerdas de cuando nos contabas cuentos? —dijo entonces uno de ellos.

¡Claro que se acordaba! En aquella etapa de su vida, cuando su madre salía de su cuarto tras darle el beso de buenas noches, los Gabrieles salían de sus escondrijos y, sentados donde podían, algunos en la almohada, se disponían a escuchar de sus labios el cuento que su madre le acababa de contar. A veces era el padre de Gabriel quien se los contaba. Se llamaba Leonardo Scotoni y, aunque era matemático, se sabía muchas historias.

Todos guardaron silencio, y, mientras Gabriel empezaba a contar su cuento, aquellas sombras blancas que flotaban en la niebla se fueron transformando en seres de verdad, de forma que muy pronto había a su alrededor al menos una docena de niños como él, pues tenían su misma cara y sus ojos brillaban con la misma luz misteriosa de los

suyos. Era como si los cuentos tuvieran el poder de hacer reales las cosas que no lo eran. Y Gabriel pensó en lo bonito que sería que al amar a una persona se transformara en muchas personas iguales. Y se imaginó lo que sería que eso mismo le pasara a su madre. Y que cuando le llevara al colegio no fuera una sola quien lo hacía, sino al menos una docena de madres. Y que cuando una se cansara de llevarle en los brazos, que ya era un poco grande para eso, fuera otra quien lo cogiera en los suyos, y luego otra, y otra más, y que así pudiera ir en volandas hasta el colegio. Por no hablar de la envidia que sentirían los otros niños al ver que en la puerta le estaban despidiendo diez mamás exactamente iguales.



El sueño se iba apoderando de los Gabrieles mientras escuchaban el cuento, y no tardaron en quedarse dormidos. Cuando esto pasaba, sus cuerpos se desvanecían poco a poco en la niebla y terminaban por confundirse con ella. Siempre era así cuando te hacías mayor: todas las cosas que habías hecho de niño se borraban de tu pensamiento. Aquella niebla estaba hecha de todas las cosas que los niños olvidaban al crecer. Solo Lucecita continuaba allí. Era apenas una llama que flotaba en el aire, y Gabriel tendió la mano para que se posara en ella. Pero la llamita parpadeó unos instantes y se desvaneció en el aire, dejándole solo en el bosque.

Empezaba a hacer frío y la noche era cada vez más negra. Gabriel no sabía qué hacer, cómo salir de allí. Y se puso a llamar al dragón, lleno de miedo.

—Puck, ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes a buscarme?

Pero lo único que oía era el concierto monótono de las ranas de la charca: croac, croac, croac. Oyó una voz que venía de las ramas de un árbol.

—Puck, Puck… ¿Por qué llamas a ese dichoso dragón? ¿A quién le interesa dónde está?

Era un búho. Le miraba con ojos malhumorados, visiblemente contrariado por su presencia.

—Oye, niño, ¿por qué no te vas a tu casa? Aquí tenemos muchas cosas que hacer.

—Perdone usted, señor búho —le contestó Gabriel—. Pero me he perdido y tengo un poco de miedo.

—¡Qué tonterías hay que oír! —dijo el búho—. Perderse es lo mejor que le puede pasar a uno.

Empezaba a hacer frío y la oscuridad era cada vez mayor. Volvió a llamar a su amigo, esta vez muy bajito para no molestar a nadie.

—Anda, Puck, no seas malo. Ven a buscarme, que este bosque está lleno de gente muy desagradable.

Oyó el aullido de los lobos. Andaban cerca, husmeando en la oscuridad. Sentía su respiración agitada y el ruido de sus pezuñas arañando la tierra.

—Venid, chicos —oyó decir a uno con voz ronca—, que por aquí huele a carne humana.

—¿Dónde?, ¿dónde? —le preguntaron otros.

—Junto a la charca. ¡Menudo banquete nos espera!

Gabriel se dio cuenta de que, si no hacía algo pronto, los lobos no

tardarían en devorarlo. Tuvo una idea: meterse en el agua, entre el barro, para que no pudieran encontrar su rastro. Vio a los lobos husmeando en la orilla. Estuvieron un buen rato olisqueándolo todo, hasta que se fueron. Varias ranas se asomaron a la superficie.

—Menos mal que se han ido esos pelmazos —dijo una de ellas.

La charca estaba llena de plantas acuáticas cuyas hojas flotaban en el agua como pequeñas islas. Las ranas nadaron hacia ellas y pronto estaban sobre las hojas.

—A ver, chicas, que vuelva la música —dijo la que parecía la jefa de todas—. Sigamos con nuestro concierto.

Y empezaron de nuevo con su croar interminable: croac, croac, croac. A ellas debía de parecerles la música más maravillosa del universo, pero a Gabriel se le puso la cabeza como un tambor. Estaba temblando y le dolía mucho la garganta, mas no se atrevía a salir del agua, por temor a los lobos. Oyó una voz muy dulce que le decía:

—Mi pequeño, ¿estás bien? Tienes muchísima fiebre.

Abrió como pudo los ojos y vio que era su madre quien le hablaba. No solo eso, sino que ya no estaba en aquella charca inmunda, sino en su cuarto, acostado en la cama.

—Pobrecito, estás encharcado por el sudor —le dijo ella—. Espera, que te voy a cambiar el pijama.

La madre de Gabriel fue a por un nuevo pijama, y, mientras se lo estaba poniendo, Gabriel volvió a pensar en los lobos y en lo cerca que habían estado de comerle.

—¿Sabes, mamá? —le dijo—. Los lobos me querían comer.

—Son solo sueños —le contestó ella—. No hay lobos en esta casa; aquí no se atreven a entrar. Tu padre los mataría con su escopeta.

Pero ¿cómo iba a hacer eso si su padre no tenía escopeta?, pensó Gabriel.

Ya se estaba durmiendo cuando su madre le volvió a hablar.

—Anda, dime cómo me llamo —le dijo.

—Paulina Martínez —le contestó somnoliento.

A su madre le gustaba que la llamara así. Decía que las mujeres se quedaban sin nombre cuando tenían un hijo, y que de vez en cuando les gustaba recordar el que tenían cuando estaban solteras.

—No sabes cuánto me gusta —le dijo con dulzura— que seas tú quien me lo recuerde.

Se acercó para besarle, y a Gabriel el calor que desprendían sus labios le recordó el que había sentido en la palma de la mano cuando Lucecita se había posado en ella. Pero Lucecita ¿quién era? ¿Una


llama que andaba suelta por el mundo podía existir?

CAPÍTULO 12

El país de la fiebre

A la mañana siguiente seguía teniendo mucha fiebre y le ardía la garganta. Sus padres llamaron preocupados al médico, que no tardó en visitarles. Le llamaban el doctor Aspavientos, porque hacía unos gestos muy exagerados mientras les explicaba las cosas.

—Su hijo, mis queridos amigos —les dijo abriendo la boca para mostrarles su enorme garganta—, tiene unas anginas que más parecen propias de un tiranosaurio que de un niño de su edad. Hay que actuar con rapidez.

Y enseguida firmó las recetas con los medicamentos que debía tomar. Aquellas pastillas le bajaron la fiebre, pero no tardó en volver a sentirse mal, y esa noche volvieron las pesadillas. De nuevo estaba en aquella charca. El agua le llegaba al cuello y temblaba de frío, pero no se atrevía a salir porque los lobos seguían merodeando por allí.

—Te digo —le oyó decir a uno con cara de pocos amigos— que el niño está por aquí. Se me hace la boca agua solo de pensar en el banquete que nos vamos a dar cuando lo encontremos.

Pero buscaban y buscaban y no daban con él. De pronto, desaparecieron. También las ranas habían dejado de croar. Gabriel sintió que algo se le aproximaba. Era una enorme serpiente. No nadaba en línea recta, sino de una forma sinuosa y lenta que provocaba leves ondulaciones en la superficie del agua. Buscaba su presa, y no quería ser descubierta. Y esa presa era él. Tal era la razón de que en la charca todos se hubieran escondido. La serpiente se le acercó tanto que pudo ver sus ojos inyectados en sangre, y su larga lengua bífida que entraba y salía de su boca para recoger información de dos lugares diferentes a la vez. Gabriel permaneció inmóvil, mientras el monstruo nadaba a su alrededor. Pasó tan cerca que le

rozó con su piel viscosa, provocándole un estremecimiento. La serpiente, alertada por ese movimiento, lo abrazó veloz con sus anillos. Pero se limitó a sostenerle dulcemente, momento en que el frío viscoso de su piel se transformó en el contacto cálido con otro ser. Era su madre quien lo estaba abrazando. Había corrido a su cuarto al oírle gritar, y el calor procedía de su cuerpo.



—Era una serpiente, mamá —le dijo excitado—; estaba a punto de matarme.

—Calma, calma —le contestó ella—. Solo era una pesadilla.

Su madre se quedó con él el resto de la noche. Le dio una de las pastillas que el médico le había recetado y cada poco le ponía compresas frías en la frente para que le bajara la fiebre. Hasta que, por fin, se quedó dormido.

Por la mañana se sintió mejor. La garganta había dejado de dolerle, y la fiebre había bajado. Por la tarde estaba mucho mejor e incluso pudo levantarse de la cama. Su madre le trajo chapas de botellas, que le había dado un amigo suyo de un bar, y estuvo jugando con ellas por el pasillo. Al anochecer volvió a sentirse muy cansado y se metió pronto en la cama. Fue Leonardo Scotoni, su padre, quien le acompañó, pues su mamá tenía que corregir los exámenes de sus alumnos. Se puso a contarle un cuento, pero enseguida se quedó dormido.

Esa noche, regresó en sus sueños a la charca. Volvía a estar en el agua, mientras la serpiente nadaba a su alrededor. Pero algo la hizo cambiar de rumbo y se perdió entre los juncos. Había una llama flotando en el agua. Era ella la que había hecho huir a la serpiente. La llama se desplazó por la superficie de la charca hasta llegar a donde estaba Gabriel.

—Anda, sal de ahí, que te vas a poner malo otra vez —le dijo.

Era Lucecita, que había ido a buscarle. Gabriel la siguió hasta llegar a la orilla.

—He estado con Puck —le dijo—. Me ha dicho que le esperemos en las piedras, que no tardará en llegar.

Gabriel se puso a seguir a la llama. Volaba por el aire, unos pasos por delante, y él la seguía sin dejar de mirarla, temiendo que el viento la fuera a apagar. Porque, en ese caso, ¿qué haría? Empezaron a encenderse pequeñas luces. Estaban por todos lados emitiendo un resplandor verde que no podías dejar de mirar, de lo bonito que era. Gabriel había visto unas luces así una noche en que estuvo con sus compañeros en un campamento organizado por el colegio. El profesor les dijo que eran luciérnagas, y que la luz que desprendían era la forma que tenían de llamarse unas a otras y de encontrarse en la oscuridad para aparearse.

—Pero aquellas no eran luciérnagas —le dijo Lucecita—, sino el resplandor que desprendían los seres que no existen.

¿Lucecita tampoco era real?, se preguntó Gabriel. Pensó en aquella horrible serpiente que a punto estuvo de devorarlo, y en cómo Lucecita le había salvado asustándola con su luz. Si no existía, ¿cómo podía haber hecho algo así? Le hubiera gustado correr al lado de Lucecita para abrazarla y llenarla de besos. Pero ¿se puede abrazar y besar a un ser que no tiene cuerpo?

Fue así como terminó la noche. Por la mañana Gabriel ya no tenía fiebre, y hasta se levantó de la cama y estuvo desayunando en la cocina. Paulina, su madre, le preparó unas ricas crepes con mantequilla y mermelada de fresa, y tenía tanta hambre que se comió seis de una sentada. Le parecía que llevaba días y días sin alimentarse. Se acordó entonces de la conversación que había tenido con Lucecita en su sueño y, aún con los carrillos llenos, le preguntó a su madre si en el mundo había seres que no podíamos ver. Su madre puso esa cara entre grave y seductora que siempre ponía cuando iba a decir cosas importantes, y le contestó de esta manera:

—La naturaleza está llena de gente invisible. Viven a nuestro lado sin que nos demos cuenta y se acercan a los cuartos de los niños para verlos jugar y crecer, porque en ellos se guarda algo precioso que no se cansan de contemplar. A veces alguno se hace amigo de un niño o una niña real y les visita en secreto. No les dicen de dónde vienen, ni cuándo se irán de nuevo, pero les gusta que se lo pregunten. Según parece, así como los niños de verdad se sienten felices a su lado, también ellos necesitan la compañía de los niños. Tal vez porque son los únicos que les creen reales. El problema es que, cuando crecen, no los vuelven a ver. Son como las luciérnagas. No son ellas las que desaparecen, sino el deseo de verlas.

—Mamá, ¿y tú tampoco ves a esos niños? —le preguntó Gabriel a su madre.

—No, ya no. Siempre pasa eso cuando te haces mayor. Pero no me importa, porque a cambio te tengo a ti, y eso me compensa de todo. ¿Para qué crees que los mayores tenemos bebés? Para poder reencontrarnos con lo que creíamos perdido. Los bebés son como el cebo que los pescadores ponen en los anzuelos para capturar a los peces más lindos, y cuando uno nace todos los seres que no existen quieren ir a verlo, porque es como si uno de los suyos se hubiera hecho real y eso no se lo quieren perder. No es posible saber dónde empieza y dónde acaba el país de las hadas, nos enseñan todos los bebés del mundo.

CAPÍTULO 13

Las luces del bosque

Ese día, Gabriel volvió al colegio completamente curado de las anginas. Apenas atendió en clase, pues no podía dejar de pensar en los seres que había conocido en sus sueños, y solo deseaba irse de nuevo a la cama para ver si volvía a encontrarse con ellos. Se acordaba, sobre todo, de Lucecita y de cómo le había salvado de los lobos y de la serpiente gigante. Deseaba hablar con ella y preguntarle quién era. Bueno, si no la encontraba, se lo preguntaría a Puck el Dragón, que lo sabía todo de aquellos mundos que visitaban. ¿Dónde se habría metido? Llevaba varias noches sin verle, y empezaba a preocuparse.

Pero, esa noche, le bastó con quedarse dormido para que Puck acudiera a su encuentro. Y lo primero que hizo fue buscar su barriga, ya que tenía algo de frío a causa de la humedad que había en el bosque. Se subía por su cola y se agarraba a sus alas, le hacía abrir su enorme boca para ver sus dientes, que eran casi tan grandes como él. Y al meterle los dedos en el hocico le hizo estornudar. Salió despedido por el aire como una pelota, pero enseguida estaba de nuevo a la carga.

—Ahora vas a saber quién soy —le dijo desafiante.

Y aunque el dragón apenas sentía sus golpes, pues su piel era dura como el metal, se revolcaba por el suelo como si le estuviera venciendo.

Vieron brillar a lo lejos una pequeña llama. Era Lucecita.

—Quiere despedirse de ti —le dijo Puck.

—¿Despedirse? Pero yo quiero que se quede con nosotros.

—Los seres como Lucecita siempre se van —le contestó Puck.

Gabriel se puso a seguirla. Volaba entre los troncos de los árboles, unas veces casi a ras del suelo y otras tan alto que la perdía de vista.

Gabriel no sabía adónde le llevaba, ni por qué Puck le había dicho que se iba a marchar. Empezó a ver otras llamitas como ella. Posadas en las rocas o en las ramas de los árboles, o flotando en el aire. Se acordó de lo que su madre le había dicho de las luciérnagas, que todos los seres vivos desprendían luz, aunque muchas veces no supiéramos verla. Las llamitas empezaron a acercársele. Le recordaron esas hileras de diminutas bombillas con que se adornan las casas los días de Navidad. Gabriel se fijó en que, mientras algunas brillaban con intensidad, otras parecían estar apagándose.

—Eso pasa —le oyó decir a Lucecita— porque nadie se acuerda de ellas.

Lucecita estaba suspendida en el aire y Gabriel tendió su mano, para que se posara en su palma. Había decenas de luces así a su alrededor, como pequeñas estrellas que hubieran bajado del cielo interesadas por las cosas que pasaban en este mundo.

—Son las almas de los amigos invisibles de los niños —le dijo su amiga.

Gabriel no entendió lo que quería decirle.

—Muchos niños se inventan amigos con los que hablan en secreto —le dijo Lucecita—, como hacías tú con los Gabrieles. Pero luego, cuando crecen, los olvidan; y estos, entristecidos, viajan a este bosque en que estamos y se transforman en niebla. Las llamitas que ves son sus almas.

Estaban por todos los lados, brillando en la oscuridad como ojitos de gente loca.

—Vienen a verte —continuó Lucecita— porque les recuerdas a los niños con los que vivieron tantas aventuras antes de que se olvidaran de ellos.

—¿Y tú tuviste un amigo como yo? —le preguntó Gabriel.

—Ya lo creo que lo tuve. Era una niña muy linda. Tan linda que cuando su madre la sacaba de paseo todas las otras madres se la querían comprar. «Lo que vale», les contestaba ella, «ni con todo el dinero del mundo se puede pagar».

Y empezó a contarle su historia.

—Verás, esa niña vivía en una casa parecida a la que tienes tú. Se llamaba Candela. Era su madre quien le había puesto ese nombre porque, al verla por primera vez a su lado en la cama, le pareció que un trocito de estrella se había caído del cielo para iluminar su vida. Pensaba esto porque no era feliz. Su novio la había abandonado, y había tenido que criar sola a la niña. Se enamoró de él porque era

muy zalamero, y a todas horas le estaba diciendo cosas que a ella le gustaba escuchar. Pero cuando se enteró de que estaba embarazada se fue sin decirle nada. Ella lloró y lloró semanas, meses enteros, hasta que nació la niña. Y le bastó con tenerla en los brazos, y ver cómo buscaba con la boquita su pezón, para sentirse la mujer más feliz de la tierra.

—¿Sabes lo que te digo? —le decía—: Que mejor que se haya ido ese embustero. Ahora te tendré sola para mí.

Pero Candela enfermó cuando solo tenía cinco años. Era una enfermedad muy rara que hacía que apenas pudiera levantarse de la cama: cualquier esfuerzo la dejaba sin aliento. Los médicos dijeron que no tenía remedio, y su madre se pasaba las noches llorando. Tenía que ir al trabajo para conseguir el dinero que necesitaban para vivir, y Candela se pasaba muchas horas a solas en su cama. A ella no le importaba, pues era una niña muy fantasiosa que tenía el poder de hablar con todas las cosas. Hablaba con las sillas, con el espejo que había en su cuarto, con los zapatos de su madre. Les decía, por ejemplo, a los zapatos de tacón de su madre:

—Tened cuidado, no se vaya a tropezar.

O le decía al espejo:

—A ver qué haces para que siempre se vea guapa.

Y al paraguas:

—Ya sabes cuánto le disgusta que la lluvia le moje el pelo.

Tanto ella como su madre tenían una melena preciosa, que ninguna de las dos se quería cortar. «Una niña sin su melena es como un pajarito sin plumas», solía decirle su madre cuando tras peinarla le ponía aquella cinta roja que tanto le gustaba.

—Y un día empezó a hablar conmigo —continuó Lucecita—. Yo estaba en el bosque, con los otros niños que no existen, y empecé a oír que una voz me llamaba. Era la voz de una niña, y una fuerza misteriosa me hizo seguirla. Cuando quise darme cuenta, había salido del bosque y estaba volando por encima del campo. La tierra era allí de color rojo y estaba cubierta de viñas. Luego vi prados verdes, circundados de cercas, donde pastaban las vacas. Los postes de la cerca estaban cantando:

Colorín colorado,
se acabó,
la canción ha terminado.

Se lo decían a las vacas porque los estaban mareando con sus mugidos. A lo lejos vi una ciudad. Volé por encima de los tejados siguiendo la voz de la niña, venía de una ventana que estaba abierta.

—Cuanto más lejos vayas, más cerca estarás de tu casa —oí decir a una golondrina.

Aquella niña estaba acostada en la cama. Estaba muy pálida y delgada, pero había algo en su cara que no podías dejar de mirar.

—Vaya, por fin te has decidido a venir —me dijo—. Mi madre se va muy temprano a trabajar y me paso el día sola. Me gustaría tener alguien con quien hablar.

¡Era todo tan extraño! Me hablaba como si estuviera en el cuarto con ella y existiera de verdad.

—¿Has visto a algún elfo? —me preguntó—. Están hechos de agua, y por la noche desprenden una luz preciosa. Viven en los manantiales y te basta con acercarte a uno de ellos y tomar con el cuenco de las manos un poco de agua para desprender una luz así.

También me habló de las hadas, y de las faenas que hacían los duendes, que eran unos bromistas. Y de lo aburrido que sería el mundo sin ellos. Eran como un pueblo perdido que buscara un lugar donde quedarse.

—Es extraño este mundo —continuó—. A veces nos parece que no somos nada, que nuestra vida no tiene sentido, y sin embargo toda esa gente no se cansa de visitarnos, como si las personas reales guardáramos algo precioso que ni siquiera sabíamos que teníamos.

Había niños así, niños filósofos, que no dejaban de hacerse preguntas, y a los que todo les llenaba de asombro. Y Candela era uno de ellos.

Empecé a visitarla cada día. Ella me hablaba de sus amigas reales, y de lo que hacía en la escuela antes de enfermar, y yo le hablaba del bosque y de mis aventuras con otros seres como yo. Aunque de vez en cuando se quedaba abstraída en sus pensamientos, y decía:

—Y yo ¿por qué existiré?

Una tarde comprendí que las cosas que me contaba ella y las que le contaba yo no eran tan distintas como podía parecer al principio, y que aquellos dos mundos, el que no existía y el que era real, se complementaban de una manera misteriosa, como si cada uno fuera lo que le faltaba al otro. Y para hacer que estuvieran unidos existía el amor. Un lugar que no existía, pero al que todos querían ir, eso era el amor humano.

—Pero, si ese lugar no existe —le dijo Gabriel a Lucecita—, ¿para

qué querrías ir a él?

—Muy sencillo —le contestó—, porque en él todo es posible. ¡Hasta que a las ranas les crezca pelo!

Cuando Candela se quedaba dormida —continuó Lucecita, retomando el curso de su relato—, yo me quedaba mirándola. Dormida era aún más bella que despierta, porque no sabías si era real o no. Pero la pobre cada vez estaba más débil. Devolvía la comida que le daban, y las medicinas no le hacían efecto. Un día en que su madre salió a hacer un recado y nos quedamos solas me dijo:

—No soy yo quien te sueña. Eres tú quien me está soñando a mí.

No, no era cierto. Yo solo era una de esas criaturas imaginarias que las niñas reales se inventan y con las que fingen hablar cuando nadie las ve. Solo que a fuerza de estar juntas ya no sabíamos quién de las dos era la verdadera y quién el sueño de la otra, que hasta empezamos a vernos las dos juntas cuando nos mirábamos al espejo. Un día en que ya no podía levantarse de la cama, me hizo prometerle que nunca la iba a abandonar. Entonces se quedó dormida, y vi brotar de sus labios una pequeña llama que se fue volando hacia la ventana. Era su alma, que ahora revoloteaba frente a los cristales buscando la forma de escapar. Pero yo no quería que se fuera, no quería que, como les pasaba a las otras almas, abandonara este mundo para perderse en la inmensidad del cielo. Entonces la llamita descendió hasta mí y se posó en mi mano, porque me confundía con su dueña. Y ya nunca se separó de mí.

Así terminó Lucecita su historia. Luego, dirigiéndose a Gabriel, le pidió que le acompañara. Se internaron en el bosque. Ella iba delante, y Gabriel la seguía sin preguntar, porque a todos los niños les gustan los secretos. Se estaba haciendo de noche y la llamita iba iluminando los troncos y las ramas de los árboles, que brillaban por la humedad de la atmósfera. Llegaron a una pequeña laguna. Estaba bordeada de carrizos y juncos, y en sus aguas flotaban las hojas y las flores de los lotos egipcios, que solo florecen de noche. La niebla empezaba a cubrirlo todo, y la llamita voló hasta situarse a unos pasos de la orilla. Su luz se reflejaba en el agua y Gabriel vio formarse en la superficie el rostro de una niña, que le sonreía con dulzura. Llevaba una cinta roja, y su melena se confundía con las flores que flotaban en el agua. No le dio tiempo a preguntar quién era, porque, en apenas unos segundos, había desaparecido en la niebla. Llamó a Lucecita, pero tampoco la encontró. No sabía por qué le había llevado hasta allí, ni quién era la niña que había visto reflejarse en el agua. Tenía mucho frío, y no

sabía hacia dónde dirigirse. Cuando más perdido estaba, percibió una corriente cálida de aire y se dejó llevar por ella. Era el aliento de su amigo el dragón, que estaba encima de una pequeña loma y le indicaba el camino que debía seguir. Gabriel corrió feliz a su encuentro, y no tardó en volar por los aires sobre su lomo.

—Oye, Puck —le preguntó—, ¿qué lugar era ese?

—El bosque donde se forman los sueños —le contestó.

Fue lo último que oyó, pues de lo que pasó luego, si es que pasó algo, no se acordaba al despertar.

CAPÍTULO 14

La belleza sin nombre

Esa mañana, de camino al colegio, habló de todo esto con su madre. No podía olvidar a la niña que había visto reflejarse en el agua, aquella carita que parecía alumbrada por una vela.

—Mamá, cuando sea mayor, ¿cómo sabré reconocer si una chica me gusta?

—Eso —le contestó ella— tiene que decírtelo tu corazón.

—¿Y si mi corazón no me dice nada?

—Lo hará, no te preocupes. Solo tienes que aprender a escucharlo. Aunque tiene sus riesgos hacerlo: nunca sabes lo que te puede pedir.

Y le contó la historia de unos gigantes que entregaban su corazón a unas nodrizas para no tener que hacerse cargo de lo que este les pedía. Gabriel no entendió bien aquella historia, y esa mañana, durante el recreo, se lo comentó a Teo y a Marta, que eran sus mejores amigos. Pero tampoco ellos se lo supieron explicar y no le quedó otra solución que esperar a la noche para hablarlo con su madre con más detenimiento. Pero era la noche en que sus padres iban al cine, y no lo pudo hacer. Salían todos los viernes. Se iban primero al cine, y, luego, a bailar, por lo que, cuando volvían a casa, Gabriel ya estaba dormido. La criada de su abuela se quedaba esas noches a cuidarlo.

Se llamaba Antonia, y era casi tan baja como él. Tenía seis dedos en su mano izquierda. Los cinco que tenemos todos, y otro muy pequeño junto al pulgar. Habían querido operarla para quitárselo, pero ella se había negado.

—Si he nacido con seis dedos, por alguna razón será.

Tenía la teoría de que todo lo que pasaba en el mundo tenía un porqué. Que los pájaros pudieran volar, que rodaran los objetos redondos, que los niños tuvieran que dormir con pijama, cada una de

esas cosas tenía una razón escondida, aunque la mayoría de las veces no la conociéramos.

—Por ejemplo —le decía a Gabriel—, a ver si sabes por qué los niños son tan guapos.

Y, sin darle tiempo a contestar, añadía frotándose la nariz:

—Es muy sencillo: para que a sus madres no les quede otro remedio que cuidarlos. A lo mejor están hartas de ellos y han decidido venderlos o tirarlos al río, por la lata que les dan, pero basta con que se les queden mirando para olvidarse de todos los sinsabores.

—¿Y por qué tenemos que dormir con pijama? —le preguntaba Gabriel, solo por el placer de que le siguiera hablando.

Antonia volvía a frotarse la nariz y le decía:

—No se sabe de dónde vienen los niños, pero tiene que ser de un lugar tan especial que ni siquiera acertamos a imaginarlo. Suele decirse que en él hay unos pájaros enormes que los cuidan cuando aún no han nacido. Las madres se los roban y ellos vienen a la tierra para recuperarlos. Por eso estas les hacen dormir con pijama, sobre todo en las noches con luna. Porque si durmieran desnudos su piel brillaría en la oscuridad y los pájaros sabrían dónde estaban e irían al momento a buscarlos. Y, al día siguiente, sus cunitas estarían vacías.

—Todos los niños —continuaba diciéndole— nacían con el poder más misterioso que existía, el poder de la belleza sin nombre.

En parte, como le había explicado, era para que sus madres no pudieran dejar de mirarlos y tuvieran que ocuparse de ellos, pero también para impedir que sus padres los mataran. Porque cuando nacía un bebé los padres solían ponerse celosos, porque su mujer dejaba de hacerles caso a ellos. Y un día, no pudiendo resistirlo más, iban a la cocina y cogían el cuchillo más grande que encontraban, y se dirigían en busca de su hijo para matarlo. Pero estaba escrito que no podían hacerles daño, ya que les protegía la belleza sin nombre. Por eso cuando la madre oía ruidos y se levantaba para ver qué pasaba, encontraba a su marido llorando con el bebé en sus brazos. Y, mientras recogía el cuchillo que estaba caído a sus pies y lo llevaba a la cocina, comprendía que a partir de ese momento tendría que cuidar a dos niños a la vez.

Eran cosas así las que contaba Antonia a Gabriel, que no paraba de preguntarle todo lo que se le pasaba por la cabeza. Por qué había que bañarse por las noches, por qué teníamos que aprender a leer, por qué teníamos que ser obedientes o a dónde iríamos cuando muriéramos. Y Antonia a todo le iba contestando con paciencia, hasta que llegaba la

hora de dormir. Entonces se dirigía a la puerta y, con el dedo puesto en el interruptor de la luz, le decía, dejando en suspenso la última pregunta:

—Ah, esa sí que es una buena pregunta, y merece que la tratemos con consideración.

Para añadir al momento:

—Pero tendrás que esperar a mañana para conocer la respuesta.

No tardó en llegar la noche, y, cuando Gabriel le preguntó si conocía la historia de aquellos gigantes que entregaban sus corazones a unas nodrizas para que los cuidaran mientras ellos se iban a hacer el bruto por ahí, ella se quedó pensando un buen rato antes de contestar.

—No, esa historia no la conozco, pero te puedo contar una parecida que te va a gustar. La historia de un niño que se volvió malo porque un duende le cambió el corazón por una piedra para vengarse de su madre.

CAPÍTULO 15

Corazón de piedra

Los duendes no eran como los niños. Vivían en grutas que había en los bosques, junto a los arroyos. Vivían solos, y no tenían familia ni obligación alguna. A veces, uno de ellos se colaba en la casa de los humanos y se quedaba allí una temporada. Estos no los podían ver, pues solo salían de su escondite cuando no había nadie cerca. Sin embargo, cuando se instalaban en una casa, empezaban a pasar cosas raras. Los objetos cambiaban de sitio, desaparecían los dulces o se encendían las luces de las habitaciones en plena noche, pues eran muy bromistas y les gustaba pasárselo bien.

La historia que le iba a contar, continuó Antonia, había sucedido muy cerca de su pueblo, y los protagonistas eran una niña vecina de su abuela, que se llamaba Ana, y un duende de la montaña. Ana siempre estaba contenta. Sus ojos eran grandes y su rostro brillaba como si llevara una llamita sobre la frente. Todos la querían con esa locura con que se quieren las cosas que parece que no pueden existir: los pájaros que hablan, los árboles que cantan, las fuentes de oro.

Una tarde, paseando por el bosque, vio a una cervatilla que había caído en la trampa de un cazador. Tenía una de las patas heridas y la estuvo curando. A partir de entonces, se hicieron amigas y se veían todos los días. Pero una vez en que habían bajado al arroyo Ana pisó sin querer una seta. No era una seta cualquiera, pues un duende de aquella zona la cuidaba esperando que terminara de crecer para prepararse un buen guiso. Los duendes son muy rencorosos, y no hay nada peor que estropearles la comida. Por eso, cuando el duende vio su seta aplastada, se enfadó muchísimo y juró vengarse.

Mas Ana se fue del pueblo con sus padres y en muchos años no la volvieron a ver. A su regreso era ya una mujer. Se había casado y tenía un niño de cinco años y al duende le bastó con verla paseando por el bosque para reconocerla. Los duendes no olvidan jamás, y decidió que había llegado la hora de cobrarse su venganza. La siguió hasta su casa y, tras esperar la llegada de la noche, se coló a escondidas en el cuarto del niño, e hizo una cosa terrible: arrancarle el corazón y poner en su lugar una piedra que había traído del río.

Y a partir de ese instante el niño se volvió egoísta y cruel. Protestaba por todo y cuando no le gustaba la comida la escupía en la mesa. No quería acostarse y maltrataba a los animales. Tampoco quería saber nada del oso de peluche que había sido su juguete preferido, ni le gustaba que su madre se acercara a besarle. Ni siquiera los castigos le importaban, pues ahora tenía un corazón de piedra.

Ana no entendía qué le había pasado a su hijo para comportarse así. Era como si no fuera el mismo niño. Cuando por fin se quedaba dormido, iba a verle y cogía aquel oso y lloraba y lloraba, preguntándose si ya siempre su hijito sería una criatura sin sentimientos.

En lo alto de la montaña, vivía la cierva que Ana había curado cuando era niña. Era muy vieja, pero al enterarse de su desgracia fue en su busca. No es cierto que los animales no puedan hablar. Pueden hacerlo cuando aman a un ser humano, pero tienen que pagar con su vida el precio de hacerlo, pues hay algo en las palabras de los hombres y las mujeres incompatible con su naturaleza. Y la cierva fue a ver a Ana y le dijo qué había pasado y qué tenía que hacer para que aquel corazón de piedra se transformara de nuevo en el corazón de un niño. Aunque tuviera que morir por hacerlo.

Y esa noche Ana cogió el osito de peluche y, siguiendo las instrucciones de la cierva, le abrió la barriga con unas tijeras. El duende había escondido allí el corazón que había robado, que aún seguía latiendo. Habían sido sus lágrimas las que, al empapar el osito, lo habían mantenido vivo todo ese tiempo.

Y, aprovechando que el niño dormía, puso ese corazón sobre sus labios y la sangre, al entrar en su cuerpo, hizo que el corazón de piedra se transformara en uno de verdad. Nadie sabe lo que hay en el corazón de un niño. Es como esos capullos que fabrican los gusanos de seda. Un lugar lleno de secretos que se abandona para siempre al crecer.

Cuando al día siguiente el niño se despertó, lo primero que hizo fue

buscar a su osito para abrazarle. Su madre había llenado su barriga de arroz, y lo había cosido para que nunca pudiera saberse lo que había pasado. Y al ver que su hijo volvía a ser el niño dulce y complaciente de siempre lloró llena de gratitud.

Aquella tarde fue al bosque en busca de la cierva. Se sentía la más feliz de la tierra y quería agradecerle lo que había hecho, pero no sabía que por hablar con ella había tenido que morir y por mucho que la estuvo buscando no la encontró. El mundo es así y a veces los que nos aman nos tienen que abandonar.

¿Y qué fue de aquel duende? Lo que suele sucederles a los seres malhumorados y rencorosos. Hasta un simple rayo de sol le molestaba y, como se quejaba de todo y no quería ni salir de su cueva, terminó por transformarse en un montón de carbón.

CAPÍTULO 16

La Isla de los Bebés

Esa noche, Gabriel volvió a encontrarse en sus sueños con su amigo el dragón, y no tardaron en volar juntos por los aires. Había muchas nubes y, al atravesarlas, pequeños trozos se quedaban pegados a sus cuerpos como si fueran espuma de jabón. Se dirigían a los acantilados, donde vivía Adrianito, para que Gabriel pudiera recuperar su espada de palo de serpiente. Gabriel quiso saber adónde irían después, pero entre el viento que soplaba con fuerza y el ruido que hacían las alas del dragón al chocar contra el viento no consiguió entenderle. Llegaron a un lugar que estaba más despejado. Todo estaba en calma y el cielo estaba completamente azul.

—Vamos a la Isla de los Bebés que se niegan a nacer —le dijo el dragón.

—¿Que se niegan a nacer? —preguntó Gabriel, que no comprendía cómo eso podía ser posible.

—Sí, todos están como cencerros. Chalados, majaretas, temerarios, da igual la palabra que elijas, todos en esa isla están locos de atar.

¿Bebés locos de atar?, pensó Gabriel, ¿cómo iba a ser posible algo así, con lo graciosos que eran? Y se acordó de una visita que hacía solo unos días había hecho con su madre a una amiga suya para conocer al hijo que acababa de tener, y de lo bien que se lo había pasado jugando con él. Nunca había visto una criatura tan dulce, y de vuelta a casa le había dicho a su madre que por qué no pedían un bebé así para tenerlo con ellos en casa.

—Los bebés son muy graciosos y se pasan el día dormidos —le dijo Gabriel al dragón.

—Espera a conocer a estos y verás —le contestó Puck.

Gabriel no sabía qué quería decirle, ni que existiera una isla donde

los bebés vivían a su aire, sin que nadie los cuidara. Decididamente, el mundo era más raro de lo que parecía a simple vista, y había en él lugares donde pasaban cosas de las que los mayores no les querían hablar. Tal vez para protegerlos, porque pensaban que los niños necesitaban sus consejos para salir adelante.

—Pobrecitos —pensó—, si supieran que ando subido en un dragón volando a mil metros de altura seguro que les daba un ataque.

Sí, los mayores ocultaban cosas a los niños, al contrario que su amigo el dragón, que todo se lo contaba. Por eso quería estar con él, y hasta había empezado a coger la costumbre de dormirse durante el día para encontrarlo en sus sueños. Incluso se dormía en el colegio, lo que preocupaba a sus profesores, que se preguntaban por qué, si antes estaba tan atento a las explicaciones, ahora le bastaba con entrar en clase para ponerse a bostezar sobre el pupitre. Pero no le pasaba nada, y si se dormía era para volver a reunirse con el dragón, y que le llevara a esos lugares que solo él conocía, como aquel de los bebés que se negaban a nacer. Lo que no entendía era por qué este le había dicho que debían ir primero a recuperar su espada de palo de serpiente, porque tratándose de unos bebés ¿para qué la iba a necesitar?

—Uy, no sabes cómo son los bebés —le dijo Puck—; se vuelven malignos cuando no obtienen lo que quieren.

De modo que se dirigieron a los acantilados para encontrarse con Adriano. Los frailecillos le habían nombrado rey y estaba rodeado por decenas de ellos, que hablaban a gritos a la vez.

—¿Qué desea su majestad-majestad? —decía uno de ellos, pues le habían nombrado su rey.

—Puede desayunar uno de nuestros huevos no fecundados-fecundados —añadía solícito otro.

No todos los huevos que ponían las hembras de los frailecillos habían sido fecundados, ni podían, por tanto, formar en su interior una nueva cría, y eran esos los que le estaban ofreciendo. Los frailecillos estaban muy alterados porque la tarde anterior había tenido lugar una nueva batalla con los alcatraces. Adriano los había puestos en fuga con su espada.

—¡Viva nuestro salvador-salvador! —gritaron varios a la vez.

—¡Viva! —exclamaron otros—. ¡Viva nuestro rey Plumita y su espada inmortal-inmortal!

Pues era así como le llamaban a causa de las plumas que le crecían por todo el cuerpo.

Hablaban todos a la vez, profiriendo gritos muy desagradables, y

no dejaban de discutir entre ellos por tonterías. Así que tuvo que intervenir Puck el Dragón para decirles que guardaran la compostura, que aquello, más que una reunión de la corte con su nuevo rey, parecía un vulgar gallinero. A los frailecillos, que eran muy sensibles, no les gustó el comentario y se fueron ofendidos. Ellos se quedaron solos en los acantilados, y Gabriel aprovechó para pedirle a Adriano su espada de palo de serpiente. Este se negó a devolvérsela, pero, al enterarse de que se dirigían a la Isla de los Bebés chiflados, se ofreció a acompañarlos.

—Estos frailecillos me van a volver loco. Salir de aquí es lo que necesito —exclamó.

Y enseguida profirió su grito de guerra:

—¡Adelante, valientes, una vida sin aventuras es como una rama sin monos!

No tardaron en volar juntos en dirección a aquella isla. El día estaba despejado, y el azul del cielo tenía una tonalidad clara que le hacía parecer una pista de patinaje. Abajo se veía el mar ilimitado. Adriano se quedó dormido y Gabriel trato inútilmente de quitarle su espada, pero a pesar de estar dormido la sujetaba por su empuñadura con todas sus fuerzas. Desistió, esperando una ocasión mejor. Empezaron a descender sobre el mar. Los peces voladores emergían veloces de su superficie para permanecer unos segundos suspendidos en el aire. Salían por todos los sitios atraídos por Puck el Dragón.

—Hola, Puck —le decían—. Llevábamos siglos sin verte.

Todos le conocían y le tenían afecto. En pocos segundos, había centenares de ellos siguiéndole, veloces como flechas. Saltaban de las aguas y volvían a sumergirse radiantes metros más allá, pues volar era el don más maravilloso que podías recibir en esta vida. Pronto les dejaron atrás, y Gabriel y sus amigos Puck y Plumita se quedaron solos en medio del mar ilimitado. Vieron a lo lejos una isla rodeada de grandes formaciones de rocas que le daban la apariencia de una cuna. Era la Isla de los Bebés. Prados inmensos se extendían en un ascenso progresivo por las laderas y en el centro había un valle en que se alternaban grandes zonas boscosas con otras cubiertas de hierba alta. A Gabriel le pareció ver cuerpecitos blancos surcándola a gran velocidad, como conejos. Apenas habían tomado tierra cuando una multitud de esas criaturas los rodeó. Salían por todos los sitios, atraídos por la visión del dragón y de sus pasajeros. No, no eran conejos, sino bebés, y estaban completamente desnudos. Al contrario que los bebés humanos, que solían ser muy torpes y apenas sabían

andar, estos estaban dotados de una agilidad portentosa, que les permitía no solo alcanzar a cuatro patas, como los animales, grandes velocidades, sino también subirse sin problemas a los árboles y trepar por sus ramas. En todo lo demás eran como los bebés que Gabriel había visto. Eran extremadamente curiosos, y no paraban de sonreír ni de llevarse todo lo que pillaban a la boca, hasta las piedras y los palos que encontraban. Uno de ellos se abalanzó sobre Adriano y le quitó la espada en un santiamén, lo que hizo que los otros también quisieran tenerla y se pusieran a reñir y pelearse entre ellos. La refriega duró poco, pues la mayoría estaba pendiente de lo que hacían los visitantes. Uno de ellos se acercó a Puck.

—Salud, hermano —le dijo—. ¿Qué te trae por aquí?

Era Gluglú, y se conocían desde hacía años. Bueno, esto de los años es una forma de hablar, pues en aquella isla no existía el tiempo, por lo que los bebés no crecían, como pasaba en la Tierra, sino que se conservaban siempre igual. Puck le presentó a sus amigos. Adrianito estaba muy enfadado porque le habían quitado la espada, y varios bebés la estaban chupando.

—Si no les dices a esos babosos que me devuelvan la espada, me enfadaré de verdad —le dijo a Gluglú.

Pero los bebés, lejos de hacerle caso siguieron con lo suyo. La verdad era que se comportaban como salvajes.

—¿Quieres tu espada? —le dijo a Adrianito uno de ellos, que tenía los pelos tiesos—. ¡Pues ahí va, caraculo!

Y le lanzó una bola de una cosa maloliente y blanda. Los otros no tardaron en imitarle, y al momento le habían puesto perdido.

—¡¿Qué es esto?! —exclamó Adriano tratando de limpiarse—. Huele fatal.

—Caca —le contestó Puck—. A los bebés les gusta jugar con ella.

Adriano se puso pálido, pues estaba cubierto de caca de pies a cabeza.

—¡Qué asco! —exclamó—. ¡Apesto, necesito lavarme enseguida!

Gluglú volvió a pedir a los bebés que dejaran en paz a sus amigos, pero estos se pusieron a tirarle pellas de caca al pobre Gabriel, que corrió a esconderse detrás del dragón. No respetaban ninguna forma de autoridad. Una de las pellas de caca le dio a Puck en un ojo. Se enfadó muchísimo y profirió un prodigioso rugido, que hizo huir aterrorizados a los bebés. Gluglú les indicó un lugar cercano donde podían lavarse. Era un lago escondido tras las rocas. El olor que desprendían sus ropas era tan nauseabundo que tenían que hacerlo

con las narices tapadas.

—Estos bebés son unos salvajes y lo que necesitan es una buena azotaina —dijo Adrianito.

Estaba furioso por el asqueroso ataque que había sufrido, pero también porque los bebés se habían llevado la espada y no sabía si podría recuperarla de nuevo.

—Se la quitaré. Claro que se la quitaré —iba mascullando mientras caminaban—. Esa espada me pertenece.

—Eh, Adriano —le corrigió Gabriel—, que a quien pertenece es a mí. No te creas que te la he dado.

Pero Adrianito solo oía lo que le interesaba y no le contestó.

—La misión de los vikingos es morir con la espada en la mano —exclamo fuera de sí.

La calma duró poco, pues sus enemigos no estaban dispuestos a dejarles escapar.

—Preparaos —gritaban—, que vamos a por vosotros.

Los gritos eran cada vez mayores y los insultos se multiplicaban, mientras volvía a caer sobre ellos una lluvia de palos y de caca.

—Merluzos, botarates, basiliscos, malandrines, facinerosos, archipámpanos, mequetrefes, os vais a enterar de lo que vale un peine.

Eran cosas así las que les decían, mientras Gabriel y Adrianito trataban de encontrar un lugar donde esconderse.

Aquello fue lo más parecido a una batalla, ya que un sinfín de palos, piedras, bolas de barro y cacas de animales empezaron a volar por los aires. Se oían gritos y voces por todos los lados.

—Ay, me has dado en la cabeza, truhán —se oyó decir a uno de los bebés.

—¡Menudo mordisco me has dado tú! —dijo otro.

—Mentecatos, sinvergüenzas, malandrines, os vais a enterar —exclamaron otras bebés.

—Las que os vais a enterar sois vosotras, meonas —les contestaron.

Eran cosas así las que se decían, pues los bebés que vivían en aquel bosque no eran demasiado bien hablados y soltaban lo primero que se les ocurría. La batalla se volvió cada vez más violenta, y Gabriel no sabía qué hacer para protegerse de los ataques. Hay que decir que, aparte de escuchar los insultos que le decían, lo único que veía Gabriel eran los palos y las piedras que le lanzaban, y las levísimas sombras blancas de los bebés, que aparecían un momento para enseguida volver a perderse en la espesura.

Llegaron a un lago de aguas cristalinas donde se sumergieron al

momento. El agua era cálida y nadaron hasta alejarse de la orilla. Pero los bebés no tardaron en aparecer, rompiendo su tranquilidad. Salían por todos los lados y se metían en el lago en su busca. Muy pronto tuvieron docenas a su alrededor. Se agarraban a ellos, dificultándoles mantenerse a flote. Hasta escalaban por sus cabezas y se ponía a tirarles del pelo o a chuparles la nariz. A Gabriel y a Adrianito cada vez les costaba más mantenerse en la superficie.

—Idos de aquí, cagones —gritaba este—, que nos vamos a ahogar.

Pero no les hacían caso y cada vez había más a su alrededor tirándoles de brazos y piernas. Oyeron entonces el sonido poderoso de un cuerno de caza, y salieron a toda prisa del lago. El sonido se repitió varias veces mientras los bebés desaparecían veloces entre las altas hierbas.

CAPÍTULO 17

El reino de Jauja

Con el camino despejado, Gabriel y Adrianito pudieron salir del lago. Estaban muy cansados y habían tragado mucha agua, a causa de los esfuerzos que habían hecho para quitarse de encima a los bebés.

—Son como pirañas —exclamó Adriano—. De tener dientes solo habrían dejado nuestros huesos.

Estaban completamente desnudos.

—¿Dónde están vuestras ropas? —les preguntó el dragón.

Gabriel le dijo que se las habían robado los bebés.

—Son unos guarros —añadió Adriano—. En cuanto recupere mi espada se van a enterar.

Los sonidos del cuerno, que alternaban soplos largos, medianos y cortos, volvieron a repetirse, y Gabriel le preguntó al dragón por su significado.

—Es la hora de la comida. Llaman así a los bebés para que vayan a comer. Pero venid, merece la pena verlo.

Gabriel y Adrianito se subieron al lomo del dragón y este se elevó por los aires hasta posarse en un altozano, no muy lejos de allí. En el valle pastaban multitud de vacas, completamente blancas. La hierba se mecía con suavidad entre las masas oscuras de los árboles. Vieron aparecer a los bebés, que se abalanzaron veloces sobre las vacas y empezaron a mamar de sus ubres. Eran unas vacas extrañas, pues al contrario de las que había en la tierra, tenían varias ubres y numerosos pezones por lo que se podía ver a más de veinte bebés mamando a la vez de una de ellas. Eran muy mansas y todo se lo dejaban hacer, que los bebés llegaban a subirse encima de ellas y se agarraban a sus cuernos para saltar al suelo. No tardaban en estar ahítos de leche, y entonces se tumbaban en la hierba a dormir, con lo

que poco a poco cesaban sus gritos y en el valle se producía un silencio profundo.

Oyeron un silbido. Era Gluglú, que había recuperado sus ropas. Gabriel y Adriano se vistieron a toda prisa y Gluglú les preguntó si querían conocer el campamento de los bebés. Le siguieron por aquel mar de hierba. Los bebés vivían en los árboles, en bolsas colgantes que unos pájaros fabricaban para ellos con lianas, plumas y barro. Las noches de luna tenían la costumbre de reunirse a la orilla del lago. Gluglú les invitó a asistir a uno de aquellos encuentros nocturnos. Así podrían conocerlos mejor.

La fiesta era en una pequeña explanada junto al lago. La orilla estaba salpicada de piedras blancas que la luna hacía brillar como si fueran lámparas. Muchos bebés se estaban bañando en ese momento. Lo que más les gustaba era bucear, y podían permanecer sumergidos el tiempo que quisieran, como si tuvieran branquias, como los peces. Mientras unos jugaban en el agua, otros hacían acrobacias en las copas de los árboles o se rebozaban en el barro, que era lo que más les gustaba. De pronto, empezaron a llamarse unos a otros, señalando excitados hacia arriba. Empezaban a caer copos blancos. Al principio eran muy pocos, pero enseguida lo hacían con profusión, como si fuera la misma luna quien se los enviara. Los bebés tendían sus manitas hacia ellos y se los llevaban a la boca, lo que les proporcionaba una indescriptible felicidad. También Gabriel y Adriano quisieron probarlos. Tenían sabores maravillosos y no se cansaban de comerlos, pues no había dos que supieran igual. Ni la golosina más apetecible de la Tierra se les podía comparar.

—¡Esto es el reino de Jauja! —exclamó Adriano, que no se cansaba de cazar al vuelo aquellos copos para saborearlos—. No me extraña que estos bebés no quieran nacer. ¿Dónde iban a encontrar un sitio como este?

Y, ciertamente, ni de lejos existía en el mundo que conocían un lugar así, ni unas criaturas como aquellos bebés, que tan pronto estaban escalando por las ramas de los árboles como buceaban por aquel lago o corrían bajo la lluvia de copos blancos hartándose de golosinas.

—Sí, eso es lo que pasa —dijo Gluglú cuando terminada la fiesta gran parte de los bebés se habían ido a sus bolsas a dormir—. Estamos tan a gusto en esta isla que no encontramos motivo alguno para nacer.

Puck el Dragón estaba tumbado en el suelo, y tanto Gabriel y Adriano como los bebés estaban a su alrededor, recibiendo el tibio

calor de su cuerpo. Se había hecho de noche y empezaba a refrescar.



—No queremos pasarnos nueve meses en una barriga sin apenas espacio para movernos —dijo Gluglú.

—¡Y para colmo con la cabeza para abajo! —añadió otro de los bebés.

—Ni queremos —continuó Gluglú— pasar por el amargo trance de un parto, ni asistir a la humillación de ver cómo nos transformamos en criaturas indefensas a las que tienen que llevar en brazos a todos los sitios.

—Y que para colmo se pasan la mayor parte del tiempo durmiendo —continuó el mismo de antes.

—¿Quién quiere vivir en un mundo así, cuando en este somos libres y podemos subirnos a las ramas de los árboles, bucear bajo el agua sin tener que sacar la cabeza para respirar y hartarnos de golosinas?

Mientras decía esto, los bebés no paraban de comerse los copos que acababan de caer y que tenían a montones sobre la hierba.

—Ya —dijo Gabriel—, pero aquí no tenéis colegios, ni cines, ni tenéis fiestas de cumpleaños, ya que siempre tenéis la misma edad, ni podéis crecer y haceros mayores.

—Crecer, crecer —dijo otro de los bebés—, ¿para qué querríamos hacer algo tan tonto? ¿Para transformarnos en unos adultos que siempre están descontentos con lo que tienen? No, quita, nos da escalofríos pensar en algo así.

—Pero tampoco tenéis cuentos —exclamó entonces Adrianito, convencido de que había dado con el argumento definitivo para rebatirle.

—Cuentos, ¿y eso qué es? —dijo Gluglú—. ¿Historias de princesitas leves como hojas, de niñas que menguan o crecen con la luna, de hadas que raptan a los mortales por encontrar aburrido su reino, de sirenas que se enamoran de marineros con menos seso que una hogaza de pan? ¿Para qué querríamos escuchar tonterías así?

—Es verdad —dijeron a la vez varios bebés—, ¿para querríamos que nos hablaran de otras vidas si estamos tan a gusto con la que tenemos?

—¡No queremos nacer, no queremos nacer, los que lo hacen son unos idiotas! —se pusieron a gritar otros más.

Pronto su grito se había extendido a todos los bebés, que, al tiempo que repetían aquellas frases, daban volteretas en el suelo o se arrojaban unos a otros todo lo que pillaban, armando un jaleo fenomenal.

—Está bien, está bien —dijo Gabriel, pidiendo un poco de silencio, mientras uno de los bebés se había subido a sus hombros y le estaba chupando una oreja.

—Callaos, por favor —salió en su defensa Gluglú—, que Gabriel tiene algo que decirnos.

Todos se quedaron callados y Gabriel se puso a hablar:

—Pero ¿sabéis una cosa? Os falta lo más importante.

—¿Qué es?, ¿qué? —gritaron los bebés.

—Una mamá —les dijo.

Se hizo un silencio muy grande, como si hubiera mencionado algo de lo que no se podía hablar.

—¿Y para qué querríamos tener una? —gritó por fin uno de los bebés—. ¿Para que te riña cuando te ensucias, para obligarte a hacer los deberes o para que te mande a la cama cuando se hace de noche?

Todos los bebés aplaudieron, al tiempo que volvieron con su grito de guerra.

—¡No queremos nacer, no queremos tener madre, las madres son tontas de capirote!

Gabriel pidió hablar de nuevo, y poco a poco cesó la algarabía.

—Una madre no es lo que decís. Te da un nombre y te enseña a hablar; si te haces una herida, corre a tu lado para curarte; y por las noches, cuando llega la hora de dormir, se sienta en tu cama y te da un beso para que no tengas miedo. Una madre es la que se queda a tu lado cuando se apaga la luz.

Mientras decía esto los bebés se habían ido alejando, de forma que cuando Gabriel terminó no quedaba ninguno en el prado. Ni Gabriel ni Adrianito sabían qué había pasado, ni por qué sus palabras habían producido tal efecto en aquellos bebés que hacía solo unos instantes no dejaban de gritar y de hacer el bestia.

Entonces intervino Puck el Dragón.

—Has dicho la palabra maldita; por eso se han ido todos. Aquí no se puede pronunciar la palabra «mamá»; ningún bebé lo hace.

Y después de lanzar una bocanada de fuego, cosa que tenía que hacer con frecuencia para que el fuego que producía su cuerpo no lo quemara por dentro, continuó:

—En esta isla hay un problema muy grande: desaparecen los bebés. Se dirigen a una zona misteriosa del bosque y ya no regresan. La llaman la sima de las pozas, porque está llena de pequeñas bolsas de agua de las que surgen voces misteriosas que los llaman. Y cada bebé se siente atraído por una de esas voces. Le dice que tiene muchas

ganas de conocerle, que no tenga miedo, lo que hace que vaya a su encuentro y se sumerja por completo en la poza. El agua está tibia, y se siente tan a gusto adentro que se va quedando dormido. En sus sueños ve cosas que no sabe explicar. Ve una criatura muy hermosa en una barca que arrastra la corriente. Se inclina sobre el agua, y su rostro se refleja en ella. La oye hablar. Está llamando a un niño. Le dice que no debe tener miedo a nacer, que ella será sus ojitos y sus manos, que será su boca, que todo se lo dará. Que lleva mucho tiempo esperándole. El bebé está abajo, en el lecho del río. La barca se aleja, pero la carita sigue ahí, suspendida en el agua. Esa carita será lo primero que vea el bebé al llegar a este mundo. Es la cara de su madre. Era quien le llamaba, quien le decía que fuera con ella, que no tuviera miedo. Y lo que pasaba era que estaba a punto de nacer.

CAPÍTULO 18

El pájaro verde

Esa noche, Gabriel no podía conciliar el sueño. La historia de los bebés no se le iba de la cabeza y, mientras Puck y Adriano dormían, decidió acercarse a aquella sima para conocerla. Era una grieta abierta en la montaña, por la que llegó a un bosque con los árboles tan apiñados que apenas entraba la luz. Todo el terreno estaba lleno de pozas y se oían voces que salían de su interior. Uno de los bebés cruzó a su lado como una liebre, y se sumergió de cabeza en una de ellas. Oyó una voz que decía su nombre.

—Gabriel, por aquí —le decía.

Salía de una poza semioculta entre los helechos y, al acercarse, oyó el latido de un corazón. Era de allí de donde venía la voz. Hablaba de un pájaro verde, un pájaro que estaba esperando a una golondrina.

—No tengas miedo —le decía.

Se sumergió sin dudar en aquella poza. El agua estaba muy tibia y respiraba bajo el agua sin problemas. En el fondo buceaban decenas de bebés. Jugaban con las algas, y se perseguían jugando entre sí.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Somos tus hermanos —le contestaron.

Eran más de doscientos, ¿cómo iban a ser sus hermanos? Y se imaginó lo divertido que tenía que ser vivir en una casa donde hubiera bebés por todos los sitios, ¡hasta colgando de las lámparas!

Vio a un bebé diminuto jugando con las conchas. Era una niña. Le preguntó cómo se llamaba.

—No tengo nombre —le contestó —. Ninguno de nosotros lo tenemos.

La bebita era muy guapa, y su piel brillaba en el agua. Se estaba haciendo de noche y los cuerpos de los bebés se pusieron a brillar.

—Quieren ser elegidos; por eso brillan —le dijo.

—Elegidos ¿por quién? —le preguntó Gabriel.

—Por la madre. Solo se puede quedar con uno de nosotros. Bueno, a veces, se queda con dos, pero no es lo normal.

—¿Y con los otros qué pasa? —volvió a preguntarle.

Le parecía imposible que aquella bebita tan hermosa no fuera a existir.

—Nada, que nos quedamos aquí y santas pascuas.

Y dicho esto empezó a alejarse. Otros bebés se pusieron a seguirla. Gabriel trató de alcanzarlos, pero los perdió de vista en las profundidades de la poza. Sopló el viento y las aguas empezaron a encresparse. Las algas se movían como serpientes y la superficie se llenó de ondas que le llevaban de un lado para otro. Alguien se puso a llamarle.

—Vamos, vamos, despierta —le decía.

Era Paulina Martínez, su madre. Estaba sentada a su lado y le zarandeaba suavemente por los hombros instándole a levantarse. Pero él no quería abrir los ojos y abandonar a la bebita de su sueño. Aún la veía perdiéndose en las aguas, y se preguntó si nacería alguna vez. Claro que a lo mejor tenía razón, y no era tan importante nacer. ¡En aquella isla no debía de estarse nada mal, a juzgar por lo que había visto!

Alguien volvió a hablar.

—Arriba, dormilón, que vas a llegar tarde.

Era su madre, de nuevo. Le decía que tenía que vestirse y desayunar enseguida, que, si no, cuando llegaran al colegio, la puerta iba a estar cerrada. Mientras le preparaba el desayuno, la oyó cantar:

Ya esta el pájaro verde puesto en la esquina,
esperando que venga la golondrina.
Si tú eres golondrina, yo soy coqueta,
que el galán que me ronda tiene pesetas.
Que si tiene pesetas que las enseñe
y te compre un vestido de seda verde.
Y, después de estrenarlo, préndele fuego,
y verás cómo arde el vestido nuevo.

Era la canción que había escuchado en su sueño. Se acordó de los bebés que se habían quedado en el lago, y de lo que le había dicho la bebé diminuta: que no era tan importante existir. ¿Era eso existir:

arder?

—Mamá, cuando me trajiste al mundo —le preguntó mientras se dirigían al colegio—, ¿otros bebés se quedaron sin nacer?

—Sí, muchos. Eran tan bonitos como tú, y todos querían que me quedara con ellos. A todas las mujeres les pasa. Oyen a esos bebés, y sus vocecitas son tan dulces que les entran ganas de quedarse con todos. Pero no pueden hacer eso, porque entonces ¿cómo los cuidarían? Y tienen que quedarse solo con uno. Aunque hay muchas mujeres que no los quieren tener. Unas veces porque no desean perder su libertad; otras, porque sueñan con ser abogadas o arquitectas, y no tienen tiempo para ocuparse de otras cosas. Pero todas, absolutamente todas, especialmente cuando se enamoran, oyen las risas y las vocecitas tan dulces de esos bebés y les entran ganas de tener uno para enseñárselo a la persona que aman. Aunque muchas se arrepientan luego a causa de todos los sinsabores que tendrán que pasar por su causa. No les falta razón, pues criar a un bebé es la cosa más complicada del mundo. Pero ¿sabes lo que pienso yo? Que nadie habla de los pequeños a los que traen al mundo sin pedirles permiso, de las cosas que sienten cuando nacen, de cuánto necesitan el amor. Los mayores hablan y hablan de lo que les pasa cuando le tienen con ellos, y el bebé se los queda mirando como diciendo: ¿y quién dice lo que me pasa a mí? Y lo que le pasa a un bebé cuando está con su madre es la cosa más misteriosa que existe. Tan misteriosa es que ninguno de los dos, aunque así lo quisieran, podría explicarla. Porque un bebé ¿cómo lo haría si no sabe hablar? Y ella ¿qué podría decir si todo lo que está viviendo pertenece a un mundo anterior a las palabras? ¿Le pedirías a un árbol que te explicara por qué tiene frutos y hojas, y por qué los pájaros eligen sus ramas para hacer sus nidos? Le pasa eso, pero no te lo sabe explicar.

—¿Y qué es de los otros bebés, los que no han podido nacer? —preguntó Gabriel pensando en la bebita del sueño.

—No lo sé, supongo que se pierden en ese mundo sin tiempo que precede al nuestro, y no vuelve a saberse de ellos. Aunque yo prefiero pensar que se refugian en el corazón de los que nacen y se quedan quietecitos allí llevando una vida secreta, que es la vida de la imaginación y los sueños.

El sol de la mañana se colaba entre las hojas creando una atmósfera verde que daba al paseo una cualidad acuática. Parecían peces que nadaran en las profundidades verdosas de un estanque.

—Pero no fui yo quien te eligió a ti —continuó su madre—. Oí tu

vocecita y, cuando quise darme cuenta, te habías metido en mi barriga. No sabía quién eras, ni de dónde venías, y cuando naciste sentí tanta pena al verte, pues no sabías hacer nada, que me quedé contigo. Claro que podía haberte llevado a un hospicio para que te cuidaran las monjas, o haberte dejado en la ventana una noche de invierno para que te murieras de frío, pero ¿cómo iba a hacer eso? Tener un bebé no es como ir de compras a un supermercado y elegir el que más te gusta. Tienes que quedarte con el que te toca, que, si hubiera sido un cerdito en vez de un niño lo que te hubieran dado, habrías tenido que quedarte con él, y hasta darle el biberón y llevarle al colegio, aunque la gente se riera al veros, que tiene que ser bien gracioso ver a una madre humana llevando a la escuela a un cerdito para que aprenda las tablas de multiplicar. Ninguna mujer sabe quiénes son los niños que crecen en sus barrigas, que es como si hubiera sido un ángel quien se los hubiera llevado sin darles explicación alguna de por qué había elegido exactamente esos y no otros distintos. Y ya se sabe que las cosas que hacen los ángeles no siempre son fáciles de entender por los seres humanos. Les gusta ofrecer lo que no se espera. Eso es el amor para ellos.

Gabriel y Paulina Martínez siguieron caminando en dirección a la escuela. Era un paseo muy lindo, bordeado de árboles cubiertos de flores moradas. Se llamaban jacarandás, y los pájaros piaban entre las hojas como si les estuvieran saludando.

—Buenos días, señora Martínez; buenos días, niño Gabriel —les decían al pasar.

Se cruzaron con otra madre, que llevaba a su bebé en un cochecito. Cada poco se detenía y se inclinaba sobre él para decirle lindezas, pues tenía todo el tiempo del mundo para estar con él. Y Gabriel, que se acordó de lo que su madre le había contado del bebé cerdito, dio en pensar en lo divertido que sería el mundo si los bebés no siempre nacieran donde debían, y una madre loba tuviera, por ejemplo, que ocuparse de un corderito. Cuanto más le quisiera más ganas tendría de comérsele, pero no lo podría hacer, porque la obligación de una madre era cuidar a su bebé e impedir que le pasara nada malo, y no comérsele como si fuera una hamburguesa.

Gabriel se quedó pensando en un mundo donde fueran posibles cosas que en el suyo no lo eran, y se puso a hacer una lista con las que más le gustarían: hablar con los animales, respirar bajo el agua, volar, tocar el fuego sin quemarte, tener el poder de volverte invisible cuando quisieras, tener un lapicero mágico que hiciera solo los

deberes.

—Oye, mamá. De todas las cosas que hay en el mundo, ¿cuál te parece la más bonita?

Y esto fue lo que Paulina Martínez le contestó:

—Unos dicen que lo más hermoso son los anillos de oro con que los novios se prometen; otros, que una ventana encendida en la oscuridad del bosque o las golondrinas que quitaron las espinas a Jesús para que no sufriera. Pero yo digo que lo más hermoso es tener al bebé que amas en los brazos.

CAPÍTULO 19

Los niños verdes

Esa tarde, al volver del colegio, Gabriel se puso a contarle a su madre una cosa que le acababa de pasar. A Clara, una compañera suya, le habían cortado la melena, y su madre, al verla sin ella, se había puesto a llorar.

—Todas las madres se ocupan de las melenas de sus hijas —le contestó la señora Martínez—. Se las lavan, se las peinan, les ponen adornos y lacitos para que estén más guapas, pero también porque se acuerdan del tiempo en que también ellas eran niñas y tenían una melena así. Por eso lloran cuando se las tienen que cortar. La melena de una niña es el jardín de la madre.

Luego se inclinó sobre Gabriel, y le dio un mordisco en la oreja.

—Ay, que me haces daño —protestó este.

—Lo siento —le contestó ella—, pero no lo puedo evitar.

Y, cuando ya estaba en la puerta para marcharse, añadió:

—A todas las madres nos suele pasar con nuestros hijos lo mismo que a las ogresas con los suyos, que, cuanto más guapos los encontramos, más ganas nos dan de comérnolos. Pero no te preocupes, que por mucho que nos apetezca no lo solemos hacer.

Gabriel se quedó pensando en lo que tenía que ser que las madres se fueran comiendo poco a poco a sus hijos de lo guapos que les parecían, de forma que luego en el colegio a unos les faltaran las manos, a otros las orejas, la nariz o alguno de los pies. No, decididamente, tener una madre que te quisiera tanto no era ningún plato de gusto.

El dragón le esperaba esa noche para vivir una nueva aventura. Ya surcaban los aires cuando se encontraron con una bandada de ocas. Volaban en perfecto orden, manteniendo una estructura en uve.

Cuando el líder se cansaba, otra oca ocupaba su posición y así sucesivamente. Era un trabajo de equipo, que les permitía realizar sus largos viajes migratorios con el menor coste posible. Venían del norte de Europa, donde los inviernos eran tan fríos que hasta los ríos se quedaban helados, y se dirigían a las costas de África buscando tierras más cálidas. Tenían que recorrer largas distancias y para entretenerse iban cantando las canciones que aprendían en el camino.

Yo me quería casar
con un mocito barbero
y mis padres me querían
monjita de un monasterio.

Según Puck, las ocas eran muy tontas y repetían todo lo que oían sin entenderlo.

Zarcillitos de mi oreja,
anillitos de mis dedos;
lo que más sentía yo
era mi mata de pelo

seguían cantando. Las ocas se perdieron en la distancia mientras la niebla las envolvía. Gabriel le pregunto a Puck adónde iban.

—A la Isla de los Niños Verdes —le contestó el dragón.

Iba a preguntarle qué isla era esa, y quiénes eran los niños que vivían en ella, cuando se abrió ante ellos un panorama deslumbrante. Las nubes flotaban en el azul inmenso y ellos pasaban a su lado como por las calles de un pueblo de casas blancas. Vieron a lo lejos dibujarse el perfil de una costa. Se acercaban a ella cuando una nube negra les envolvió. Eran miles de mosquitos que, antes de poder evitarlo, les estaban picando por todos los lados.

—¡Malditos mosquitos —exclamó Puck enfadado—, vais a ver lo que es bueno!

Y, tras ascender violentamente, se dio la vuelta en el aire y les lanzó una bocanada de fuego que los achicharró.

Tomaron tierra en una de aquellas playas. Gabriel nunca había visto una arena tan fina y, mientras Puck se rebozaba en ella para calmar el picor de su piel, se internó en el frondoso bosque que la rodeaba. Vio dos figuras pequeñas que corrían a esconderse entre los árboles. Eran dos niños y estaban completamente desnudos. Y lo más

extraño era que su piel era verde. Acababan de desaparecer de su vista cuando el bosque se pobló de silbidos misteriosos. Tuvo miedo y retrocedió en busca de su amigo Puck, que continuaba rebozándose en la arena para calmar el picor de los ronchones que le habían causado los mosquitos.

—Esta arena —exclamó este al verle— es el mejor remedio para las picaduras de esos monstruos chupasangres.

Gabriel le imitó, pues también le picaba todo el cuerpo. Luego le habló de los niños que acababa de ver.

—Son los niños verdes —le contestó Puck—. Viven escondidos en el bosque y casi nunca se dejan ver. Pero, si quieres conocerlos, no debes perseguirlos. Deben ser ellos los que se acerquen a ti.

Abandonaron la playa y volaron por encima del bosque hasta una zona llena de cultivos. Un poco más allá, vivían los habitantes de la isla. Era un pueblo de casas de madera a la orilla del mar. Abundaban los árboles y tenía un pequeño puerto, donde los pescadores amarraban sus barcas. Puck descendió junto a la iglesia, y enseguida corrieron a recibirlos los chiquillos del pueblo.

—Ha llegado Puck, ha llegado Puck —gritaban excitados, intentando subirse a su lomo.

Se veía que era muy popular allí. Pronto había más de dos docenas a su alrededor.

—A volar, a volar —gritaban excitados.

—Ahora no, jovencitos —les dijo Puck apartándoles suavemente con sus alas.

Y lanzó una gran bocanada que ascendió al cielo como una bola de fuego. Los niños huyeron en todas las direcciones y la plaza se quedó vacía. Gabriel se fijó en que muchos de los niños llevaban caperuzas y guantes. El pueblo vivía de la pesca y de las numerosas huertas que lo rodeaban. Criaban también vacas y ovejas, pues abundaban los prados y la tierra era muy fértil. Los bosques interminables que cubrían gran parte de la isla les proporcionaban frutos y setas.

—Vamos a ver a mi amigo Round —le dijo Puck a Gabriel.

Round regentaba La Mano Verde, la taberna del pueblo. Había sido boxeador, y las paredes de su local estaban llenas de fotografías de boxeadores y de combates antiguos.

—La gente no sabe lo que es el boxeo, no sabe lo que es asistir al momento en que las luces se apagan y solo queda iluminado el *ring*. Allí arriba, todas las penas se olvidan. Es como estar en una casa de oro.

Mientras decía esto, Gabriel se fijó en que, como los niños que se habían acercado a recibirlos, también él llevaba unos guantes de color gris, tan pegados a sus manos como una segunda piel. Les ofreció unos arenques en salazón y unas jarras de cerveza, que a Gabriel enseguida se le subió a la cabeza, pues nunca había bebido alcohol.

—¿Te acuerdas, Puck? —exclamó—. ¡Qué tiempos aquellos!

Y se puso a cantar:

Quince hombres sobre el cofre del muerto.
¡Ah! ¡Ja! ¡Ja! ¡La botella de ron!
La bebida y el diablo se llevaron al resto.
¡Ah! ¡Ja! ¡Ja! ¡La botella de ron!

Gabriel había escuchado esa canción, pero no recordaba dónde.

—Sí, ¡qué tiempos! —continuó Round—. Aún había tesoros en el mundo, y piratas capaces de matar por ellos. No les teníamos miedo. Bastaban los puños para ponerles en su lugar. «¡Acción!, ¡acción!», era nuestro único lema.

—Oye, Round —le interrumpió el dragón—, ¿por qué no le hablas a mi amigo de los niños verdes?

Round se tomó un tiempo antes de contestar. Fue en busca de más cerveza y, tras beberse de un trago parte de la jarra, exclamó melancólico:

—¡Ah!, los niños verdes, ¿sabe alguien dónde están? ¿Si existen todavía? Todos nos hemos vuelto más aburridos y necios desde que se fueron de la isla.

Gabriel estuvo a punto de intervenir para decirle que él había visto a unos niños así, que estaban desnudos y que huyeron por el bosque cuando los vio. Pero no se atrevió a contrariarle, porque Round le daba un poco de miedo.

—Puede que en esta isla no haya tesoros, pero siempre ha sido pródiga en fiebres. Los niños de los que hablas —continuó— llegaron un día a sus costas y se asentaron en una zona conocida como el Cuerno del Diablo, por la fuerza con que allí sopla el viento contra los acantilados. Fue en una pequeña playa de arenas blancas donde desembarcaron. Venían huyendo de una gran catástrofe que había hecho desaparecer su isla. El volcán que estaba en su centro había entrado en erupción con tal furia que la había roto en dos, causando su hundimiento en el mar. Tras aquel vagar interminable, un grupo de niños llegó a nuestra isla. Solo eran diecisiete; los otros habían ido

pereciendo a causa de las enfermedades, el hambre y la sed. Se instalaron en ese lugar del que acabo de hablarte, donde la suerte quiso que encontraran un frondoso bosque donde tenían cuanto necesitaban para vivir: madera para fabricar sus cabañas, casi siempre en las copas de los árboles, tierras fértiles, y el agua y los peces de los arroyos.

»Aquella zona estaba unida al resto de la isla por un pequeño desfiladero, que nadie conocía. Un niño y una niña verde lo descubrieron un día y, antes de darse cuenta, se encontraron paseando por el pueblo. Su vida pertenecía a los árboles, las grutas y los manantiales, y todo lo que veían (las casas con sus tejados, las construcciones de piedra, las calles pavimentadas) era nuevo para ellos. Era de noche, y les atrajo el fulgor dorado de la luz que salía de una de las casas. Al lado había una sábana tendida, y se quedaron mirando la sorprendente extensión limpia y vacía, su blancura maravillosa. Recordaba una flor de pétalos inmensos suspendida en las sombras. Se acercaron a la ventana iluminada y lo que vieron los asombró aún más. Unos seres como ellos, aunque de otro color, y completamente vestidos, estaban sentados alrededor de una mesa. No sabían lo que era una mesa, ni una silla, ni lo que era sentarse a cenar, ni sabían lo que era llevar ropa, ya que siempre andaban desnudos o, a lo sumo, en las fiestas, se cubrían con hojas y plumas que tomaban del bosque para sus bailes y juegos. Sobre la mesa había una vela, y su llama resplandeciente iluminaba el techo de la cabaña, dejando en sombra el resto del cuarto. Y tan absortos estaban mirándolo todo que no repararon en que con solo volver la cabeza cualquiera de los que estaban dentro podría descubrirlos. Y, al suceder esto, todos se pusieron a gritar. Los de dentro, porque no sabían quiénes eran las criaturas que los miraban desde la ventana; los niños verdes, porque la violencia de aquellos gritos les hizo temer que los fueran a matar. Huyeron al bosque mientras los campesinos cogían sus escopetas para perseguirlos. La oscuridad era grande, y los perdieron de vista. Al regresar al pueblo, estuvieron hablando de lo que habían visto. La joven que había gritado dijo que eran dos niños, y que tenían la piel verde, pero no la hicieron caso. Como todo estaba muy oscuro, pensaron que ella se había confundido. Pero al día siguiente los encontraron en una de las trampas que ponían junto a los sembrados para capturar a los jabalíes que bajaban del bosque a robarles las hortalizas. Allí estaban los dos niños, como dos pequeños ladrones, y eran completamente verdes.

CAPÍTULO 20

Lo que pasó en la escuela

—Se hicieron cargo de ellos y, tras lavarlos y vestirlos, les prepararon unas camas donde pudieran dormir. Eran muy obedientes y se conformaban con lo que les daban. Eran muy torpes. No sabían manejar una cuchara ni un tenedor. No sabían vestirse, y al principio hacían pis y caca en el primer lugar que encontraban (por ejemplo, encima de una mesa o de las sillas donde se sentaban). Las cosas se les caían de las manos y cuando iban a cruzar una puerta en vez de enfilar por su vano se iban directamente contra la pared. Tampoco sabían andar bien, sino que lo hacían arrastrando los pies, como si los zapatos que llevaban les pesaran tanto que no los pudieran levantar del suelo. Y siempre andaban subiéndose a los sitios, a las mesas, a las camas, incluso, a los tejados de las casas. Los reñían, les decían que eso no estaba bien, y por un tiempo ellos dejaban de hacerlo. Eran tan mansos que si les hubieran mandado tirarse al pozo lo habrían hecho sin dudar. Tampoco sabían lo que era el mal, y sufrían si se causaba daño a algo vivo, aunque fuera la ramita más pequeña de un árbol, o a uno de esos caracoles que pasean por el prado después de la lluvia. Pero les bastaba con mirar a un adulto para hacerse dueño de su corazón, especialmente si era una mujer, que era como si le dijeran “te he elegido a ti”, aunque luego no le explicaran por qué.

»Sus maridos, que estaban celosos, les reprochaban que perdieran el tiempo ocupándose de unas criaturas tan inútiles, pero ellas les contestaban:

»—Si a un pez le sacas del río donde vive, y lo pones encima de una mesa, ¿lo dejarías morir porque no sabe hacer nada?

»Aquellos niños venían de un mundo que nada tenía que ver con el suyo y era normal que parecieran tan torpes. Pero ellas vivían cautivadas por su belleza. Su piel verde resplandecía como las hojas nuevas y sus cabezas estaban cubiertas de rizos suaves, celestiales, que encantaban sus corazones femeninos. Sus ojos también eran verdes, aunque de un verde más claro y limpio que el de la piel.

»Fueron pasando los días, y, mientras la niña estaba cada vez más adaptada, y no tardó en aprender la lengua que se hablaba en la isla, su hermano permanecía cada vez más temeroso y ausente. No quería salir de casa y evitaba participar en los juegos y tareas de los otros niños. Siempre estaba solo y ni siquiera su hermana lograba convencerlo de que se quedara con ella. Le gustaba ir a la iglesia. Había allí un cuadro que miraba extasiado. Se veía en él a una señora muy hermosa que flotaba suspendida sobre una nube. Estaba rodeada de multitud de pequeños querubines, alados y desnudos, que volaban a su alrededor atraídos por la luz que desprendía. Y había algo en aquel cuadro que hacía que el niño verde no pudiera dejar de mirarlo.

»Una noche, desapareció. Fueron a buscarle y encontraron su camita vacía. Su hermana pensó en regresar tras él al bosque al que pertenecían, pero algo había cambiado en ella durante ese tiempo, y ahora se sentía atraída por el mundo que habían encontrado. Todo en él le gustaba: los vestidos que le habían hecho, la música y los bailes de las fiestas, las cosas que se contaban por las noches, después del trabajo, y el dulce sonido de sus palabras. Le gustaba ir a la escuela con los otros niños y, sentada en el pupitre, quedarse mirando las letras y los números que el maestro escribía en la pizarra, aunque no supiera para qué servían. Incluso su piel empezó a clarear y a perder el color verde, de forma que cada vez se parecía más a los niños que vivían allí.

»Pasaron los meses y un día su hermano regresó con otros niños como él. Eran unos veinte y se desplazaban juntos, como si fueran un único ser. Todos eran muy pequeños y mostraban al moverse la misma torpeza. No hacían nada; solo quedarse mirando las cosas sin atreverse a tocarlas. Los hombres querían echarles, pues no sabían de dónde venían y temían que pudieran transmitirles alguna enfermedad desconocida; pero las mujeres los convencieron de que les dejaran quedarse. Si los devolvían al bosque, qué les podía pasar. ¡Eran tan frágiles y torpes! Las alimañas terminarían por devorarlos. Quisieron repartírselos para llevárselos a sus casas, pero ellos no se querían separar y tuvieron que arreglar un pajar abandonado para que

pudieran vivir juntos. Fregaron los suelos, limpiaron las ventanas, y prepararon para ellos veinte camitas iguales, con sus sábanas y sus mantas recién lavadas. Y llevaron platos y vasos para que pudieran comer, y se ocuparon de que hubiera veinte sillas diminutas y una mesa de su altura para que pudieran comer en ella. Hacer todo eso las llenaba de felicidad, pues ya se sabe que las mujeres aman todas las cosas pequeñas y, cuando se encuentran con un pajarito que se cae del nido, las crías de los caballos y las ovejas, un adorno para llevar en el pelo, un anillo que ven en el mercado, enseguida exclaman: «lo quiero para mí». Y, ¡ay!, como no se lo des, te odiarán para siempre.

»Y así empezó la vida de los niños verdes en el pueblo. Iban a la escuela con los otros niños, y, aunque se portaban bien y no se movían de los pupitres, no aprendían absolutamente nada. La maestra estaba desesperada porque no sabía qué pensar de ellos. Por qué se movían así, arrastrando los pies, y apenas sabían subir las escaleras o eran incapaces de coger al vuelo una pelota. No sabía si entendían o no las explicaciones que les daba, aunque permanecieran quietos en clase y atendieran a las explicaciones. Por su parte, los niños del pueblo les daban parte de sus bocadillos, les ayudaban a hacer los deberes, y cuando salían al recreo jugaban a cosas en las que no hubiera que correr o saltar. Era como si hubieran sido embrujados por ellos y solo quisieran complacerles.

Una noche llamaron a la casa de la maestra. Era el sacerdote del pueblo, que iba a preguntarle por aquellos niños. Estaba muy nervioso y escuchó atentamente lo que la maestra le contaba acerca de su extraño comportamiento, ya que tan pronto se mostraban incapaces de escribir las letras o hacer las sumas más elementales como llevaban a cabo las tareas más complejas gracias a su memoria prodigiosa, lo que les permitía, por ejemplo, aprenderse los mapas con solo verlos unos instantes, o retener las explicaciones que les daba con solo escucharlas una vez. Habían aprendido a hablar con una rapidez inexplicable y tenían un oído exquisito para la música.

»—A veces me parece —siguió diciéndole— que son como esos niños torpes que habrá que cuidar toda la vida, porque nunca sabrán hacer nada, y otras, que todo lo saben, y que nos miran como preguntándose si tiene algún sentido la vida que nosotros llevamos en este pueblo. Es como si guardaran un secreto acerca de sus vidas y de lo que pasa en el bosque, un secreto que solo ellos conocen.

»El sacerdote se la quedó mirando. La maestra apenas se arreglaba, pero era muy guapa y siempre estaba sonriendo.

»—Todos tenemos secretos —se atrevió a decirle, y notó que le temblaba la voz al hacerlo—. Los secretos son como esas conchas que llevan los caracoles de un lado para otro y que nadie sabe qué guardan.

Entonces, el sacerdote empezó a hablar.

»—Verás, he venido para contarte una cosa que pasó hace un par de noches. Me encaminaba a casa cuando, al llegar a la plaza, vi que la puerta de la iglesia estaba abierta. Como estaba seguro de no haberla dejado así, entré para sorprender a los intrusos, más lo que vi al entrar me dejó sin palabras. Eran esos niños los que habían entrado y estaban flotando en el aire, frente al cuadro de los querubines. No vas mucho a la iglesia, y no sé si recuerdas el cuadro del que te hablo. Está en una de las capillas laterales y en él se ve a Nuestra Señora sobre una nube y a una multitud de pequeños bebés alados revoloteando a su alrededor, cautivados por la luz que desprende. Pues bien, esos niños flotaban también en el aire imitando las posturas y los gestos de los querubines, y así, mientras unos estaban cabeza abajo, otros se abrazaban entre ellos formando una bola llena de cabecitas, brazos y piernas mezcladas, o tenían los carrillos hinchados dispuestos a soplar. Y emitían con sus lenguas un chasquido, que expresaba una misteriosa felicidad. Mi primera reacción fue hacerles bajar a gritos haciéndoles ver que su conducta era del todo inadecuada en un lugar sagrado, pero, cautivado por lo que veía, no lo supe hacer. Era como si una parte de los querubines se hubiera desprendido del cuadro y estuvieran volando libres por el interior de la iglesia, y, antes de que pudiera decir o hacer nada, me desmayé sobre los bancos de la iglesia.

»Al recuperar la conciencia, aquellos niños ya no estaban allí, y la iglesia estaba en silencio. ¿Lo que había visto había sido real, o un sueño?, me pregunté aturdido. Llevaba unos días de mucho trabajo, teniendo que viajar a los pueblos cercanos para dar la misa, y decidí olvidarme de lo que había visto, atribuyéndolo al agotamiento de mi mente. Unos días después, en uno de mis paseos de meditación por el bosque, oí los mismos chasquidos que había oído en la iglesia. Venían de las copas de los árboles, y al alzar los ojos vi en ellas a varios de aquellos niños. Se movían con extraordinaria agilidad de unas ramas a otras y al sentirse descubiertos enseguida desaparecieron. Su agilidad nada tenía que ver con la imagen de torpeza que daban habitualmente, y enseguida regresó a mi pensamiento la escena de la iglesia. Sí, aquellos niños que saltaban de rama en rama con la

ligereza de los seres arbóreos eran los mismos que yo había visto en la iglesia flotando en el aire, por lo que comprendí que no se trataba de una ilusión de mis sentidos, sino de algo tan real e inexplicable como lo que había visto esa noche. Y esta es la razón de que haya venido a verte para contártelo. Pasas muchas horas a su lado y, sin duda, has debido de observar algo acerca de la conducta de estos niños que me puedas contar.

CAPÍTULO 21

Los príncipes del aire

—Habían salido a pasear y, mientras hablaban, veían el juego de los dibujos moteados de la luz en el suelo y la sombra acogedora del dosel de las hojas sobre sus cabezas. La maestra guardó silencio cuando el sacerdote terminó de hablar. No le extrañó su historia, por absurda que pareciera. Desde el primer momento había sabido que en aquellos niños había algo especial, lo que era patente, sobre todo, en la atracción que ejercían sobre los niños del pueblo. Una misteriosa complicidad había surgido entre ellos, que hacía que solo quisieran estar a su lado, lo que fue causa de que empezaran a surgir voces en su contra, y hasta algunos hablaban de expulsarlos del pueblo, por la mala influencia que tenían sobre las mujeres y los otros niños. Estos, porque les seguían a todos los sitios y a menudo podía vérselos detenidos a su lado en los campos de lavanda, contemplando largamente las flores, o caminando en silencio junto a ellos detrás de los rebaños de ovejas, como si hubieran mudado de naturaleza gracias a su influencia y se hubieran vuelto más dulces, atentos y reflexivos. ¡Y qué decir de las mujeres! Era como si se hubieran olvidado de sus obligaciones como madres y esposas, para entregarse por completo al cuidado y al bienestar de aquellos niños. Bastaba con ver la hilera de sus camitas, con los edredones de colores que habían tejido para ellos, para darse cuenta de cómo aquella casa antes abandonada se había transformado en un lugar misterioso donde pasaban cosas que nadie acertaba a explicar.

»Al atardecer, los niños del pueblo se reunían en la plaza con los niños verdes, y los seguían hasta el bosque en silencio, imitando hasta su torpeza al andar, como si hubieran renunciado a su verdadera naturaleza para ser como ellos. La maestra no podía olvidar el relato

del sacerdote y esa tarde había decidido seguirles. La hierba era de un verde intenso, y, siguiendo las aguas plateadas del río, se perdieron bajo los árboles. Y allí, en un claro, empezaron a jugar. No había nada anormal en ese juego, que consistía en movimientos repetitivos y sin gran interés. De pronto sucedió algo inesperado. Un niño golpeó con fuerza la pelota, que se quedó encajada entre las ramas de un árbol. Uno de los niños verdes voló en su busca, y se abrió la caja de las sorpresas, pues muy pronto sus amigos estaban suspendidos en el aire lanzándose la pelota sin dejarla caer, mientras los niños del pueblo los observaban desde abajo sin dar crédito a lo que veían. Era como una reunión de magos, ya que tan pronto ejecutaban las piruetas más locas como la pelota volaba por el aire como traída y llevada por la fuerza de sus pensamientos. Los niños más torpes de la tierra se habían transformado por arte de birlibirloque en los alegres príncipes del aire.

»La maestra no podía entender un cambio como aquel. Era como si su elemento fuera ese, y como si, al igual que los pájaros en el aire o los peces en el agua, fueran capaces de realizar en él los movimientos más insospechados. Eso significaba el color verde de su piel: que pertenecían a los bosques, las frondas y los arroyos, y que era en aquel mundo de hojas y ramas, de guaridas y nidos escondidos donde aparecía su verdadero ser.

»A partir de ese día, empezó a vigilarlos. A veces salía de clase y los dejaba solos para espiarlos por la ventana. Los borradores volaban por los aires, o los veía andar cabeza abajo por el techo, o los cuadernos y lápices que utilizaban se quedaban suspendidos en el aire, abolidas las leyes de la gravedad. Entonces comprendió que la torpeza que mostraban en el pueblo, el hecho de que anduvieran arrastrando los pies, o que sufrieran al subir o bajar las escaleras, no era sino una forma de ocultar quiénes eran de verdad. Debieron de ser sus mayores los que les habían enseñado a comportarse así, al objeto de no llamar la atención sobre su verdadera naturaleza.

»La maestra guardó silencio sobre lo que había descubierto y, cuando el sacerdote le preguntó si había observado algo raro sobre aquellos niños tan extraños, ella le dijo que no, como si ahora su misión fuera protegerlos de las intromisiones de los mayores. ¿No era eso lo que había aprendido de su abuela, que había dedicado su vida a los niños en la pequeña escuela de un pueblo? Antes de ir a su primer destino, la maestra había ido a hablar con su abuela para que le diera consejos acerca de lo que debía hacer.

»—Tienes que comportarte —le dijo— como si los niños antes de

transformarse en bebés hubieran sido pájaros que por alguna razón desconocida decidieron descender de los árboles donde vivían para quedarse con nosotros. Tu misión será enseñarles a vivir en este mundo, pero, sobre todo, has de arreglártelas para que nunca se olviden de que antes de ser niños tuvieron alas y podían volar.

»Y estaba claro que aquellos niños no lo habían olvidado. Era como si del inmenso universo en que estaban, las personas mayores de aquel pueblo solo conocieran una pequeña parte, y los niños verdes les trajeran noticias de todo lo que desconocían.

»Tal era la razón de que muchas mujeres se desvivieran por estar a su lado y recibir esas noticias. Los veían tan bellos que tenían miedo de que pudieran marcharse. Ya se sabe que, cuanto más amas a alguien, más desconocido te parece su corazón y más temes, por tanto, que te pueda abandonar. Por eso ellas no se cansaban de mirarlos. Cuando los niños verdes iban por la calle arrastrando los pies, cuando se acercaban a los toros bravos sin manifestar temor alguno, cuando iban a la escuela y al recorrer el largo paseo bordeado de árboles sus cuerpecitos parecían tener la levedad y el color de las hojas que flotaban sobre sus cabezas. Era como si hubieran cogido a unas criaturas del bosque, unos cervatillos o unas ardillas, y les estuvieran enseñando a comportarse como si fueran niños. Y se sabe que una mujer, si se empeña, puede transformar en un niño hasta al gato que entra por su ventana. Por eso les vestían con ropas llenas de colores y les lavaban la cabeza para que sus rizos brillaran aún más, de forma que, cuando pasaban, la gente se les quedaba mirando como si fueran el cortejo de un rey. Y les gustaba, sobre todo, acercarse por las noches a la cabaña donde vivían, para ayudarles a acostarse. Cuando por fin se dormían, sus cuerpecitos verdes desprendían una luz que en todo recordaba la de las luciérnagas del bosque, y se pasaban las horas muertas contemplándolos, mientras se preguntaban quiénes podían ser, si tendrían madres y padres como los otros niños, y si habría en otros lugares del mundo seres tan encantadores como ellos.

»Y esta era la razón de que en el pueblo empezaran a odiarlos, sobre todo los hombres, que se rebelaban contra el poder que tenían sobre sus mujeres, que desde que los niños estaban a su lado se desvivían por correr a su encuentro y se olvidaban hasta de hacer la comida, planchar la ropa y de las otras tareas de la casa.

»—¿Qué queréis? —les decían cuando ellos protestaban—. ¿Acaso somos vuestras esclavas? No estamos aquí para serviros.

»Solo querían estar con aquellos niños, porque era como si solo

ellos supieran lo que escondían en sus corazones y les dijeran que tenían que aprender a escucharlos. Y empezaron a escuchar las cosas que esos corazones les pedían, y que nunca se habían atrevido a escuchar: que se subieran a las ramas de los árboles, que se bañaran desnudas, que por las noches se acercaran al puerto para escuchar las historias de los marineros, y que, si alguno de ellos les gustaba, se fueran sin dudarlo con él. Y todo esto desquiciaba a sus maridos, padres y hermanos, que desde que estaban aquellos niños en el pueblo sus mujeres se olvidaban de atender sus obligaciones, que hasta hubo un día en que no hubo pan en el pueblo porque la panadera se había ido con otras mujeres al bosque para contemplar las piruetas de aquellos pequeños entre los árboles. «Si un ángel desciende a la tierra, ¿no lo dejarías todo para estar con él?», cuentan que la panadera le contestó a su marido cuando este le reprochó que hubiera desatendido su negocio y ese día no hubiera amasado la harina ni echado leña al horno para hacer pan. El desorden cundió en el pueblo y hasta los mismos niños dejaron de ir a la escuela, con el consentimiento de sus madres, a las que complacía verlos en compañía de los niños del bosque, y no podían evitar que se les escapara un suspiro de alivio cuando los veían juntos, como si nada desearan más que sus hijos llegaran a ser como ellos.

CAPÍTULO 22

Las novias de los jóvenes verdes

—Y aún sucedería algo que complicaría las cosas todavía más. Un grupo de muchachas desapareció en el bosque. Eran muy jóvenes y, según se sabría luego, habían conocido a un grupo de jóvenes verdes y se reunían a escondidas con ellos en un lugar llamado las Piedras Negras. Todo había empezado porque dos amigas que andaban en busca de avellanas se encontraron con uno de los muchachos y empezaron a quedar a escondidas con él. Se lo contaron a sus amigas, que no tardaron en convencerle de que las llevara a conocer su pueblo. Pensaban volver ese mismo día, pero lo que vieron las cautivó de tal forma que no encontraban el momento de regresar. Era difícil volver a ser la que eras después de haber estado en un mundo donde eran posibles cosas que en el suyo eran inimaginables, como volar entre las copas de los árboles en los brazos de uno de aquellos muchachos. ¿Cómo renunciar a una felicidad así? No, no podían hacerlo, por lo que, a pesar de sus buenos propósitos, no hacían sino demorar un día tras otro la decisión de volver.

»Sus padres decidieron ir en su busca. Sabían que estaban con aquellos muchachos, pues un leñador los había visto repetidas veces en el bosque. Ese mismo leñador había descubierto la entrada del desfiladero por el que desaparecían, y aquel grupo de hombres decidió seguirles. Al otro lado se encontraron con el pueblo verde. Construían sus cabañas en los árboles, y se alimentaban solo de vegetales, pues vivían en tal armonía con los animales que les resultaba inconcebible que se les pudiera matar. Eran muy aficionados a la música, que tocaban con instrumentos que ellos mismos tallaban con madera, pues

eran extraordinariamente hábiles con las manos, con las que también modelaban en barro todo tipo de delicadas figuras, que dejaban, como misteriosas ofrendas, en los rincones más escondidos del bosque. Apenas hablaban, pues parecían amar el silencio por encima de todas las cosas, y se comunicaban con gestos que acompañaban de misteriosos chasquidos que hacían con la lengua. Y allí encontraron a las jóvenes que se habían fugado. No se querían ir, pero las obligaron a hacerlo a la fuerza. Regresaron entre lágrimas, y al menos a un par de ellas tuvieron que llevarlas atadas, pues no se querían separar de sus amigos.

»Ya de regreso en su pueblo, se escaparon de nuevo, pero estaban vigilando la entrada del desfiladero y las detuvieron cuando lo iban a cruzar. Sus padres y hermanos, no sabían qué hacer para retenerlas a su lado, y, conscientes del poder turbador que aquellas criaturas tenían sobre ellas, y al objeto de prevenir unas fugas que parecían inevitables, tomaron una decisión: visitar de nuevo aquel pueblo y pedir a sus jefes que abandonaran la isla. Se habían instalado en aquel terreno sin pedirles permiso, y había llegado el momento de que regresaran al mar. No era la primera vez que les sucedía. Llevaban vagando por el mundo desde que se vieron forzados a abandonar su propia isla a causa de la violenta erupción del volcán. Desde entonces habían buscado sin éxito un lugar donde quedarse, porque antes o después sus sorprendentes conductas se transformaban en una fuente de problemas que provocaba el rechazo de todos.

Round el Boxeador hizo una pausa en que aprovechó para beberse dos jarras más de cerveza.

—Traed un ángel del cielo, y llevadle a un pueblo cualquiera de este mundo. Veréis como no paran hasta cortarle las alas —sentenció, soltando una risotada—. Y eso fue lo que le sucedió al pueblo verde en aquella isla. De forma que, cuando un grupo de hombres armados se presentó para exigirles que se fueran, ellos abandonaron la isla sin protestar y no se les volvió a ver. Puede que encontraran otra isla donde ocultarse y que tal vez vivan aún allí, amparados por la frondosidad de la selva; o puede que una terrible tormenta hundiera sus barcos y que todos se ahogaran. El caso es que nunca más volvieron a tener noticias de ellos.

»Claro que esto tampoco es del todo cierto —dijo Round, que a esas alturas de su relato se había bebido ya varias jarras de cerveza—. Y lo digo por algo que había pasado en la isla antes de que la abandonaran, algo que tenía que ver con aquellas chicas que se

escaparon de sus casas. Porque al menos cuatro de ellas se habían quedado embarazadas, y los niños que nacieron un tiempo después tenían las palmas de las manos y las plantas de los pies de color verde. Un color que no solo se intensificaba con el sol, sino que llegaba a extenderse por todos sus miembros en vecindad de los árboles, que era como si tomaran de ellos el color verde de la clorofila.

»La cosa no quedó ahí, sino que al presenciar el extraño fenómeno el consejo de ancianos se reunió con urgencia para ver qué decisión tomar, ya que aquellos bebés parecían haber llegado al mundo para perturbar la paz de los habitantes de aquel pueblo, alterando sus ancestrales costumbres. Se habló de llevarlos a otra isla para venderlos, incluso de arrojarlos al mar para alimento de tiburones y orcas, pero la decidida oposición de las mujeres, especialmente de sus madres, lo impidió, pues ¿cómo iban a matar a unos inocentes bebés? ¿Qué culpa tenían ellos de haber nacido así? Llegaron a un acuerdo por el cual se prohibía a las madres que llevaran los bebés al bosque, y se las obligaba a vestirlos con guantes y con caperuzas que les cubrieran la cabeza y el rostro, que impidieran su exposición al sol.

»Y esta es la razón —continuó Round— de que hayáis visto por el pueblo a niños cubiertos con caperuzas, y de que tengan prohibido aproximarse al bosque, aunque ellos se las arreglen para burlar esas normas, y siempre que pueden se internen bajo los árboles para recuperar algo de la vida del pueblo verde del que proceden.



Y, tras escuchar esto, Gabriel recordó su encuentro con los niñitos desnudos que corrieron a esconderse a su llegada a la isla, y cuánto deseó seguirles para ver qué hacían. Pero el color de sus cuerpos se confundía con el color de los árboles y las plantas, y enseguida los perdió de vista.

—Siempre era así —continuó el posadero—. Al internarse en el bosque recuperaban poco a poco el color verde y con él las facultades de sus antepasados, y podían dar saltos prodigiosos, brillar en la oscuridad como las luciérnagas y bucear en el lago sin necesidad de sacar la cabeza para respirar. Todo esto dura hasta que cumplen doce años. Entonces su cuerpo se apaga y se transforman en chicos y chicas como los demás. No obstante, pervive en ellos algo de esa antigua naturaleza, y siguen conservando la timidez y la delicadeza que tuvieron de niños, y les basta con acariciar un animal para que este les siga sin temor, algo que también les pasa con las personas que quieren, que no hay amantes más dulces cuando duermes con ellos, y una vez que lo has probado solo quieres repetirlo una y otra vez.

CAPÍTULO 23

Una fotografía

Tras terminar su historia, Round el Boxeador se quedó dormido sobre la mesa. ¡Había bebido demasiada cerveza y apenas podía mantener los ojos abiertos de lo mareado que estaba! Puck le dijo a Gabriel que se tenían que ir, pero que le esperara un momento en el prado que había junto a la iglesia porque antes tenía que hacer un recado. Y al instante se alejó volando. Parecía mentira que un cuerpo tan grande pudiera moverse por el aire con tanta facilidad. Gabriel caminó hasta la iglesia y vio a uno de aquellos niños con caperuza. Estaba entre los árboles y le hizo señas para que se acercara. Era una niña, y al llegar a su altura le enseñó las manos. «Las he tenido al sol», le dijo. Eran de color verde suave, y brillaban como las hojas mojadas de rocío.

—Mira lo que puedo hacer —le dijo.

Y le bastó con juntar sus palmas para empezar a desvanecerse hasta desaparecer ante sus ojos. Gabriel buscó a un lado y otro sin encontrarla. Dudaba si lo que había visto era real o un sueño cuando la niña le llamó.

—Estoy aquí, aquí.

Y la vio materializarse ante sus ojos.

—También puedo hacer esto.

Y, extendiendo esta vez la niña sus manos, con las palmas hacia abajo, Gabriel vio cómo se despegaba lentamente del suelo y se quedaba flotando en el aire. Entonces una fuerza misteriosa le hizo a Gabriel ascender en el aire hasta situarle a la altura de la niña. Era como si le hubieran partido por la mitad, y estuviera flotando en el aire con aquella niña, y a la vez detenido en el suelo, como si el que estaba en el suelo fuera la sombra del que volaba. Y le pareció que su

yo auténtico era el que estaba en el aire. Oyeron voces de gente que se acercaba, y cuando quiso darse cuenta estaba de nuevo en el suelo.

—Me tengo que ir —le dijo la niña.

Le brillaban intensamente los ojos, y Gabriel se acordó de una vez que, yendo con su madre, se habían encontrado con un potro que, al verlos, corrió a su encuentro y se detuvo, excitado, a unos pasos de ellos. Su madre le dijo que le habían separado de los suyos y los estaba buscando.

—¿Quieres que te escriba algo? —le preguntó con la misma expresión de locura que aquel potro. Y se puso a escribirle algo en el brazo con la punta del dedo.

Gabriel no sabía qué hacer. Le gustaba el contacto de aquel dedo en su piel, pero no sabía qué le estaba escribiendo. Poco a poco le fue invadiendo el sueño. Le pareció que, mientras en la superficie éramos una cosa, por debajo estábamos plagados de agujeros y cuevas donde pasaban cosas que luego no sabíamos explicar. Ahora estaba con esa niña en una de esas cuevas. Y allí oyó una voz que le decía.

—Arriba, perezoso.

Abrió los ojos y vio a su madre a su lado. Estaba pasando el dedo sobre su brazo para despertarle, y las cosquillas que sentía se confundían con las que la niña de la caperuza le hacía en su sueño. Sintió pena de haberse despertado tan pronto y no haber podido leer lo que aquella niña había escrito en su brazo.

—Mamá —le preguntó a su madre—, ¿por qué las cosas más bonitas pasan tan deprisa?

—No lo sé —le contestó ella—. Puede que sea porque solo se ama de verdad lo que no te pertenece y lo puedes perder.

Gabriel saltó de la cama y se refugió en su regazo como si aún fuera un bebé.

—Yo nunca dejaré que te vayas —le dijo.

—Lo harás, claro que lo harás. Todos los niños, cuando crecen, se tienen que separar de sus padres. Yo también me tuve que separar de los míos.

Gabriel se acordó de la fotografía que había en el salón, en la que se veía a su madre de niña. Todo lo que llevaba puesto era blanco: su vestidito, sus calcetines, los lazos de sus coletas. Estaba en un parque, junto a sus padres, que la llevaban cogida de las manos. Él era muy apuesto e iba vestido con traje y corbata; y ella llevaba un sombrero muy lindo y sonreía como diciendo: «si alguien quiere saber qué es la felicidad que me lo venga a preguntar a mí». Y pensó en cuánto le

gustaría haber conocido a esa niña, y haber jugado con ella. Poder conocer a tu madre cuando era una niña ¿no era la cosa más absurda y bonita que se podía imaginar?

Ese día en el colegio estuvo muy distraído pensando en todas estas cosas, por lo que sus profesores le llamaron varias veces la atención y terminaron castigándole sin recreo. Tuvo que hacer un montón de cuentas en la pizarra, pero todas le salían mal, porque no podía dejar de pensar en cómo sería su madre cuando era una niña, y en cuánto le habría gustado conocerla y jugar con ella. Seguro que se pasaba el día perdida en sus fantasías, que en eso eran iguales los dos. Y recordó que le había contado que más que jugar a las muñecas, como hacían las otras niñas, lo que le gustaba a ella eran las historias de piratas y de islas perdidas donde buscar tesoros. Si lo pensabas bien, la idea de haberla conocido cuando era una niña y de poder jugar con ella no era tan disparatada. Al fin y al cabo, ¿no pasaba eso cuando los niños jugaban a las familias, que los padres y los hijos tenían la misma edad? Claro que también era bonito que fuera mayor que tú, y pudiera cogerte en brazos, y protegerte cuando tenías miedo. Una giganta que fuera a despertarte cada mañana y te preparara la ropa que tenías que ponerte: ¿podía desearse algo mejor? Pues eso le pasaba a él cuando lo primero que veía al despertar era la cara sonriente de su madre.

El día se le fue en estos pensamientos, y enseguida volvió a hacerse de noche. Le habían puesto muchos deberes, pero su padre, que era matemático, le ayudó a hacerlos, y enseguida estaba en la cama de nuevo. Desde que su amigo el dragón se presentaba en sus sueños solo quería quedarse dormido para volver a vivir con él nuevas aventuras. Ni siquiera esperaba a que se hiciera de noche, y hacía todo lo posible por quedarse solo y quedarse dormido donde pillaba, que hasta una vez le encontraron dormido en el descansillo de las escaleras, y otra, debajo de la mesa del profesor. Aunque el dragón no siempre comparecía cuando le llamaba, por lo que había llegado a pensar que también se presentaba en los sueños de otros niños, y que tenía que repartir su atención entre todos, lo que, dicho sea de paso, no le sentaba nada bien, pues quería tenerlo para él solo.

Pero esa noche no fue así y Puck acudió a su encuentro tan pronto se quedó dormido. Y su aventura tuvo que ver con la fotografía en la que se veía a su madre de niña. Era como si el mundo real y el de los sueños estuvieran comunicados, y lo que pasaba en uno de ellos influyera misteriosamente en el otro. Porque ¿esa niña dónde estaba?, ¿dónde estaban los niños que las personas mayores habían sido antes

de crecer? Porque estaba claro que en algún sitio debían de estar.

—Cuando las personas se hacen mayores —le dijo Puck cuando se lo preguntó—, los niños que fueron no desaparecen del todo, sino que siguen viviendo en una isla donde no existe el tiempo. Se llama la Isla de los Niños Perdidos y es allí donde vamos a ir esta noche para que la conozcas.

Gabriel, que no podía olvidar aquella fotografía, le preguntó si podría encontrar en ella a su madre cuando era una niña como él, y Puck le contestó que sí.

—El pasado y el futuro son la misma cosa —le dijo—. Todo lo que ha existido una vez existe para siempre en el mundo de los sueños.

Gabriel pensó en lo hermoso que sería poder encontrarse en ese mundo con su madre niña, y poder enseñarle su espada de palo de serpiente. Pero entonces se dio cuenta de que no la tenía consigo, y que si quería que ella la viera debían ir primero en busca de Adriano para recuperarla, lo que hicieron al momento, cuando se lo dijo al dragón. Qué extraño y maravilloso era el mundo, pensó mientras volaban por encima de las nubes; nunca terminabas de conocerlo. Y entonces se dio cuenta de que todos aquellos países que habían visitado estaban habitados por niños: pequeños bebés insaciables, niños que solo existían en el pensamiento de los niños reales, niños verdes dotados de facultades desconocidas, niños que aún no habían nacido, niños que se perdían en la noche de los tiempos cuando sus yoes adultos se olvidaban de ellos. Y mientras volaban una imagen vino a su pensamiento: su madre estaba en su cuarto ordenando su armario. A todas las madres les gustaba colocar las ropitas de sus hijos: las camisetas, con las camisetas; los pantalones y las chaquetas, en sus perchas; los calcetines y los calzoncillos, en los cajones. Era como si quisieran poner un poco de orden en sus vidas para que no se hirieran con su locura.

CAPÍTULO 24

La madre oca

El tiempo se le fue en estos pensamientos, y cuando quiso darse cuenta estaban en los acantilados donde vivía Adrianito. Puck descendió junto a su cabaña. Le llamaron, pero no contestó. «Seguro que está luchando contra los alcatraces», dijo Puck. Pero no, no estaba luchando, sino durmiendo en el techo de su cabaña. Cuando dormía, empezaba a ascender por el aire hasta que un obstáculo cualquiera —las ramas de un árbol, el techo de su cabaña— le retenía en la tierra. Más de una vez se había ido por los aires y se había despertado dentro de una nube. Era peligroso, porque las nubes rara vez estaban quietas. Según Adrianito, eran las grandes aventureras de la tierra, y también, los colchones más suaves que existían. El problema era que, cuando te dormías en una de esas nubes, nunca sabías dónde te ibas a despertar.

Gabriel se subió a la mesa y con el palo de la escoba despertó a Adriano, que bajó al momento del techo para reunirse con él.

—Vengo a por mi espada de palo de serpiente —le dijo Gabriel.

Adriano ya no tenía excusa para quedársela más tiempo, pues desde su última pelea los alcatraces no habían vuelto a aparecer por allí. Se la devolvió con pena, pues le había prestado un gran servicio.

—No veas a cuántos pajarracos he desplumado con ella y lo ridículos que se quedan. Desaparecen en un abrir y cerrar de ojos.

Se sentaron a desayunar. Había leche abundante, mantequilla y pan. Todo lo preparaba Adrianito, cuyo sueño era poner un restaurante encima de una nube. Los clientes podrían admirar el paisaje mientras comían.

—Y ¿cómo los llevarías hasta allí? —le preguntó el dragón.

—El problema no era llevarlos —le contestó—, sino conseguir que no se dieran un buen trompazo cuando los dejabas solos.

Gabriel aprovechó para preguntarle por qué podía volar.

—Es muy sencillo —le contestó Plumita—: porque mi madre era una oca.

Y, tras descender del techo en busca de las fresas que estaban sobre la mesa, se puso a contarles su historia.

—Sí, mi madre no era una mujer como las demás, sino una oca. Todos los días bajaba con sus compañeras a refrescarse a una pequeña laguna. Y mi padre, que era leñador, las vio descender una tarde en busca de gusanos, ranas y culebras. Se acercó cauteloso y lo que vio le dejó mudo de asombro, pues las ocas se habían transformado en un grupo de jóvenes que se bañaban desnudas. Colgados de las ramas de los árboles cercanos, estaban sus vestidos de plumas. Eran muy hermosas y no paraban de jugar y gritar. Capturaban peces y culebras que se llevaban a la boca y se tragaban sin masticar, mientras sus ojos brillaban con una intensidad salvaje. Pasado un largo rato, salieron de la laguna y, tras ponerse los vestidos de plumas, volvieron a transformarse en ocas y se fueron volando. Mi padre nunca había visto nada igual, y empezó a ir a la laguna cada día para presenciar aquella transformación, lo que sucedía invariablemente al atardecer. No se cansaba de mirarlas, que es como cuando uno ve nevar por primera vez y no puede apartar los ojos de los copos que caen y todo lo cubren de blanco. Pues a él le pasaba lo mismo con aquellas jóvenes, y, al contemplar sus gestos delicados y el brillo de sus ojos cuando capturaban las presas, se preguntaba quiénes eran y de dónde habían podido salir, que por más años que llevaba allí viviendo nunca había visto unas criaturas semejantes. Todo lo que hacían estaba revestido de una extraña comicidad, que era cosa de ver cómo cuando una se echaba a andar todas las otras la seguían en fila, o cómo buscaban la alfalfa entre las plantas que por allí crecían para comerse sus hojas y sus flores violetas. Si una se cansaba y no quería participar en sus juegos, las otras se ponían a graznar animándola a que lo hiciera. Pero también a veces se enfrentaban entre ellas por algo que una quitaba a la otra, y se atacaban ferozmente, golpeándose con la cabeza y las manos, lo que solo duraba unos segundos, pues enseguida volvían a estar juntas sin mayores problemas. Y él solo tenía ojos para mi madre, que era a la vez la más delicada y feroz de todas ellas, y se preguntaba lo que tenía que ser casarse con ella.

»Pero estaba llegando el invierno, y sabía que las ocas tendrían que migrar hacia el sur en busca de tierras más cálidas, y la idea de que mi madre pudiera irse con sus compañeras le hizo tomar una decisión:

robarle el vestido de plumas mientras se bañaba y, cuando sus compañeras corrieran a ponerse los suyos y volvieran a transformarse en ocas, ella no podría hacer lo mismo y se vería obligada a conservar su forma humana.

»Así lo hizo, y le robó su vestido de plumas. Todas se fueron volando y ella se puso a proferir gritos estremecedores mientras las veía perderse en la inmensidad del cielo. Mi padre salió de su escondite y, aunque al principio ella no quería que él se acercara, y empezó a mover los brazos arriba y abajo, como si sus brazos fueran alas, al ver que no quería hacerle daño, pronto se dejó convencer. Le prometió que volverían al día siguiente para buscar a sus compañeras, y, tras cubrirla con su camisa, pues estaba completamente desnuda, la llevó a su casa a descansar. Se estaba haciendo de noche y temía los ataques de los lobos.

»Volvieron en los días siguientes, pero empezaba a hacer frío y las ocas habían partido hacia el sur. Mi madre estaba desesperada pensando que no las volvería a ver, y mi padre la tranquilizaba diciendo que regresarían en primavera y que podría volver a reunirse con ellas. Tenía una cabaña solitaria, a la entrada del bosque y fue allí donde la llevó. Al principio mi madre oca rechazaba la comida, y se pasaba gran parte del tiempo llamando con sus graznidos a sus compañeras, pero poco a poco se fue acostumbrando a vivir allí. Mi padre solo vivía para complacerla. Le enseñó a hablar, y las otras costumbres humanas. A vestirse, a comer con cuchillo y tenedor, a dormir en una cama, a lavarse el pelo. Y así, en poco tiempo, todos la confundían con una muchacha como las que había en el pueblo, salvo por aquellas membranas que unían los dedos de sus manos, y que eran un vestigio del tiempo en que había sido una oca. Mi padre le fabricó unas manoplas, para que la gente no pudiera ver sus dedos palmeados cuando bajaba al pueblo.



»De su vida de oca también conservaba aquella forma tan graciosa de andar, entre distraída y tambaleante, que tanto llamaba la atención de los niños, que la seguían fascinados por las calles, atentos a cada uno de sus actos. Y es que, a pesar de su aspecto, había en ella cosas que no casaban con la conducta de las otras muchachas. Y así, tan pronto la veían encaramada a las ramas de un árbol o sentada en el cauce del arroyo como capturar los caracoles o las ranas de las charcas y comérselos como si fueran el más exquisito manjar. Cuando algo la contrariaba, emitía unos sonidos que en todo recordaban los graznidos de los patos y las otras aves acuáticas, y en los días de sol la veían caminar por las calles mirando absorta su sombra, como esperando ver en ella la forma de sus alas cuando desde las alturas las veía proyectarse en el suelo.

»Mi padre había escondido el vestido de plumas en una cueva de la montaña y, a veces, lo iba a ver. Le bastaba con acercarse a él para que este empezara a moverse levemente, y desprendiera una luz misteriosa, como si estuviera vivo y le pidiera que se lo pusiera. “Si lo haces”, le decía, “podrás volar como los pájaros”. Pero él se iba de allí, apartando de su pensamiento aquella tentación, porque era muy feliz con mi madre, a pesar de sus rarezas, y no quería que nada le separara de ella. Fue pasando el tiempo, y un día la tripa de mi madre empezó a crecer y ella supo que iba a tener un hijo, lo que le llenó de felicidad. Empezó a comportarse de forma extraña. No quería que mi padre la tocara, se pasaba mucho tiempo fuera de casa, y volvía con las manos y el vestido manchados de barro. Él la estuvo espiando y descubrió que entre los juncos había hecho una profunda depresión en el suelo, cubierta de material vegetal, que le recordó los nidos que hacían algunas aves. Pero ella ¿para qué lo querría?

»Un día, al volver del bosque cargado de leña, vio que aquella tripa había desaparecido, pero por más que buscó al bebé no lo pudo encontrar. Corrió a preguntárselo a ella. “El niño: ¿qué has hecho con nuestro hijo?”, le dijo fuera de sí. Pero ella empezó a hacer movimientos extraños con la cabeza, como si quisiera atacarle dándole picotazos, como hacían las ocas. Él huyó asustado de la casa. No sabía qué hacer, ni a quién pedir ayuda. ¿Dónde estaba el bebé? Sabía que, si no lo encontraba, pronto se moriría. Y se acordó de aquella depresión que había visto hacer a mi madre en el suelo, y que había cubierto de vegetales y plumón. ¡Claro: era un nido y el bebé debía de estar en él!, pensó. Corrió hasta la orilla del río y, en efecto, allí estaba

mi madre sentada. Pero para su sorpresa mi madre no había tenido un niño como las otras muchachas, sino que había puesto un huevo, que ahora estaba incubando con el calor de su cuerpo.

»Ella ya no volvió a la cabaña, pues no había forma de separarla de aquel huevo. Se tumbaba sobre él y, abrazándolo con brazos y piernas, le daba el calor de su cuerpo para que la criatura que guardaba dentro terminara de formarse y pudiera nacer. Mi padre la llevaba de comer, y, cuando ella quería hacer algo, él ocupaba su lugar y, metiéndose el huevo por debajo de la ropa, le daba calor con su cuerpo.

—Y así fue como, turnándose en esa tarea, un buen día, nací yo —continuó diciendo Adriano—. Me costó bastante hacerlo, pues la cáscara del huevo era muy dura y tuve que romperla con los puños. Pero ya sabéis que no hay nada que no pueda hacer un niño tan fuerte como yo.

En ese momento vieron un caracol que avanzaba lentamente por la hierba con los cuernecitos erectos, como si estuviera buscando algo. Iba dejando a su paso una estela plateada.

—Lo de poder volar —continuó diciendo Adriano— es algo que he heredado de mi madre. Bueno, también mi afición a los caracoles.

Y en un movimiento rapidísimo Adriano echó mano al caracol y se lo metió en la boca con cáscara y todo.

El tiempo que vino después, continuó contándoles, fue el más feliz de sus vidas. A su madre le gustaba visitar a las otras mujeres para que sus hijos jugaran juntos. Ella apenas hablaba, pero le gustaba escucharlas y sentirse una más a su lado. Fue una tarde, al cumplir los dos años, cuando él descubrió el poder de volar. Corría detrás de sus amiguitos cuando todos empezaron a gritar, porque estaba flotando en el aire. No había ningún adulto cerca, y su madre pudo cogerlo y devolverlo al suelo. Ella tenía miedo de que descubrieran que no era un niño como los demás y le hicieran la vida imposible. A partir de ese momento, no se separaba ni un solo momento de él, y lo llevaba de la mano a todos los sitios. Pero era rara la tarde que no se internaban juntos en el bosque, y, tras buscar el lugar más solitario, lo dejaba volar a su antojo. Era como si, al verlo en el aire, algo de su antigua naturaleza de oca regresara a ella. Claro que ataba una cuerda a uno de sus tobillos, para que no se pudiera ir más lejos de la cuenta. Tenía miedo de que no quisiera o no supiese volver con ella. A los seres que volaban les bastaba con probar la libertad del aire para olvidarse de lo que habían vivido en la tierra.

Cada año, al llegar la primavera, regresaban las ocas que venían

huyendo del invierno de los países del norte. Entonces su madre se reunía con ellas, ya que estas la reconocían. No podía existir en el mundo nadie más feliz. Le llevaba con ella al lugar donde anidaban sus compañeras, y le animaba a jugar con sus polluelos. Pero los días pasaban de prisa, y muy pronto les llegaba la hora de reemprender su viaje hacia el sur, y la laguna se quedaba vacía. La desolación de su madre era tan grande entonces que se pasaba semanas enteras sin levantarse de la cama, y hasta se negaba a comer, pues lo que habría deseado era marcharse con ellas. Ni él ni su padre sabían qué hacer para consolarla, y una tarde este último le confesó a Adriano que fue él quien le había robado a su madre su vestido de plumas para que no se fuera. Y le prometió que cuando él cumpliera siete años, y ya no necesitara los cuidados de una madre, la dejaría marchar. Y eso hizo cuando llegó aquel momento. Se fue a por el vestido que guardaba escondido en la cueva y se lo devolvió a su madre. Y a esta le bastó con ponérselo para transformarse en una oca y, tras reunirse con sus compañeras, partir con ellas en busca de su verdadera vida.

Y, a pesar de que ella les prometió regresar, no volvieron a verla. Puede que muriera de frío, o que la atacara un lobo, o puede que simplemente se olvidara de ellos. No, eso no. Él pensaba que algo había tenido que pasarla, pues de otra forma habría vuelto con ellos, pero no se puede cambiar lo que te dan, no se puede alterar ni domeñar lo que está dispuesto para ti, y eso era lo que les había tocado. Un tiempo después también su padre murió. «No estés triste», le dijo a Plumita en su lecho de muerte. «Podré por fin volar y reunirme en el cielo con tu madre y las otras ocas».

Así terminó Adriano su relato, momento en que varios frailecillos se acercaron a la cabaña para pedirle excitados que los acompañara. Se había producido un litigio en la colonia y le pedían que fuera a poner orden de nuevo.

—No me digáis más —les contestó Adrianito—: otra vez los huevos, ¿verdad?

Los frailecillos asintieron con la cabeza.

—Me tienen harto —les dijo Adriano a Puck y a Gabriel—. Las hembras se empeñan en cambiarse los huevos unas a otras, por pensar que los de sus vecinas son más hermosos que los suyos, y andan a la gresca todo el día. Pero ¿sabéis una cosa? Esos huevos son tan iguales que no hay forma de distinguirlos entre sí. Decididamente son los pájaros más bobos que he conocido nunca.

Antes de irse, Adriano le devolvió a Gabriel su espada de palo de

serpiente, y enseguida reemprendieron su viaje. No había ni una sola nube, y el aire estaba tan quieto que parecían haber entrado en un mundo sin tiempo.

—Oye, Puck —le pregunto Gabriel al dragón—, cuándo la gente se muere, ¿adónde va?

—Eso nadie lo sabe. Aunque hay quien dice que siguen aquí en el mundo, aunque nosotros no podamos verlos. Y que, sobre todo por las noches, cuando todos duermen, les gusta entrar en las casas donde vivieron y quedarse mirando las cosas. Todo lo que hay en ellas les llama la atención. Un albornoz colgado detrás de la puerta, un maletín en la entrada, los zapatos tirados junto al sofá, el ruido de la lavadora en la cocina. Todo lo contemplan con ojos maravillados. Si es una madre la que se ha muerto, le gusta visitar el cuarto de su hijo pequeño, y se le queda mirando mientras duerme. Y le gusta abrir las puertas del armario para ver su ropita y comprobar si está doblada como ella lo hacía. No se les puede ver, ni hacen nada para hacerse notar, pero les gusta sentir que se les echa de menos. Según parece, así como nosotros los seguimos necesitando, también ellos nos necesitan a nosotros.

CAPÍTULO 25

La Isla de los Niños Perdidos

Esa noche volaron tan cerca de las cumbres de las montañas que podían ver la sombra que proyectaban en los prados y las rocas. Gabriel se acordó de cuánto le gustaba de pequeño contemplar la sombra de su cuerpo sobre las paredes y el suelo. Parecía tener una vida separada de la suya, como si en cualquier momento pudiera irse a vivir sus propias aventuras. La voz de Puck le sacó de sus pensamientos.

—Contén la respiración —le dijo—, que vamos a pasar un túnel.

Se acercaban a una inmensa pared de roca, en la que no tardaron en divisar la boca de un túnel. Parecía demasiado pequeño para que cupieran por él, pero, antes de que Gabriel pudiera expresar sus dudas, se habían colado dentro. Las alas de Puck rozaban las paredes de roca, produciendo un sonido que recordaba el de las cañas de bambú agitadas por el viento. Volaron en la oscuridad completa, hasta divisar una luz, que se fue haciendo más grande hasta que lo invadió todo, y su intensidad le hizo cerrar los ojos. Habían llegado a un valle inmenso, cubierto de infinidad de árboles. En los claros había casas y edificios de todo tipo: palacios, templos, pirámides, teatros, catedrales… Esos núcleos construidos estaban unidos entre sí por senderos de tierra blanca por los que paseaban decenas de figuras diminutas.

—Estamos en la Isla de los Niños Perdidos —le dijo Puck—. Estos que ves son los niños que los adultos dejan atrás cuando crecen.

Gabriel pensó en la fotografía en que se veía a su madre de niña, y que se había guardado en el bolso para poder enseñarla. ¿Podría

encontrar esa niña allí?, se preguntó.

Descendieron en un prado y varios niños corrieron a verlos. Ninguno pasaba de los cinco o seis años. Los había de todas las razas y de todos los tiempos y culturas. Una chinita se acercó a acariciar al dragón.

—¡Qué guapo es! —exclamó.

Se acercaron otros niños. Uno estaba vestido con túnica, otro llevaba una armadura y una espada romana, otros iban vestidos de marineros o llevaban revólveres y sombrero como los vaqueros. Con las niñas pasaba otro tanto e iban vestidas de las maneras más inimaginables: una, con un tutú de bailarina; otra, con una túnica de colores, era negra y tenía el pelo lleno de pequeñas trenzas; otra más, llevaba sujeto a la espalda un arco con sus flechas. Era como si allí no existiera el tiempo, y todas las razas, las épocas y los oficios estuvieran mezclados.

—¿Podemos subir al dragón? —le dijo la chinita.

—¡Sí! —gritaron los otros niños—. Es lo que queremos.



Puck se tumbó en el suelo para que pudieran escalar a su lomo. Cuando ya estaban arriba, desplegó sus alas.

—Espera, espera —le dijo Gabriel, alzando los brazos para que no se echara a volar—. ¿Podré encontrar aquí a mi madre cuando era una niña como yo?

—Para eso te he traído aquí —le contestó el dragón, que, sin embargo, echó a volar con los niños que llevaba en su lomo, que iban cantando como si fueran de excursión.

Gabriel los vio desaparecer entre las nubes y echó a andar por uno de aquellos senderos. No sabía adónde iba y mientras caminaba se cruzó con otros niños. Uno de ellos llevaba un gran garrote e iba vestido con una piel de oso, como los trogloditas.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—No lo sé —le contestó Gabriel.

—Yo voy a ver a mi amigo Súho, un niño mongol. Me llamo Ursus. ¿Y tú?

Gabriel le dijo su nombre y decidieron caminar juntos. Súho era mongol, y Ursus se puso a hablarle de él. En Mongolia había más caballos que personas, y la gente hablaba con ellos y hasta les pedían consejo sobre las cosas que les preocupaban. Algunos de esos caballos eran sagrados; entonces podían cambiar de forma y tenían el poder de volar. Les ataban un pañuelo azul al cuello para que nadie los montara. Súho tocaba el violín. Se lo había fabricado él mismo con la cabeza de uno de esos caballos. Un hombre malvado lo había matado, y el caballo se presentó en sus sueños para decirle que construyera con su cuerpo un violín. Así podrían seguir juntos y no se sentirían tan solos. Súho hizo lo que le pedía y fabricó el primer violín hecho con cabeza de caballo. Con los huesos, hizo el mástil; con los pelos de su crin, las cuerdas; y con la piel hizo la caja de resonancia. Lo utilizaba para tocar canciones conmovedoras sobre su caballo.

Cuando terminó su relato, Ursus le preguntó a Gabriel qué hacía allí, y si podía ayudarle en algo. Gabriel le enseñó la fotografía.

—Estoy buscando a esta niña —le dijo, pero no les contó que era su madre antes de crecer.

Otros niños llamaron a Ursus, que se fue al momento sin ni siquiera contestarle. Gabriel empezaba a tener hambre y sed. El terreno estaba lleno de grandes dunas y oyó el rumor del mar. Las olas rompían contra las rocas y llegaban a la playa llenas de espuma. Un arroyo desembocaba en la arena formando un pequeño delta. Vio a varias

niñas jugando. Iban vestidas con túnicas cortas, atadas a la cintura con un cordón. Una de ellas se acercó a él. Llevaba el hombro desnudo y el pelo recogido en una redecilla. Se llamaba Nausícaa, y le preguntó si quería jugar.

—Necesitamos un niño para que haga de Ulises —le dijo.

El juego consistía en que ellas lo encontraban desnudo en la playa y corrían a auxiliarle. Lo lavaban y vestían, y lo llevaban a un prado donde le daban de comer. Y él les contaba la historia de su naufragio y de todos los infortunios por los que había tenido que pasar para llegar hasta allí. A Gabriel le pareció bien, y, tras desnudarle y cubrirle de barro, las niñas lo llevaron entre los juncos, donde él tenía que esperar a que ellas lo descubrieran.

—Cuando nos oigas gritar —le dijo Nausícaa—, tienes que salir de los matorrales, avanzar unos pasos y desmayarte en la arena.

Así lo hizo, y muy pronto le habían lavado y vestido, y le estaban dando de comer. Tenía mucha hambre y se comió todo lo que le daban.

—Dinos, bello extranjero —dijo Nausícaa cuando terminó—, qué oscuras aventuras has tenido que vivir hasta llegar con nosotras.

Los ojos de la niña brillaban como ascuas, y Gabriel se la quedó mirando. Tenía mucho sueño y todo lo que deseaba era dormir un poco. Pero la niña insistió:

—Cuéntanos tu historia.

—Cuenta, cuenta, niño de muchos senderos —repitieron las que estaban a su alrededor.

Gabriel conocía por su madre la historia de Ulises, y se puso a contarles las aventuras que había tenido que pasar, antes de regresar a su tierra. Les habló de su lucha con gigantes de un solo ojo; de aquellas flores que daban el olvido a quien las probaba; de una hechicera que transformaba a los hombres en cerdos; de las sirenas, cuyo canto era tan hermoso que los marineros terminaban estrellándose contra los acantilados por oírlo.

Al atardecer, las niñas le dijeron que tenían que volver.

—Vente con nosotras, si quieres. Es la fiesta de las tartas —le dijo Nausícaa.

Las otras niñas se fueron corriendo.

—¡Vamos, vamos —gritaban—, a la fiesta de las tartas!

Gabriel le preguntó a Nausícaa qué fiesta era esa.

—Traen tartas en bandejas y nos las tiramos unos a otros, hasta terminar cubiertos de merengue. Nos lo pasamos en grande.

Una de las niñas vino a buscarla, pero Nausícaa le dijo que se fuera adelantando, que enseguida iría con ellas. Era muy guapa y tenía un pelo lleno de rizos que la luz del sol hacía parecer de oro. La vieron correr detrás de sus amigas.

—Se llama Helena —le dijo Nausícaa—. Es el nombre de una reina que se enamoró de un guapo extranjero que había llegado a la corte, y se escapó con él, dejando plantado a su marido, un vejestorio con quien la habían casado a la fuerza.

Se detuvo un momento a recogerse el pelo.

—Me gustaría ser un chico como tú —le dijo—. Así no tendría que llevar este pelo tan largo. Es una lata.

Estaba a punto de amanecer. La luz del nuevo día, débil y blanca como la leche, se colaba entre las ramas de los árboles. Aunque Nausícaa caminaba a su lado, Gabriel evitaba mirarla. Temía que pudiera desaparecer, como pasaba con los elfos, las ninfas de las fuentes y los espíritus de la lluvia. Llevaba en el bolso la fotografía de su madre y se la enseñó a su nueva amiga.

—¿Has visto a esta niña?

Nausícaa se quedó un buen rato mirando la fotografía.

—Vaya, sí. Creo que la he visto, pero no sé dónde. Puede que en el Gran Teatro de Sombras.

Iba a preguntarle que qué teatro era ese, y dónde estaba, pero las otras chicas volvieron a llamarla y se fue corriendo tras ellas.

Gabriel volvió a quedarse solo. Sintió pasos a su espalda y, al volverse, vio que era un mago como los que salían en los cuentos.

—¡Eh, chico, espera! —gritó.

Cuando estuvo a su altura le preguntó que adónde iba.

—Al Gran Teatro de Sombras —le contestó Gabriel.

—Vaya, pues ya somos dos —dijo el mago.

Tenía una gran barba blanca, y vestía una túnica roja, que le llegaba a los pies. Llevaba en la cabeza un gorro cónico de color azul, cubierto de pequeñas estrellas doradas. Hacía un ruido extraño cuando caminaba, como si lo hiciera sobre el agua. Parecía sacado de la ilustración de un cuento; solo le faltaba llevar en la mano una varita mágica.

Un poco más adelante, alcanzaron a un soldado. Iba más despacio que ellos, pues le faltaba una pierna y tenía que andar apoyado en una muleta. Llevaba una casaca azul, con botones dorados, y uno de esos gorros cilíndricos, con visera, adornados en lo alto con una pluma. Les dijo que había pertenecido al ejército de Napoleón. También iba al

Gran Teatro de Sombras. Amaba a una bailarina, y esperaba encontrarla allí. Decidieron ir juntos. El soldado tropezó con una piedra y Gabriel corrió en su ayuda. Pesaba muchísimo y solo a duras penas consiguió que recuperara el equilibrio y no se cayera. Le cogió de la mano, pero casi no la podía levantar.

—Es porque soy de plomo —le dijo el soldado disculpándose.

CAPÍTULO 26

El Gran Teatro de Sombras

Un poco más allá se encontraron con una sombra. Estaba sobre el tronco de un árbol, y no se veía a su lado el cuerpo al que pertenecía. Les preguntó que adónde iban, y, cuando se lo dijeron, quiso saber si podía acompañarlos. Le habían dicho que en aquel teatro podía encontrar el cuerpo que andaba buscando. Llegaron a un claro cubierto por una gruesa alfombra de hierba verde. Había allí un árbol inmenso caído como un gigante de cuento, y se sentaron a descansar entre sus raíces. El soldado de plomo quiso saber más de aquel teatro, y el mago le dijo que era el teatro ambulante más grande del mundo, y que en él podría encontrar lo que andaba buscando. Todo lo que perdías estaba allí esperándote. Todas las cosas que amabas.

Gabriel vio cómo la sombra se ponía a jugar con la suya, y, cuando quiso darse cuenta, las dos corrían agarradas de la mano entre las frondas redondeadas de los helechos. Parecía la sombra de una niña, pues se veía la línea ondulante de sus coletas y el revoloteo de su vestido en sus piernas.

Reanudaron la marcha. Las dos sombras iban delante, y ellos —el mago, el soldado y él mismo— detrás. Las sombras no paraban de jugar. Se deslizaban por la arena, subían por los troncos de los árboles y se perdían entre sus ramas, para volver a aparecer en otro lugar, felices de haberse encontrado. Así era el mundo. Lo semejante buscaba lo semejante; todos querían estar con los que eran como ellos.

Gabriel empezó a observar que no se acordaba de las cosas. Iba a decir algo y no encontraba las palabras para hacerlo, ni se acordaba del nombre del teatro que estaban buscando, o por qué estaba con un

mago, un soldado sin una pierna y una sombra andando por aquel camino. No entendía qué mundo era ese donde podías encontrarte a seres así. Tampoco le apetecía hacer nada. Estaba muy cansado y solo quería dormir.

—Eso te pasa —le dijo el mago cuando se lo comentó— por haberte quedado sin sombra. Son ellas las que guardan la vida de nuestros deseos.

Y, en efecto, esa misma noche, cuando su sombra regresó con él, volvió a acordarse de todo. Hacía un poco de frío, y encendieron una hoguera para calentarse. El mago les preguntó si tenían hambre. Y todos dijeron que sí. Abrió la bolsa que llevaba a la espalda y sacó una longaniza. Luego un trozo de queso, pan, una manzana, un racimo de uvas… Cada vez que metía la mano en la bolsa sacaba algo de su interior. Todos estaban asombrados, pues lo que había allí dentro no parecía tener fin.

—¿Habéis oído hablar del País de la Cucaña? —les preguntó—. Allí no es necesario trabajar, y la gente vive entre ríos de vino y leche. Montañas de queso y lechones ya asados cuelgan de los árboles, y solo tienes que extender la mano y llevártelos a la boca. Esta bolsa procede de allí.

Comieron y bebieron hasta quedar hartos, momento en que oyeron que alguien se acercaba. Era un joven apuesto, aunque de extrema palidez, que iba cubierto con una capa, y al que invitaron a sentarse con ellos. Estaba hambriento y comió con abundancia sin perder su expresión soñadora. Solo utilizó uno de los brazos, ya que el otro lo mantenía bajo la capa. En un descuido, al ir a coger el vaso de vino, la capa se deslizó de sus hombros dejándolo al descubierto: el otro brazo era un ala de cisne. Todos se quedaron mudos de asombro, y el joven empezó a hablar.

—Soy hijo de un rey. Mi padre tuvo once hijos y una hija antes de quedarse viudo. Incapaz de atendernos a todos, no tardó en volver a casarse, y lo hizo con una mujer ambiciosa y cruel que desde el primer momento solo quiso apropiarse del reino. Tenía poderes maléficos y nos transformó en cisnes. A todos, menos a nuestra hermana, por temor a que el rey, que la adoraba, pudiera descubrir su maldad. Una noche, también ella huyó del palacio y se refugió en el bosque. No sabía qué había sido de nosotros, sus hermanos, y un hada se presentó en sus sueños para revelarle que aquella malvada nos había transformado en cisnes. Y que, para librarnos de aquella maldición, debía tejer en silencio para cada uno de nosotros una camisa de

ortigas. Bien podéis imaginar el sufrimiento que esto la causaba, pues las ortigas, que recogía entre las tumbas del cementerio, llenaban sus dedos de heridas. Mientras lo hacía, pasó por allí un príncipe y se enamoró de ella. La iba a ver cada día, pero ella no podía hablar para que las camisas que estaba tejiendo no perdieran su poder. El príncipe, que la creía muda, se casó con ella, y muy pronto ella se quedó embarazada y dio a luz a una preciosa niña. La reina se la robó, e hizo creer a todos que la había matado y enterrado en el bosque. Y, como ella no podía hablar para defenderse, la acusaron de bruja. La iban a quemar en el patio del palacio cuando descendimos del cielo y, al ponernos aquellas camisitas, recuperamos nuestro verdadero aspecto ante el asombro de todos. Así se conoció la verdad, y la malvada reina fue quemada en la hoguera.

»Pero a la última de las camisitas le faltaba una manga y fue la que me tocó a mí, por lo que mi transformación fue incompleta y seguí conservando un ala del cisne que había sido. Y debo deciros que al principio no me fue mal, pues a causa de aquella cualidad única todos se interesaban por mí. Especialmente las jóvenes, que no podían acercarse a mí sin que sus tiernos corazones se llenaran de preguntas. Porque ¿cómo sería ser acariciada por un ala como la mía?, ¿tendría hijos alguna vez?, y, en ese caso, ¿qué serían: cisnes o niños? Y, cuando llegara el tiempo de la migración, ¿me iría con las otras aves a los países del sur?

»Aquella ala me daba además el poder misterioso de ver cosas relacionadas con mi vida de cisne. Mis hermanos se habían olvidado de esa vida al recuperar su condición humana, pero yo conservaba intacta su memoria, y empecé a escribir poemas que causaban la admiración de todo el mundo. En esos poemas hablaba del amor, que entraba en tu corazón para dejarte sin pensamientos. Y entonces todo era posible, ¡hasta que una niña se enamorara de un chico que volaba! Y, cuanto más cultivaba aquella cualidad nueva, más deseaba recuperar mi antigua naturaleza, y poder viajar de nuevo con los otros cisnes sobre los bosques y los lagos contemplando los atardeceres radiantes. Este deseo me apartó de los demás. Dejé de ocuparme de mis obligaciones de príncipe, y vagaba por senderos y bosques dejándome llevar por lo primero que encontraba: un ciervo entrevisto en los matorrales, los reflejos del sol en un arroyo, los golpes de las hachas sobre los troncos de los árboles… Bajaba a los puertos y tomaba el primer barco que zarpaba sin preguntarme adónde me iba a llevar. Me convertí en un paria, un vagabundo, siempre en busca de

algo que no sabía definir. Fue en un oscuro tugurio junto a la costa donde oí hablar por primera vez del Gran Teatro de Sombras a un viejo marino. Estaba con otros como él, y a cada momento pedían más ron al cantinero, por lo que estaban bastante borrachos. Aquel viejo les decía que era el teatro ambulante más grande del mundo, un teatro casi ilimitado donde había trabajo para todos. Atraído por lo que contaba le pregunté si también yo podría conseguir un puesto allí. Pero el marinero estaba demasiado bebido y se quedó dormido sobre la mesa antes de poder contestarme. Fue el fin de mi conversación —continuó el joven— y la razón de que me haya detenido a hablar con vosotros para preguntaros por ese teatro.

Gabriel pensó en su amigo Plumita, y en que también este tenía dos naturalezas, la que le correspondía como el niño que era, y aquella otra de ave que había heredado de su madre oca, y que era la causa de que su cuerpo estuviera lleno de plumas.

Intervino entonces el soldado de Napoleón para decirle al joven que también ellos buscaban ese teatro, pero que ninguno de ellos sabía dónde estaba.

—¿Y cómo pensáis encontrarlo? —insistió el joven.

—El Gran Teatro de Sombras no se puede buscar —dijo el mago. Es él quien debe encontrarte a ti.

Pasaron allí la noche y, al reiniciar la marcha al amanecer, vieron a dos jóvenes caminando delante de ellos. No tardaron en alcanzarlas, pues una de ellas apenas podía andar.

—Ay, ay, ay —se quejaba con cada paso que daba.

La otra iba vestida de chico, pero enseguida se veía por sus gestos y su pelo lleno de rizos que era una mujer. Tenían hambre y les dieron de comer. La que estaba vestida de chico quiso saber adónde iban y, cuando les dijeron que al Gran Teatro de Sombras, les preguntó si podían acompañarlos, ya que también ellas lo estaban buscando. Y así fue como se sumaron al grupo dos miembros más.

CAPÍTULO 27

Los peregrinos

Caminaron el resto del día hasta llegar a un pequeño arroyo donde se detuvieron a beber agua y a descansar. Y llegó la hora de las confidencias, momento en que cada uno se puso a hablar de lo que esperaba encontrar en aquel teatro: el joven, la vida de cisne que añoraba; la sombra, el cuerpo que había perdido; el soldado de Napoleón, a la bailarina que amaba; y Gabriel, la niña de aquella fotografía, aunque se callara que esa niña era su propia madre antes de crecer.

Y por fin le tocó el turno al mago, que hasta ese momento había evitado hablar de sí mismo. Lo que esperaba encontrar en el Gran Teatro de Sombras era un árbol, les dijo. No un árbol cualquiera, sino uno nacido de la magia. Y pasó a contarles su historia. Siendo ya muy anciano conoció a una joven muy hermosa, de la que se enamoró. Y se puso a enseñarle los encantamientos más poderosos a cambio de que se convirtiera en su amante. Incluso llegó a construir para ella un palacio en el fondo de un lago. Pero con el tiempo aquella joven, a la que todos llamaban la Dama del Lago, empezó a temerle, pues consideraba sus poderes obra del demonio, y le preguntó cuál era el hechizo para atrapar a un hombre. Él se lo confesó y la joven hechicera le aprisionó en el tronco de un árbol en el que ella podía entrar y salir cuando quisiera. Pasó el tiempo y quiso la fortuna que un mago que pasaba cerca, al oír sus gritos, le liberara del encantamiento. Buscó a la joven, pero por más vueltas que dio todo fue inútil. Y decidió buscar aquel árbol con la esperanza de volver a encontrarla. Pero también el árbol había desaparecido. Fue entonces cuando oyó hablar del Gran Teatro de Sombras. «Es el paraíso de los magos», le dijeron. «Allí todos encuentran trabajo». Y decidió partir en

su busca por ver si en alguna de sus pistas estaba actuando su amada.



A todos les conmovió la historia del mago. Era ya un anciano y daba pena que anduviera perdido por los caminos buscando un teatro que no se sabía si era real. Un teatro donde seguían vivos todos los sueños humanos. ¿Podía existir un lugar así? La melancolía se estaba apoderando de ellos cuando el soldado de Napoleón se volvió a las jóvenes con las que se acababan de encontrar y les preguntó qué era lo que ellas andaban buscando.

Fue la que iba vestida de chico la que habló. Y, en vez de contarles su historia, se puso a contarles la de su compañera muda. Esta misma se la había contado con dibujos que había hecho con un trozo de carbón en la pared. No podía andar porque en realidad no era una muchacha como las demás. Toda su vida había transcurrido en el fondo del mar, por donde se movía libremente gracias a su cola de pescado. Era feliz nadando con sus compañeras por los arrecifes de coral, y jugando con los cangrejos, los peces y los pulpos que se encontraban. Las de su especie tenían además el don más maravilloso que pudiera imaginarse: un canto que embobaba a cuantos lo oían. De forma que hasta a los tiburones y las orcas, que sin duda habrían deseado comérselas, no les quedaba más remedio que quedarse mirándolas con la boca abierta.

A menudo se divertían acercándose a la costa para observar a los marineros. Ya se sabe que siempre se desea lo que no se tiene, y en el fondo del mar, que se sepa, no hay jóvenes con pantalones. Subían por el cauce de los ríos y se acercaban a los pueblos donde vivían para espiarlos. Sobre todo, en las noches de verano. Entonces, a la luz de la luna, veían a las jóvenes humanas bailar con ellos, y envidiaban sus piernas y sus vestidos, y la forma en que se ponían de puntillas para besarlos. Y, locas de envidia, se los querían quitar. Utilizaban el arma más irresistible que tenían: su canto. Lo hacían, sobre todo, cuando los jóvenes salían de pesca en sus barcos. Se escondían entre las rocas, y, al oírlas cantar, ellos se olvidaban de conducir la nave y terminaban estrellándose contra los acantilados y se ahogaban. Entonces tenían sus cuerpos solo para ellas. Los buscaban en el agua y los llevaban al fondo del mar, para jugar con ellos. Pero, como no hacían nada, pues estaban muertos, no tardaban en cansarse y los dejaban olvidados en cualquier sitio. Las corrientes los arrastraban y terminaban perdiéndose en esas oscuridades marinas que nadie conoce. Y ellas volvían a los acantilados en busca de nuevas víctimas. No sabían lo que era el amor, y aquel mundo de ahogados era el que más les

gustaba, porque podían hacer con ellos lo que quisieran y no les daban disgustos, que es lo que pasa cuando quieres a alguien que muchas veces te pide cosas que no tienes o que no le quieres dar.

Mas una vez, nadando junto a la costa, vio venir un barco, y acodado en su borda estaba un joven de mirada cautivadora. Dicen que los seres más bellos viven en las profundidades del mar, donde nadie los puede ver y, aunque ella estaba acostumbrada a encontrárselos, ninguno le pareció tan irresistible como aquel muchacho. Estaba solo, con la mirada perdida en la lejanía, como si buscara algo que no se sabía lo que podía ser. Y se hizo la ilusión de que era ella quien se lo podía dar. El cielo se puso súbitamente negro, pues amenazaba una gran tormenta. Quiso acercarse al barco para decirles a los marineros que cambiaran de rumbo si no querían naufragar, pero era demasiado tarde, y olas inmensas arrojaron a la nave contra las rocas del acantilado como si fuera una cáscara de nuez. Todos los marineros se ahogaron, lo que atrajo a aquellas criaturas con cola de pescado, que acudieron presurosas a cobrarse su botín. Querían al ahogado guapo para llevárselo a su palacio y dar envidia a las demás. Y fue ella la que consiguió al muchacho que había visto en la borda. Ya lo llevaba a las profundidades del mar cuando este abrió los ojos, y se la quedó mirando. Una nube de burbujas salió entonces de su boca y a ella le pareció que le decía: «Por favor, no me mates aún». A gran velocidad pasaron por su cabeza las escenas de los marineros bailando a la orilla del río. ¿Para qué iba a llevar a aquel muchacho a su palacio de coral donde su cuerpo flotaría inerte entre los otros ahogados? No, no era eso lo que quería. Quería estar en sus brazos y estirarse todo lo posible hasta alcanzar sus labios para besarlos. Y decidió librarle de la muerte y llevarlo a la superficie para que pudiera respirar. Luego, lo condujo a la playa, donde lo dejó, desmayado, a salvo de las olas.

Mas entonces comenzó su martirio, porque no sabía cómo reunirse con él. Ella era una muchacha pez, y él un joven humano cuya vida transcurría en un mundo que no se podía mezclar con el suyo. Y empezó a observar una cosa: que cada vez se acordaba menos de lo que había pasado y que hasta se empezó a olvidar del rostro de aquel muchacho. Para las criaturas como ella no existía el pasado, sino que vivían en un presente eterno. No tenían recuerdos porque carecían de alma, que está hecha de la memoria de las cosas que amamos.

Un día, se cruzó con un mero muy grande, y las burbujas que este expulsó al pasar le recordaron las que habían surgido de la boca de

aquel muchacho cuando se estaba ahogando. Y volvió a ver su cara flotando en el agua muy cerca de la suya, y cómo sus labios le decían: «Por favor, no me mates aún». Era la cara más bella que había visto nunca y decidió ir en su busca. En lo más hondo del mar, vivía una hechicera, que era madrina suya, y le dijo que quería tener un alma inmortal, como las jóvenes humanas. Antes de concederle aquel deseo la hechicera le hizo saber que, una vez dado ese paso, no podría dar marcha atrás. Y, lo que era aún más importante, que perdería el mayor de sus dones, su voz. Pero ella decidió seguir adelante y tomar el bebedizo que la transformó en una muchacha de verdad.

Nada fue como esperaba, pues en ese tiempo el joven se había comprometido. Tras salvarle y dejarle en la playa, una chica de un pueblo cercano pasó por allí y, al verle desmayado en la arena, corrió a atenderle, de forma que lo primero que él vio al abrir los ojos fue su rostro, y creyó que era ella quien le había salvado, y decidieron casarse. No pudo la muchacha del mar decirle la verdad: había perdido la voz con la que habría podido explicárselo, y, aunque aquel joven la quería mucho, y la trataba como si fuera un perrito que hubiera llegado a su casa y se hubiera puesto a arañar con sus patas la puerta, eso a ella no le bastaba. No quería su compasión, sino su amor, que es una cosa bien distinta. De forma que una noche abandonó la casa y se fue a vagar por el mundo. Fue cuando oyó hablar a un caminante de aquel teatro donde podías hallar todas las cosas que habías perdido, y decidió ir en su busca para ver si podía encontrar en él su voz, pues se había dado cuenta de que sin ella no era nada. Y es que no conviene dar todo lo que eres a una persona, por mucho que la quieras, porque luego, si se cansa de ti y te deja, te quedas sin nada.

CAPÍTULO 28

El corazón del ciervo

Todos se quedaron admirados al escuchar la triste historia de la joven, lamentando que el sacrificio que había hecho al abandonar su mundo no la hubiera servido para conseguir el amor del marinero. Se hizo un largo silencio, momento en que el soldado de Napoleón tomó la palabra para decirle a la joven que ahora le tocaba a ella contar su historia, y la razón por la que siendo una chica había decidido disfrazarse de hombre.

—Lo he hecho —le contestó— para escapar de mis perseguidores. Buscan a una princesa, no a un vulgar aprendiz con las uñas sucias.

Y al ver la cara de asombro que pusieron continuó:

—Sí, mis buenos amigos, una princesa, eso es lo que soy, a mi pesar. Es una larga historia, que trataré de abreviar para no cansaros, pues se ha hecho tarde y mañana nos espera un largo día. Una historia, por desgracia, bastante común entre nosotras, las jóvenes, que a la hora de elegir a nuestros amantes nos inclinamos a menudo por aquellos que menos felices nos harán. Nos entregan sus sueños, y eso nos gusta. Pero no hay nada más peligroso que caer presa en las redes del sueño de otro. Cuando quieres darte cuenta, no lo puedes abandonar.

»Veréis, yo era hija de un rey. Mi madre murió cuando yo era muy niña, y mi padre se casó de nuevo con una mujer malvada, que solo vivía pendiente de sí misma. Tenía un espejo al que todas las mañanas le preguntaba quién era la más bella de aquel reino, e invariablemente el espejo le decía que ella. Así hasta que crecí y, al transformarme en una linda joven, el espejo le respondió una mañana que la más bella era yo. Muerta de envidia, mi madrastra hizo que uno de sus soldados me condujera al bosque con engaños para matarme. Y le pidió que le

llevara como prueba mi corazón dentro de un cofre. Aquel soldado me conocía desde niña, y en lugar de mi corazón le llevó el de un ciervo que mató en mi lugar. No sé cuántos días estuve vagando por el bosque. Y tengo que decir que nunca me sentí sola, porque era como si el ciervo que había entregado su corazón para que yo viviera me acompañara. Fue él el que me llevó a una pequeña casa en medio del bosque. Vivían en ella siete enanitos, que enseguida se hicieron cargo de mí. Nunca había conocido seres más encantadores y alegres. Sabían dónde estaban las setas y los frutos más ricos, sabían distinguir los siete vientos que existen, y extraían de las profundidades de la tierra oro y piedras preciosas solo por el placer de ver cómo brillaban al sol, pues solo daban importancia a esas riquezas que tienen el poder de encantar el corazón. El bosque para ellos era un lugar donde todo podía suceder, y el tiempo que estuve a su lado fue el más feliz de mi vida. Pero aquello duró poco, pues mi madrastra descubrió mi escondite y, disfrazada de anciana, me dio a probar una manzana que, al morderla, me sumió en un sueño en todo parecido a la muerte. Los enanitos se quedaron desolados y no sabían qué hacer conmigo, pues todos sus intentos por devolverme la vida fueron en vano. Fabricaron una caja de cristal, y cada mañana me dejaban entre los árboles, esperando que el calor y los rayos del sol obraran el milagro de mi despertar.

»Una tarde pasó a caballo por allí un apuesto joven que al verme se prendó de mí al instante. Estaba tan absorto mirándome que, al bajar del caballo, tropezó con una raíz y se cayó sobre la cajita, arrojándome al suelo. El golpe me hizo escupir el trozo de manzana envenenada que tenía en la boca, y desperté al momento de mi sueño. Y lo primero que vi al abrir los ojos fue la cara de aquel joven, que estaba tan nervioso que se puso a hacer todo tipo de tonterías, cada cual más graciosa, y, claro, me enamoré de él. Es lo que nos pasa a las mujeres, que nos desvivimos por que los muchachos hagan cosas bellas que nos dé felicidad contemplar. Y, como también él se había enamorado de mí, empezó a ir cada tarde al bosque para verme. Hasta que me pidió que me casara con él. No sabía muy bien lo que era estar casada, pero dije que sí por no disgustarle. Era un príncipe y me fui a vivir a su lado a un palacio donde tenía todo cuanto pudiera desear: armarios llenos de ropa, criadas que me bañaban y me ayudaban a vestirme, amigas con quien jugar en el jardín, quesos con uvas, flanes y todo tipo de golosinas, un coro de niños y niñas que me seguían por los paseos cantando, fiestas donde bailar sin descanso, hermosos

caballos con los que perderse por los caminos. Pero no era eso lo que quería. Me aburría ser una princesa y pasarme el día escuchando conversaciones que no me interesaban, y, cuanto más tiempo pasaba allí, más infeliz me sentía. Pensaba en el corazón del ciervo, y me parecía que me estaba diciendo que regresara al bosque con mis amigos los enanitos. Me acordaba, sobre todo, del más pequeño, que aún no tenía barba, y que me enseñaba los nombres de las plantas y a distinguir a los pájaros por sus cantos. Solo él sabía dónde estaban los nidos del ruiseñor, y me llevaba en secreto a verlos. Y me preguntaba por qué no me habría casado con él en vez de hacerlo con aquel príncipe, que, aunque no era malo, siempre estaba reunido con sus ministros y consejeros promulgando leyes que solo se ocupaban del bienestar de los ricos, olvidando a los más pobres y necesitados. Y recuerdo que una noche de tormenta, estando en el salón del palacio, un pájaro se coló por la ventana atraído por el calor y la luz y que, tras volar por encima de nuestras cabezas, enseguida regresó a la oscuridad. ¿Era así la vida del hombre, me pregunté, un momento de luz en medio de la noche inacabable? Y me acordé de mis amigos los enanitos, y de cómo en su cabaña entraban los pájaros a todas horas, y hasta llegaban a hacer sus nidos en los estantes de la cocina, y esa misma noche me vestí con las ropas manchadas de harina del mozo del panadero, y me escapé del palacio en su busca. Pero por mucho que busqué me fue imposible encontrar la cabaña donde estaban. Fue entonces cuando oí hablar a unos peregrinos del Gran Teatro de Sombras y me puse a buscarlo por pensar que tal vez mis amigos estaban allí. Mas todo ha sido inútil y, por mucho que he caminado, aquí estoy sin haberlos encontrado. Y, como me temo que es lo mismo que os ha pasado a vosotros, ahora os propongo que hagamos la promesa de no separarnos hasta dar con él.

—Sí, eso —dijo el soldado de Napoleón, que siempre estaba pensando en hazañas bélicas—, prometamos que nada nos separará hasta cumplir con nuestro objetivo.

Todos se sumaron con entusiasmo a la propuesta.

—¡Lo prometemos!

—Y si fuera preciso moriremos en el intento —insistió el soldado, que enseguida tomó el mando del grupo.

—¡Sí, moriremos! —gritaron todos.

Pero fueron pasando los días y, por más leguas que recorrían, no daban con aquel teatro, por lo que empezó a cundir el desánimo entre ellos. Gabriel, por su parte, solo prestaba atención a la tierna amistad

que había surgido entre la sombra de la niña y su propia sombra. Siempre iban agarradas de la mano, y, cuando se sentaban a descansar, las sombras se iban solas a corretear por el campo. Dos sombras que vivían separadas de sus cuerpos y que tan pronto se deslizaban velozmente por el suelo como ascendían por el tronco de los árboles para perderse entre las ramas: ¿podía haber algo más subyugador? La sombra de la niña era la más leve y vivaz, y se preguntaba a quién podía pertenecer.

Una tarde, mientras caminaban, Gabriel la vio hacerle gestos para que la siguiera. Entraron en una fresca arboleda. Las cigarras zumbaban entre las ramas como el agua cuando va a empezar a hervir, y, en un claro de sol, vio a una niña. Estaba inmóvil y tenía los brazos en cruz, como si le estuviera mostrando una parte de su vida, algo secreto, sin ofrecerle ninguna explicación. La sombra se deslizó por el suelo hasta situarse a sus pies, momento en que también sus brazos se pusieron en cruz. Sopló el viento y los dos vestidos se agitaron a la vez, pues la sombra que le había acompañado durante todo ese tiempo era a ella a quien pertenecía.

Gabriel se acercó a ella y le preguntó cómo se llamaba.

—Paulina —le contestó.

Y, como Gabriel se la quedó mirando, porque algo en ella le resultaba familiar, le dijo:

—Tú eres mi hijo.

Aquella niña era, en efecto, la misma que aparecía en la fotografía que estaba en el aparador de su casa. Pero ¿cómo iba a ser posible que un niño y su madre tuvieran la misma edad?

—Todos los niños desaparecen, misteriosamente —le dijo—. Cuando menos lo espera uno, un día, los niños se han ido, y no vuelven más. Esta isla está llena de niños así. Son los niños y niñas que las personas, cuando se hacen mayores, olvidan. Yo soy tu madre cuando era una niña como tú. Le pedí a mi sombra que te buscara y que te trajera conmigo.

Y le bastó con bajar los brazos para que la sombra también lo hiciera, pues copiaba todos sus movimientos.

—Y ahora, ven. El Gran Teatro de Sombras nos está esperando.

Y, tras quedarse un momento pensando, se volvió a Gabriel y le dijo:

—Oye, ¿sabes que me pareces muy guapo?

Le tomó de la mano y caminaron bajo los árboles. Entre sus hojas parecían brillar multitud de piedras preciosas, y se posaban pájaros

que Gabriel no había visto nunca. Oyó ruidos de pasos y, al volver la cabeza, vio a sus compañeros, que les seguían. Allí estaban el mago, la amiga de los enanitos, la muchacha sin voz, el príncipe con ala de cisne y el soldado de Napoleón. Según avanzaban, se fueron encontrando con otros peregrinos de todas las edades y razas. Caminaban atraídos por aquella música. Todos habían perdido algo que deseaban encontrar en aquel teatro. Las madres, a los bebés que habían tenido en sus brazos; los ancianos, el rostro de su primer amor; los poetas, las palabras de ese poema que nunca supieron escribir; los que amaban a los animales, a los perritos que se les habían muerto.

Desde lo alto de la loma divisaron el Gran Teatro de Sombras. Lo circundaba una valla con multitud de banderas de colores y, en la entrada, estaba el maestro de ceremonias. Iba vestido con una llamativa chaqueta de frac de color rojo con ribetes dorados, y llevaba un sombrero de copa y un látigo, como los que se emplean en la doma de los caballos. A su lado había un loro.

—Lo que amas —repetía sin descanso el loro— lo tienes que perder. Lo que amas lo tienes que perder.

—Entrad, no lo dudéis —decía el maestro de ceremonias a los que se acercaban—, no hagáis caso a este cascarrabias. Los increíbles espectáculos del Gran Teatro de Sombras os están esperando.



Había una carpa gigantesca, y multitud de tablados y teatros más pequeños, por los que pululaban las más singulares criaturas. Una jirafa, una fila de perritos vestidos de niños, una amazona haciendo equilibrios sobre su corcel, un hombre con el pecho traspasado de sables. Nadie allí parecía preocuparse por el aspecto de los demás. Gabriel solo tenía ojos para su madre niña, que lo llevaba de la mano. Tenía el pelo recogido en dos trenzas, que, sujetas alrededor de su cabeza, semejaban una corona de trigo.

—Anda, entremos —le dijo ella—; vamos a divertirnos.

Un cartel muy grande presidía la entrada a la gran carpa. «Entre libremente, y por propia voluntad», se leía en él. Todos lo fueron haciendo: la niña que había encontrado su sombra, el soldado de Napoleón con su pata coja, la chica vestida de chico, la que había perdido su voz, el mago y el príncipe con ala de cisne.

Entonces, Gabriel se despertó en su cuarto, sin que le diera tiempo a descubrir lo que había allí dentro. A través de la ventana, le llegó la voz de un locutor que anunciaba el tiempo que iba a hacer ese día. Contempló la luz que se filtraba por los visillos. Su casa estaba rodeada de un pinar de árboles tan altos que sus copas parecían sostener el cielo, pero esa mañana no les prestó atención. Deseaba volver a su sueño, saber lo que había pasado en aquel teatro, pero oyó la voz de su madre adulta instándole a que se levantara.

Luego, mientras desayunaban juntos, no podía apartar los ojos de su cara, porque sus gestos eran los mismos que los de la niña de su sueño. ¿Había pasado eso alguna vez en el mundo, que un niño hubiera conocido a su madre cuando era una niña como él, y se hubieran hecho amigos?

De camino al colegio, Gabriel le contó a su madre su sueño.

—Teníamos la misma altura; eras una niña como yo —le dijo con una sonrisa triste.

Siguieron caminando. La mañana era muy hermosa, pero Gabriel cerró los ojos como negándose a contemplar su esplendor. Solo quería regresar a su sueño, volver a encontrarse con sus amigos. Una luz rosácea se transparentaba a través de sus párpados, y en aquel torbellino de color vio surgir la imagen del rostro encantador de su madre niña. La trenza que tenía enrollada alrededor de su cabeza parecía ahora una corona de oro.

—¿Tú crees que el Gran Teatro de Sombras existe? —le preguntó a su madre.

—Claro que sí —le contestó ella—. Los teatros, los cines, las bibliotecas son lugares así. ¿Para qué crees que la gente los visita? Para buscar en ellos todo lo que han perdido en la vida.

Ya estaban cerca del colegio cuando Paulina Martínez vio que a su hijo se le había desabrochado el cordón de una de las botas, y se detuvo a anudárselo. De rodillas, tenía la misma altura que él, y sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Me da pena que te estés haciendo mayor —le dijo—. No digo que esto sea malo, ya que los niños deben crecer y hacerse adultos, pero solo las madres sabemos lo que es haber tenido un bebé solo para ti y saber que no lo volverás a ver. Debería haber un lugar en el mundo donde pudiéramos encontrarnos de nuevo con ellos. Un lugar donde pudiéramos tenerlos otra vez en los brazos, aunque solo fuera un ratito. Seguro que en ese Gran Teatro de Sombras donde has estado esta noche eran posibles cosas así.

CAPÍTULO 29

La sangre de los dragones

Esta no fue, ni mucho menos, la última aventura de Gabriel y Puck el Dragón. Durante todo aquel año, se reunían cada noche para emprender nuevos viajes en los que visitaban lugares habitados por las más insólitas criaturas, pues el mundo de los sueños está lleno de la gente más imprevisible, cuyas costumbres nos son desconocidas. El Cementerio de Elefantes, la Ciudad de los Monos, el Castillo de la Gata Blanca y la Montaña de Azúcar fueron los nombres de algunos de esos lugares que visitaron. Lugares donde cualquier cosa podía suceder, no todas necesariamente agradables, porque una tierra maravillosa no es más que un lugar lleno de sorpresas, y, como es natural, algunas son buenas y otras malas.

Gabriel se acostumbró tanto a su amigo el dragón que solo vivía esperando el momento en que por fin podría irse a la cama para encontrarlo en sus sueños y poder vivir a su lado nuevas aventuras. Y así empezó a desinteresarse de cuanto le rodeaba, hasta el punto de que se acostaba cada vez más temprano y cualquier momento le parecía bueno para buscar un lugar solitario donde echarse a dormir y deleitarse en los sueños con su amigo. Porque, a pesar de su aspecto terrible, los dragones son amables y divertidos cuando se les ama, y no es posible aburrirse a su lado.

Y, claro, sus padres, Paulina Martínez y Leonardo Scotoni, estaban cada día más preocupados, porque no sabían qué le pasaba a su hijo, ni por qué solo quería dormir y dormir. No solo lo hacía por las noches en su cuarto, sino también en plena clase, o cuando se iban de excursión, que al lado de las cosas que vivía con su amigo el dragón las que vivía con sus padres o con los otros niños le parecían aburridas y sin ningún interés.

Y Puck el Dragón no tardó en darse cuenta de lo que le pasaba. Amaba a ese niño que venía de un mundo tan distinto al suyo, y comprendió que debían separarse para que Gabriel pudiera hacer la vida que como niño le correspondía: ir al colegio para aprender cosas, jugar en el recreo con sus amigos y, los sábados y domingos, ir al cine o salir de paseo. Y supo que, para que volviera a ser el que era, tenía que conseguir que se olvidara de él y que dejara de buscarle en sus sueños. Y le hizo beber el néctar de una flor misteriosa que solo los dragones saben dónde florece. Era el mismo néctar que daban a las princesas que raptaban para hacer que ellas también les olvidaran (las dragonas hacían eso mismo con los príncipes). Porque los dragones y las dragonas no los raptaban para hacerles daño, sino solo para tenerlos en sus cuevas y verlos así cuando se peinaban y vestían, cuando iban a la fuente, cuando tenían sueño y buscaban su camita para dormir, ya que todo lo que hacían sus majestades les gustaba sobremanera. Y a estos y estas les pasaba algo parecido con los dragones y, una vez que habían conocido uno, ya no querían estar con nadie más. De forma que, cuando el dragón o la dragona iba a devolverlos a sus padres, no querían ir ni atados. Y entonces tenían que darles aquel néctar que les hacía olvidar la existencia del dragón o dragona, y así aceptaban volver a sus reinos y ejercer de príncipes y de princesas en sus cortes, cosa que ni ellos ni ellas querían, por lo aburrido que era.

Y así fue como Puck se dio cuenta de que había llegado el momento de separarse de Gabriel y le dio a probar en secreto el néctar de aquella flor misteriosa. Pero hizo otra cosa, que también los dragones hacían con las princesas que raptaban al llegar el momento de devolverlas a sus padres. Puso en sus labios, con ese néctar, una gota de su sangre de dragón, para que así aquel vínculo misterioso que les había unido en sus sueños no se rompiera nunca.

Y esa mañana, al despertar, Gabriel se había olvidado del dragón, y pudo volver por fin a su vida de niño. Pero, como su sangre se había mezclado con la de Puck, empezó a ver el mundo como lo veía él. Y los dragones no ven el mundo como lo vemos nosotros. Para ellos todo brilla, todo es asombroso y nuevo. Nada es una sola cosa. Y una silla puede ser un caballo; una barca, el trono de un rey; el vestido de una niña, una llama en la noche; una cama, la barca donde navegan los besos.

Aunque también pasa que los niños y niñas que llevan en sus venas esa sangre a veces se ponen un poco brutos porque no saben controlar

la fuerza que tienen. Pero esto no es demasiado importante, porque a los dragones los enfados les duran muy poco y, si les dejas tranquilos, enseguida te están buscando para pedirte perdón y que los quieras.

—Y, ahora, a dormir —le dijo a Gabriel su madre, que empezaba a estar cansada y tenía que preparar las clases.

Pero, antes de salir del cuarto, y tomando su mano entre las suyas, le dijo que tenía que decirle una cosa. Y esta era que se había quedado embarazada y que dentro de unos meses habría en la casa un nuevo bebé y que ahora tendría que ayudarles a cuidarle, pues los bebés eran muy torpes cuando venían al mundo y, como no sabían hacer nada, eran ellos los que tendrían que ocuparse de él.

Y, después de darle un último beso, le preguntó:

—¿Y cómo quieres que le llamemos cuando nazca?

Gabriel iba a contestarle que quería que se llamara como él, pero, como ya tenía un poco de sangre de dragón y a estos les gusta que cada uno tenga su propio nombre y que pueda vivir así sus propias aventuras, cambió de idea en el último momento y, bostezando, porque ya era tarde y tenía mucho sueño, le dijo a su madre que le podían llamar Plumita.

—Pero ese nombre no existe —le dijo ella sonriendo—. ¿Cómo se lo vamos a poner? Seguro que en el Registro Civil no nos dejan.

—Bueno —le contestó—, pues entonces le llamaremos Adrianito.

Epílogo

Pero, esperad, niños, no os durmáis todavía, que aún me falta una última cosa por contaros. Sucedió varios años después, cuando Gabriel había crecido y ya iba a la universidad. Le gustaba mucho la música, y participaba en la orquesta de los estudiantes. Y empezó a fijarse en una chica que tocaba el violín. Le recordaba a alguien, aunque no sabía decir a quién. Y se distraía tanto mirándola que el director de la orquesta tenía que llamarle la atención porque no se enteraba de nada. Una tarde salieron a la vez y pasearon juntos por el parque. Gabriel la miraba de reojo, y ella, que se daba cuenta, sonreía complacida.

Se llamaba Candela.

—Tienes que aplicarte más —le dijo—. El director de la orquesta está enfadado contigo porque siempre andas con la cabeza llena de pájaros.

Gabriel iba a decirle que si le pasaba eso era por su culpa, y que esos pájaros que no le dejaban concentrarse en la música era ella quien se los mandaba, pero no se atrevió.

Llegaron al estanque. Alquilaban barcas y se montaron en una. Mientras remaban por turnos, ella le fue contando cosas de su vida. Sus padres también eran músicos, y tenía un hermano pequeño que en la cama solo se quedaba tranquilo si le agarrabas del pie. «Mano a pie», decía, y tenías que agarrarle los deditos del pie para que se durmiera. También le decía que no entendía por qué Blancanieves se había casado con el príncipe, en vez de hacerlo con uno de los enanitos.

Mientras hablaba, Candela se inclinó por encima de la borda y Gabriel vio su cara reflejada en el agua. ¿Dónde había visto esa cara?, se preguntó mientras el corazón le latía a toda prisa en el pecho. Era

como si la hubiera visto en una existencia anterior, de la que, por más que se esforzaba, no lograba acordarse. Y sin saber lo que hacía le acarició el pelo y le pasó los dedos por las sienes, y ella se lo dejó hacer, porque también deseaba esas caricias.

Gabriel nunca lo sabría, a causa del néctar de aquella flor del olvido que le había dado a probar el dragón, pero esa cara era la que Lucecita había hecho aparecer para él en el lago antes de su marcha. La cara de la niña cuya alma había recogido cuando estaba a punto de irse por la ventana. Y que ahora venía a su encuentro, porque quería ser real. Siempre pasa eso cuando amamos a alguien, que no nos conformamos con vivir solo en sus sueños.

FIN